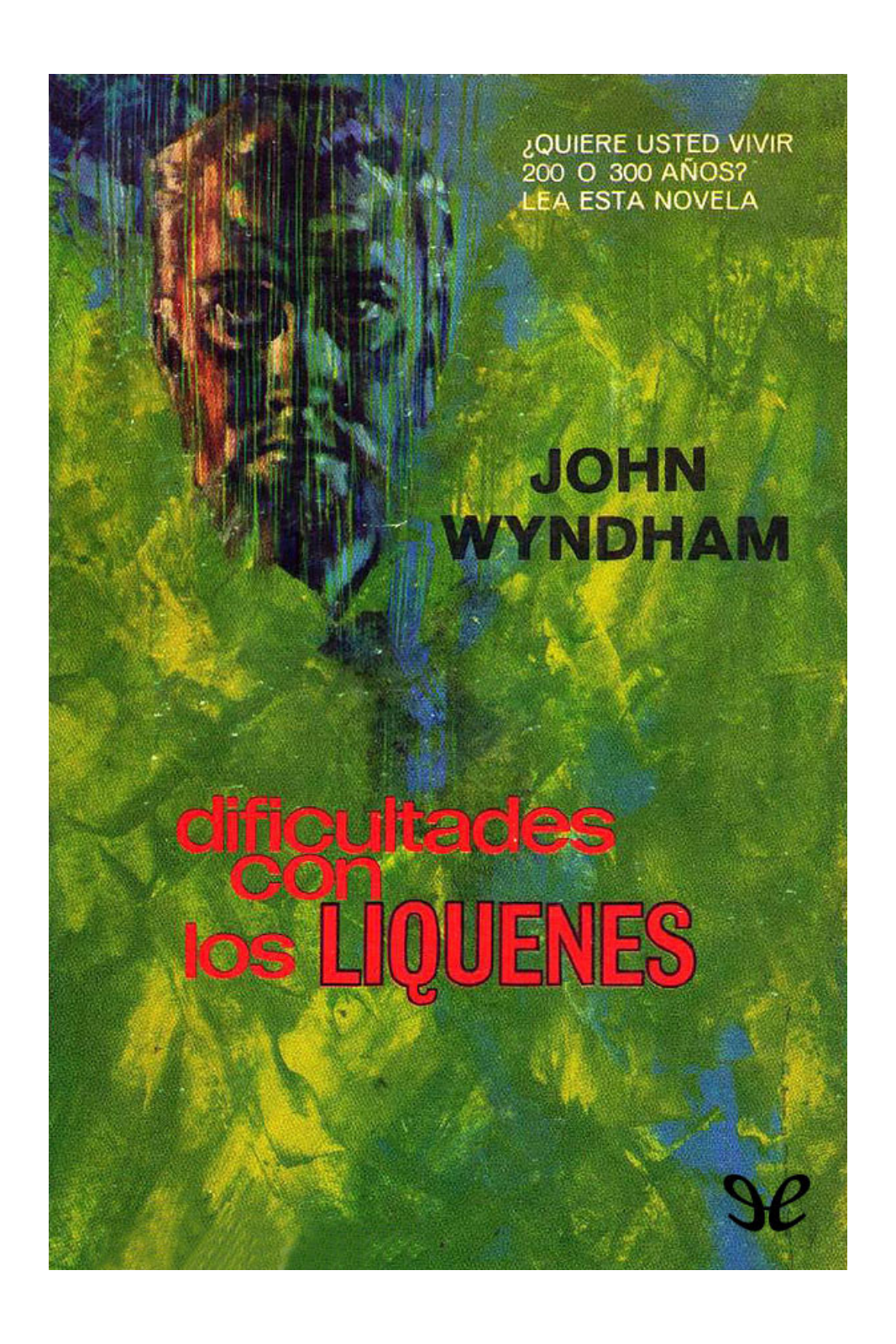


The background of the cover is a complex, abstract composition. It features a central, somewhat obscured face of a man with a beard, rendered in a style that blends with the surrounding textures. The overall color palette is dominated by various shades of green and yellow, with some blue and red accents. The texture appears to be a mix of organic, lichen-like patterns and more painterly, brushstroke-like elements. The text is overlaid on this background, with the title in a large, bold, red font and the author's name in a bold, black font.

¿QUIERE USTED VIVIR
200 O 300 AÑOS?
LEA ESTA NOVELA

**JOHN
WYNDHAM**

**dificultades
con
los LIQUENES**

de

Francis Saxover, un científico de Cambridge da con un descubrimiento que queda en el “rango megatónico”: un antídoto contra el envejecimiento, o “Antigerone”, nombre que le da su descubridor y que hace que se alargue la vida humana a 200 o 300 años.

Pero escasean los líquenes de los que se saca el producto; sólo hay una pequeña cantidad para unos pocos privilegiados. Por eso, cualquier anuncio del descubrimiento provocaría una segunda fiebre del oro, en éste caso “fiebre del liquen”, de proporciones inimaginables. Pero aquí no se acaban los problemas, porque parece ser que una antigua colega también ha descubierto la “Antigerone”...

«John Wyndham muestra aquí su maravilloso sentido del tiempo cuando la historia cobra altura y luego se lanza derecha deliciosamente hacia su indeterminado pero artísticamente válido final». —Michael Maxwell Scott, en el *Daily Telegraph*.

«En resumen, hay tantas dificultades con los líquenes como las hubo antes con los *Trífidos*, las *Crisálidas* o los *Cucos*.

»Si una décima parte de las obras de ciencia ficción fuesen tan buenas como ésta, podríamos sentirnos satisfechos». —Kingsley Amis, en el *Observer*.



John Wyndham

Dificultades con los líquenes

ePub r1.0

GONZALEZ 25.11.14

Título original: *Trouble with Lichen*

John Wyndham, 1960

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Scholler

Editor digital: GONZALEZ

Digitalización: vampy815

ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

La despedida fue hermosa.

El pequeño coro, todo de blanco, con redecillas doradas brillando en sus cabelleras, cantó con la dulce tristeza de la desesperación angélica.

Cuando terminó, la atestada capilla se vio anegada por el silencio más absoluto y a través del aire cargado y denso se percibía el aroma de millares de flores proviniendo en pesadas oleadas.

El ataúd se veía culminado por una pirámide de apretados capullos. En las cuatro esquinas, guardas con clásicos uniformes de seda púrpura, redecillas doradas sobre sus inclinadas cabezas, cordones de oro cruzándoles el pecho, cada una de ellas llevando en la diestra una palma amarilla, permanecían plantadas como esculturas.

El obispo cruzó sin hacer ruido para subir los cuatro escalones del bajo púlpito. Dejó su libro con cuidado en la estantería ante sí, hizo una pausa y alzó la vista.

—... nuestra bien amada hermana, Diana... su trabajo inacabado que ella ahora jamás podrá finalizar —ironía del destino no es el tópico más apropiado con el que designar la voluntad del Señor— Él da; Él quita... si Él quita la rama de olivo que antes diera sin que el fruto haya madurado, debemos nosotros aceptar Su Voluntad... Bajel de Su inspiración... Devoción a sus miras personales... Fortaleza... Cambio en el curso de la historia humana... El cuerpo de Tu servidora, Diana...».

Los ojos de los congregados, los varios centenares de mujeres con una salpicadura de hombres, se volvieron hacia el ataúd. Lentamente empezó a moverse. Unos cuantos capullos rodaron y se derramaron por el suelo y por la alfombra. Inexorablemente el sarcófago siguió adelante. El órgano comenzó a tocar suavemente. Las voces del coro tomaron a alzarse, altas y claras. Las cortinas se

apartaron a ambos lados del ataúd y volvieron a cerrarse tras él.

Hubo un sonido de respiraciones contenidas, un sollozo o dos, un desplegar de pañuelitos blancos...

Mientras se iban, Zephanie y Richard se vieron separados de su padre. Ella se volvió y le vio a pocos metros detrás de ellos. Entre la masa de mujeres del pasillo parecía más alto de lo que era en realidad. Su hermoso rostro nada decía. Parecía únicamente cansado... e inconsciente de todo cuanto sucedía en su torno.

Fuera habían más mujeres; cientos de ellas que no pudieron entrar en la capilla. Muchas lloraban. Las flores que habían traído fueron puestas como una alfombra brillante a ambos lados de la puerta de modo que cuantos salieran tuvieran que caminar entre ellas. Alguien sostenía un palo en cuya parte superior lucía una gran *crux ansata*. Estaba hecha por completo con lilas y cruzada por una amplia cinta de seda negra.

En el empedrado, Zephanie arrastró a Richard sacándolo de entre la multitud y se paró a mirar la escena. Tenía los ojos húmedos pero, al ver aquello, una triste sonrisa asomó a las comisuras de sus labios.

—Pobre y querida Diana —dijo—. Y pensar en lo que le habría divertido esto...

Sacó su pañuelo y se secó los ojos brevemente. Luego, con tono brioso, añadió:

—Vamos. Reunámonos con papá y saquémosle de todo esto.

Pero fue un hermoso funeral.

El *News-Record* informó:

«... Mujeres de todos los estamentos de la vida, de cada rincón de Inglaterra se habían reunido para ofrecerla el último homenaje. Muchas llegaron poco después del alba para unirse a las que acamparon durante la noche al exterior de las puertas del cementerio.

»Cuando al fin la larga vigilia fue recompensada por la llegada de la lenta comitiva abrumada por las flores, los espectadores se apretaron contra las filas constrictivas de policías, muchos arrojando flores ante las ruedas. Mientras pasaba el cortejo las lágrimas corrían por los rostros de los presentes y sonidos de ululación* salieron de las pacientes filas.

»Nunca, desde el funeral de Emily Davison**, había presenciado

Londres un tributo fúnebre hecho a una mujer por sus hermanas de sexo».

Y luego, porque el *News-Record* se muestra siempre ansioso de que sus lectores entiendan cuanto aparece escrito en sus páginas, venían las siguientes llamadas o notas al pie de la página:

- (*) «ululación», acción y efecto de ulular, dar gritos o alaridos.
- (**) El funeral de Emily Wilding Davison tuvo lugar el 14 de junio de 1913. Emily Davison perteneció al Movimiento Sufragista Femenino y murió a consecuencia de las heridas sufridas cuando se arrojó delante del caballo del rey en el Derby, corrido el 4 de junio de aquel año.

PRIMERA PARTE

I

El suelo del vestíbulo había sido despejado. Alguien colocó algunos sombríos ramos de siemprevivas aquí y allá en las paredes. Otra persona creyó que algo de oropel podría dar un poco de vistosidad a los ramos. Las mesas, puestas de extremo a extremo a un lado, hechas de un mostrador con un mantel blanco, sostenían bandejas de bocadillos, fuentes de apetitosos pastelillos, platos con salsa, zumos de limón, de naranja, jarrones con flores y, de manera intermitente, urnas. Para los ojos, el resto de la habitación sugería una paleta de pintor en movimiento. Para el oído, incluso a cierta distancia, había un regusto de estrellitas al oscurecer.

St. Merryn's High celebraba su fiesta de extremo a extremo.

Miss Benbow, mientras escuchaba un aburrido informe acerca de la inteligencia demostrada por el perrito de Aurora Tregg, dejó que su mirada vagase en torno a la estancia, advirtiéndole que debía tener unas palabritas con alguno de los asistentes en el curso de la velada. En el extremo lejano vio a Diana Brackley, sola de momento. Diana era con certeza una de las que se merecían felicitaciones, así, aprovechando una pausa en la entrega anonadante de Aurora, alabó la sagacidad del perrito, le deseó un buen futuro y se fue.

Al cruzar la habitación vio fugazmente a Diana a través de los ojos de un desconocido; ya no era una colegiala, sino una mujer joven y atractiva. Quizás la culpa la tenía el vestido. Una tela azul, azul marino, sencilla, que no destacaba entre el resto hasta que se la miraba con atención. Se compró barata, miss Benbow estaba segura que así ocurrió, sin embargo, había en ella la calidad del estilo. ¿O es que tenía estilo en realidad? No estaba segura. Diana tenía buen gusto para vestir y eso es algo más de lo que se puede comprar con tres guineas y hacer parecer que costó veinte. Un don, pensó miss Benbow de mala gana, no para despreciar. Y, siguió adelante, aun visto a través de la nueva refracción, el aspecto era también parte

del don. No era bonita. Las chicas bonitas son adorables como las flores en mayo, pero es que hay muchísimas flores en mayo. Nadie que conociese el significado de las palabras podría decir que Diana era bonita...

Dieciocho años, sólo dieciocho, tenía entonces Diana. Alta, uno con setenta y ocho, poco más o menos, y esbelta y erguida. Su cabello era nogal oscuro, con un chispazo de luces multicolores. Las líneas de su frente y de su nariz no eran enteramente griegas, sin embargo, tenían una cualidad clásica. Su boca estaba sólo poco enrojecida, porque no se debe de ir a una fiesta sin arreglar, pero, en contraste con las muchísimas bocas rojas y hasta moradas que se veían a su alrededor, ella tenía precisamente la cantidad y el color adecuados para la ocasión. La boca en sí poseía una especie de apariencia formalmente decorativa que prácticamente no decía nada a nadie... sin embargo, podía sonreír con encanto en ocasiones y no hacerlo en demasía. Pero vista de cerca uno se fijaba en sus ojos grises y se daba cuenta de ellos todo el tiempo; no sólo porque fuesen ojos finos, hermosamente espaciados y situados, sino por su tranquilidad, por la calma sin embarazos con que lo miraban todo y lo consideraban todo. Con una especie de sorpresa porque ella tenía la costumbre de pensar en sí misma como un cerebro más que como una forma, miss Benbow se dio cuenta de que Diana se había convertido en lo que la juventud de la generación de sus padres hubiese considerado como «una belleza».

Este pensamiento fue seguido de inmediato por un sentido agradable de autocongratulación, porque en un colegio como St. Merryn's High no sólo se enseñaba y se trataba de educar a una niña; sino que se dirigía una especie de guerra en la jungla en su beneficio... y la criatura de mejor aspecto, más esbelta, hablando generalmente, tenía sus posibilidades de supervivencia, porque los partisanos de la ignorancia asaltaban la ruta de uno en grandes y numerosos grupos.

Las tentaciones de trabajos sin porvenir aparecían junto a una persona, mariposas con alas de iridiscentes billetes de banco revoloteando al alcance tentador, para que te dedicases a cazarlas, la miasma de las revistas gráficas, emponzoñando el aire, las telarañas pegajosas de un matrimonio temprano puestas muy cerca del camino, las madres agallinadas saliendo de pronto de los

arbustos, los padres miopes marchando inseguros e interponiéndose en el camino; ojos de mirada rectangular e inquieta, fijos hipnóticamente desde las sombras, un batir de tam-tam inquieto, un ritmo lunar y lunático y por encima los pájaros burlones, siempre gritando: «¿Qué importa mientras ella sea feliz...? ¿Qué importa...? ¿Qué importa...?».

Así que una tiene derecho, con toda seguridad, a sentir el orgullo de la cosa lograda cuando mira a las que ayudó y guió a pasar todos estos peligros.

Pero entonces, con honestidad, miss Benbow tuvo que llamarse a sí misma al orden, por aceptar un crédito no ganado. Diana, era preciso admitirlo, necesitó poquísima protección. Los azares no la molestaron. Miró distante a las tentaciones, como si jamás hubiese cruzado por su mente que estuvieran preparadas y dispuestas para tentarla a ella. Su caminar fue como el caminar de un viajero inteligente pasando a través de una comarca interesante. Quizás su destino fuese todavía desconocido, pero con seguridad le quedaba por delante y que alguien tuviera la satisfacción de tratar de detenerla momentáneamente ofreciéndole etapas placenteras y despiadadas y poblados primitivos, simplemente la confundía. No, una estaba contenta de que Diana lo hubiera hecho también, pero tampoco se podía aceptar mucho crédito por ello. La chica trabajó duro y mereció su éxito, la única cosa que una pudo desearla, aunque pareciese algo bastante terrible de desear cuando era preciso luchar con ahínco contra las niñas inertemente conformistas, pero una deseó que fuese un poco menos, bueno... ¿Individual...?

En este momento miss Benbow estaba cerca del fin de la habitación y Diana la vio acercarse.

—Buenas tardes, miss Benbow.

—Buenas tardes, Diana. Quise felicitarle. Es espléndido, perfectamente espléndido. No te importe, todos sabemos que lo hiciste bien... nos hubiéramos desencantado terriblemente si la cosa hubiera resultado menos que bien. Pero esto... bueno, es más de lo que me atrevía a esperar para ti.

—Muchísimas gracias, miss Benbow. Pero, quiero decir, no fue cosa mía todo. No hubiera ido muy lejos sin toda la ayuda de usted, sin que me dijese efectivamente qué es lo que debería hacer,

¿verdad?

—Para eso estamos aquí, pero nosotros nos sentimos en deuda contigo, también, Diana. Aun en estos días un alumno aventajado acredita a un colegio... y el crédito que tú nos has dado es uno de los mejores que haya obtenido jamás St. Merryn's. Confío en que te des cuenta.

—Miss Fortindale parecía realmente complacida.

—Está más que complacida, Diana, está encantada. Todos lo estamos.

—Gracias, miss Benbow.

—Y, claro, tus padres también deben de estar encantados...

—Sí —afirmó Diana, con un poco de reserva—. Papá está muy complacido. Le gusta la idea de que vaya a Cambridge porque siempre deseó haber podido ir él mismo. Si hubiese fallado en ingresar en Cambridge la cosa hubiera quedado fuera de todo problema: Tenía que haber sido simplemente... —en una fracción de segundo recordó que miss Benbow era graduada de Londres, y lo tuvo en cuenta—, hubiese sido, pues, como un fracaso.

—Algunos de los que fracasan luego se desenvuelven muy bien —apuntó miss Benbow, con un débil tono de reproche.

—Oh, sí, claro. Es que cuando una se decide a hacer algo, bueno..., hacer otra cosa es una especie de fracaso, mírelo como se mire, ¿verdad?

Miss Benbow se resistía a verse arrastrada por esa línea.

—¿Y tu madre? Debe estar orgullosísima por tu éxito, también.

Diana la miró con aquellos ojos grises que parecían contemplar más allá dentro de la cabeza de uno que los ojos de la mayoría de las personas.

—Sí —dijo con sensatez—, eso es lo que siente actualmente.

Miss Benbow alzó ligeramente las cejas.

—Quiero decir, que debe estar orgullosísima por mi éxito —explicó Diana.

—Pero, seguramente, lo está —protestó miss Benbow.

—Lo intenta. Se ha mostrado realmente dulce —dijo Diana. Volvió a mirar con fijeza a miss Benbow con aquellos ojos—. ¿Por qué las madres siguen pensando que es mucho más respetable ser una buena compañera de cama que una chica inteligente? —preguntó—. Quiero decir, lo sensato sería esperar lo contrario.

Miss Benbow parpadeó. Algo torpe parecía enredarse en la conversación con Diana, pero tiró por la calle de en medio.

—Creo —dijo con juicio—, que yo substituiría lo comprensible por lo respetable. Después de todo el mundo «cerebral» es un libro cerrado y misterioso para la mayoría de las madres, así que se sienten inseguras en él; pero todas, por naturaleza, están bajo la impresión de que son autoridades en el otro mundo, que pueden comprender y que son capaces de ayudar.

Diana meditó.

—Pero «lo respetable» no entra en cierto modo... aunque no entiendo por qué —dijo, con un ligero ceño.

Miss Benbow sacudió levemente la cabeza.

—¿No estás confundiendo respetabilidad con conformidad? —preguntó—. Es natural que los padres quieran que sus hijos se conformen a un sistema que ellos comprendan —dudó y luego continuó—: ¿No se te ha ocurrido pensar que cuando una hija de una mujer de mentalidad doméstica elige una carrera, critica indirectamente a su madre? En efecto, ella quiere decir: «La clase de vida que era buena para ti, madre, para mí no lo es». Bueno, las madres... como otras personas... no se preocupan por eso muchísimo.

—Nunca se me ocurrió pensar así —reconoció Diana meditativa—. ¿Quiere usted decir que, en su interior, esperan siempre que sus hijas fracasen en sus estudios para demostrar que ellas, las madres, quiero decir, tenían todo el tiempo razón?

—Te precipitas, ¿verdad, Diana?

—Bueno... bien, es lo que puede deducirse, ¿no es verdad, miss Benbow?

—Creo que será mejor que lo dejemos estar de momento. ¿Dónde piensas pasar tus vacaciones, Diana?

—En Alemania —contestó Diana—. ¡Yo preferiría ir en verdad a Francia, pero parece que Alemania es mucho más útil!

Charlaron de eso durante un momento. Luego miss Benbow la volvió a felicitar y le deseó prosperidades en su vida universitaria.

—Estoy terriblemente agradecida por todo. Y me alegro de que estén todos tan satisfechos —le dijo Diana—. Tiene gracia —añadió pensativa—. Debí haber pensado que prácticamente que cualquiera, cualquier chica, sirve para la cama, si se decide a ello... Quiero

decir, si no tiene mucho cerebro con qué contribuir. Así que no veo por qué...

Pero miss Benbow no quiso volver a liarse.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Ahí está miss Taplow! ¡Sé que tiene muchas ganas de hablar contigo! Ven.

Efectuó la transferencia con eficacia y mientras miss Taplow comenzaba, un poco insegura, a felicitar a Diana, miss Benbow se volvió para encontrarse cara a cara con Brenda Watkins. Mientras felicitaba a Brenda, cuyo pequeñísimo y nuevo anillo de compromiso evidentemente colocaba a la chica por encima de toda posible escolaridad en las universidades, oyó la voz de Diana tras ella diciendo:

—Bueno, ser sólo una mujer y nada más me sorprende tanto como uno de esos empleos sin porvenir, miss Taplow. Quiero decir que no se puede lograr un ascenso, ¿verdad...? bueno, a menos que una se lo tome como una cortesana, o algo por el estilo...

* * *

—Simplemente, no entiendo de dónde lo saca —dijo la señora Brackley, con expresión perpleja.

—Bueno, no fue de mí —le contestó su marido—. Algunas veces deseé un poco de inteligencia en nuestra familia, pero, por lo que conozco, nunca la hubo. De todas maneras, no creo que importe muchísimo de dónde la ha heredado.

—No pensaba realmente en la inteligencia. Mi padre debe haber tenido alguna clase de sesos, o no le hubiera ido tan bien el negocio de contratista. No, es esto... bueno, supongo que podríamos llamarlo independencia... la manera que tiene de preguntar sobre las cosas. Hay cosas que no es preciso preguntar.

—Y encontrar algunas repuestas muy chocantes de lo que se oye de vez en cuando —dijo Mr. Brackley.

—Es una especie de inquietud —insistió Malvina Brackley—. Claro, las jóvenes se sienten inquietas... es de esperar, pero... bueno, quiero decir, que esto no es de la manera corriente.

—Ni novios —observó con torpeza su marido—. Así tampoco hay disgustos, querida. Tiempo vendrá.

—Pero sería más normal. Una chica guapa como Diana...

—Podría tener novio si quisiera. Nada más tendría que aprender a reír un poco y a no decir cosas que les asusten.

—Oh, Diana no es ninguna pedante, Harold.

—Sé que no lo es. Pero ellos piensan lo contrario. Vivimos en una vecindad muy convencional. Hay tres clases de chicas: «las deportistas», las risueñas y las pedantes, no se reconoce ninguna otra clase más. Ya es bastante malo tener que vivir en una zona sin civilizar; seguramente, ¿no querrás que ella se enrede con uno de estos zanganotes?

—No, no, claro que no. Es sólo que...

—Lo sé. Debería ser más *normal*. Querida, la última vez que hablamos con miss Pattison en el colegio predijo un brillante futuro para Diana. Brillante fue la palabra y eso no significa normal. No se pueden tener las dos cosas.

—Para ella es más importante ser feliz que brillante.

—Querida, estás muy cerca de sugerir que todo lo que llamas gente normal son personas felices. Y eso es una proposición infernal. No tienes más que mirarles... No, estemos agradecidos, muy agradecidos, de que no se haya enamorado de uno de estos zanganotes. No tendría ningún futuro brillante... ni, pensándolo bien, tampoco lo sería para el zanganote. No te preocupes. Ya encontrará su propia salida. Lo que necesita es un panorama más abierto.

—Claro, estaba la hermana menor de mi madre, mi tía Annie —dijo la señora Brackley, pensativa—. No tenía nada de corriente.

—¿Oh, qué había de malo en ella?

—Oh, no quería decir eso. No, fue a la cárcel en 1912... ¿o fue en 1913...? por tirar cohetes en Picadilly.

—¿Y por qué diablos lo hizo?

—Los tiró entre las patas de los caballos y organizó tal jaleo y atasco en el tráfico que los coches estaban parados desde Bond Street hasta Swan y Edgar's y luego se subió en el techo del autobús y gritó: «Votos para las mujeres» hasta que se la llevaron. La condenaron a un mes. La familia se sintió muy avergonzada.

—Un poco después de salir echó un ladrillo a un escaparate en Oxford Street y la sentenciaron a un par de meses más. No estaba muy bien de salud cuando salió a causa de la huelga del hambre, así que mi abuela se la llevó al campo. Pero logró volver no sé cómo y

tuvo éxito en tirar una botella de tinta por encima de Mr. Balfour, así que la volvieron a detener y esta vez por poco prende fuego a toda una ala de la prisión Holloway.

—Una mujer emprendedora, tu tía. Pero no veo cómo...

—Bueno, ella no era una persona corriente. Así que Diana pudo heredarlo de la familia de mi madre.

—No estoy seguro de que sea eso lo que Diana haya heredado de una tía abuela militante y, francamente, querida, me importa un comino de dónde lo recibió, más allá del hecho de que sea lo que sea lo que tiene, se lo hemos transmitido por entremedio nuestro. Y creo que hemos hecho un trabajo bueno, aunque bastante sorprendente.

—Pues claro que sí, Harold, querido. Tenemos derecho a estar orgullosos de ella. Es sólo... bueno, la vida más brillante no resultó siempre ser la más feliz ¿verdad?

—No lo sé. Tú y yo... por lo menos eso lo sé... podemos ser felices sin ser brillantes... lo que es muy parecido a ser brillante y si de eso quieres sacar tú una base para ser feliz, yo no puedo confirmártelo. Pero sé que se puede ser feliz sin mucha inteligencia. Yo, por ejemplo... aunque sea por una razón puramente egoísta. Desde que ella era una niña ha gravitado sobre mi conciencia que no podría sufragar el gasto de enviarla a un colegio de primera clase... oh, sé que en St. Merryn's hay buenos maestros, ella lo acaba de demostrar, pero, no es lo mismo. Cuando tu padre murió pensé que podríamos solucionarlo. Fui a los abogados y se lo expuse. Lo lamentaron mucho pero se mostraron firmes. Las instrucciones estaban completamente claras, dijeron. El dinero quedará en usufructo hasta que ella cumpla veinticinco años. No puede ser tocado, ni puede siquiera tomarse en parte para su educación.

—Nunca dijiste eso, Harold.

—Era inútil decírtelo hasta que no supiese si podía hacerse. Y no fue posible. Ya sabes, Malvina, creo que fue la jugarreta más sucia de todas las que nos hizo tu padre. No te dejó nada... bueno, era propio de su carácter. Pero dejar a nuestra hija cuarenta mil libras y luego ligar las cosas para que en los años más críticos y formativos de su vida no pudiese beneficiarse... Así que yo digo: bien por Diana. Ha hecho por sí misma lo que nosotros no pudimos hacer

por ella y lo que él tampoco hizo por su nieta. Le ha tapado la boca al viejo bastardo adecuadamente, sin siquiera darse cuenta.

—¡Harold, querido...!

—Lo sé, querida, lo sé. Pero, en realidad... no me acuerdo mucho actualmente del viejo diablo, pero cuando lo hago... —se interrumpió. Miró en su torno a la pequeña salita de estar. Aquello no estaba del todo mal, ahora que un poco envejecido, pero cómodo. Excepto aquella mezquina casa pequeña, construida en una calle de edificios exactamente iguales de aquel suburbio mugriento... La vida apurada... El forcejeo por seguir adelante con un sueldo que siempre quedaba por detrás de los precios... Unas cuantas cosas que Malvina debiera añorar, que debería tener...

—¿Sigues sin arrepentirte? —le preguntó.

Ella le sonrió.

—En absoluto, cariño. En absoluto.

La levantó y volvió al diván con ella. La mujer apoyó la cabeza en su hombro.

—En absoluto —repitió ella tranquila. Después añadió—: No hubiera sido más feliz aunque hubiese ganado becas escolares.

—Cariño, la gente es toda igual. He llegado a la conclusión de que éramos un poco excepcionales, de todas maneras. ¿Cuánta gente de esta calle podría decir con sinceridad que no lamenta lo que ha hecho?

—Algunos.

—Prefiero pensar que no ocurra con frecuencia. Y, sin embargo, por mucho que lo desees para las demás personas, ciertamente no puedes conseguirlo. Lo que es más, Diana no se parece mucho a ti... ni a mí tampoco. Dios sabe a quién se parece. Es inútil preocuparse porque no quiere hacer lo que tú harías si estuvieras en su lugar... y si pudieses recordar exactamente lo que se siente al tener dieciocho años. Brillante, dijeron. Bueno, la única cosa que nos es posible hacer es mirar a nuestra hija en su brillantez y a su manera... y respaldarla, claro.

—Harold, ella no sabe lo del dinero, ¿verdad?

—Sabe que hay algún dinero, claro. No preguntó cuánto. No tuve que mentirle. Sólo traté de darla la impresión de... bueno, de que no hay mucho, digamos tres o cuatrocientas libras. Me pareció más prudente.

—Estoy segura de que sí. Lo recordaré por si lo mencionase.

Al cabo de una pausa, ella preguntó:

—¿Harold, a mí me parece muy estúpido, pero qué es lo que hacen los químicos? Quiero decir, Diana me ha explicado que no es lo mismo que el farmacéutico y yo me alegré de eso, pero no lo entendí con claridad.

—Y yo, querida. Creo que será mejor que se lo preguntemos de nuevo. Sí. Me parece que ha llegado el momento en que ella nos explique a nosotros.

* * *

Resultó que no importó mucho a los Brackleys lo que hacía un químico, porque en el curso de su primer año Diana cambió de idea, decidiendo estudiar bioquímica en su lugar y la teoría de un bioquímico era algo que su madre nunca logró comprender con claridad en su mente.

La razón de este cambio residía en cierto modo en una conferencia dada ante la Mid-Twentieth Society sobre *Algunas tendencias evolucionarias en los medios ambientes recientemente modificados*. No parecía muy excitante y Diana no estuvo nunca segura de que lo fuese hasta que asistió a la conferencia. No obstante, lo hizo y, al hacerlo, dio un paso que iba a determinar el curso de su vida.

El conferenciante era Francis Sexover, Sc. D., F.R.S.^[1], antaño profesor de bioquímica en la Universidad de Cambridge y ampliamente considerado como un renegado intelectual. Procedía de una familia de South Staffordshire que, después de luchar levemente tratando de conseguir el reconocimiento de generaciones no registradas, en mitad del siglo xx adquirió un genio notable de empresa. Este genio, tan conveniente al clima del tiempo y a la inminente era industrial, llevó a los Saxover a nuevos métodos de encendido y aplicaciones de la energía del vapor, reorganización de la producción y así, aprovechándose de los nuevos canales de navegación, a un comercio mundial y a una gran fortuna familiar.

No es que ésta se debilitara en las sucesivas generaciones. No habían crisis para los Saxover. Mantuvieron el paso con los nuevos procedimientos y métodos e incluso entraron en plásticos cuando

percibieron en ellos una materia competitiva para las ya existentes. En la segunda mitad del siglo xx aún seguía marchando bien.

En Francis, sin embargo, el espíritu de empresa había tomado un rumbo diferente. Se mostró satisfecho de dejar los intereses de la familia en manos de sus hermanos mayores y seguir su propia tendencia hacia su culminación en una Presidencia. O así se lo creyó.

Sin embargo, ocurrió que la salud de Joseph Saxover, su padre, se hizo insegura en su última mitad de la vida. Después de descubrir esto, Joseph, un hombre previsor, no perdió tiempo en realizar sus bienes y colocar a sus dos hijos mayores a cargo completo del negocio. Entonces dedicó mucho tiempo en los restantes ocho o nueve años de su vida al fascinante trabajo de imaginar planes para derrotar la rapacidad del Exchequer^[2]. Ciertos escrúpulos le impidieron lograrlo completamente bien en este campo como hacían algunos de sus competidores, pero, no obstante, logró bloquear cierto número de interesantes lagunas de las autoridades contra los imitadores después de su muerte.

Como resultado de las maniobras, Francis se encontró mucho mejor de lo que esperaba estar y eso le contuvo. Era como si aquel genio de los Saxover se hubiera puesto en actividad ante la idea de capital sin emplear, sin invertir. Después de un año de creciente inquietud dimitió de su Presidencia y abandonó el claustro para luchar en la plaza del mercado.

Con unos cuantos ayudantes de confianza inició un establecimiento de investigaciones propio y se dedicó a justificar su criterio de que el descubrimiento, a pesar de la opinión popular, no era exclusivamente de la competencia del trabajo de los investigadores en masa que laboran para enormes compañías en formaciones casi militares.

Darr House Developments, como se llamó a la compañía, simplemente sacando el título de la hacienda que él compró, llevaba ya funcionando seis años. No sólo duraba cinco más de lo que la mayoría de sus amigos le habían predicho, sino que parecía haber empezado de manera prometedora. Ya contenía varias patentes lo bastante importantes como para despertar interés entre los grandes fabricantes de productos químicos: y, quizás, un poco de envidia entre los antiguos colegas. Ciertamente había una pizca de malicia

en la sugerencia de que esta visita de Francis a sus antiguas comarcas salía menos de su deseo de instruirla que de la necesidad que tenía su compañía de reclutar gente.

Cosa bastante singular, Diana nunca pudo recordar la conferencia en sus detalles. Muy temprano, recordó, al empezar dijo él, más como si fuese un hecho auto-evidente que una proposición, que la cifra dominante de ayer era el ingeniero; la de hoy, el físico; la de mañana, el bioquímico. Una vez este pensamiento hubo sido presentado a Diana, no pudo imaginarse por qué no lo captó antes. Agitada como por una revelación, ya tuvo un sentido completamente abrumador de comprensión, por primera vez, del significado de la palabra «Vocación». Por lo tanto, se colgó de las palabras del conferenciante, por lo menos, tuvo la impresión de que estaba pendiente de ellas, aunque resultaba un poco trastornador que no pudiese recordar ninguna en absoluto y que le parecieran haberse fundido en bloque abarcando el sentido completo de la vocación.

Francis Saxover tenía entonces menos de los cuarenta. Era un hombre delgado con rostro aquilino, que daba la impresión de ser un poco menos alto de lo normal. Tenía el pelo todavía negro excepto unas pocas canas en las sienes. Sus cejas, aun cuando no demasiado pobladas, parecían predispuestas a sobresalir, sombreando ligeramente sus ojos y dándoles una apariencia de estar más profundamente hundidos de lo que estaban en realidad. Sus modales eran tranquilos y relajados, hablaba más que sermoneaba, recorriendo su plataforma perezosamente y utilizando sus manos morenas y de largos dedos para recalcar las frases.

Todo lo que Diana sacó realmente de la conferencia fue una imagen mental del conferenciante, una fuerte impresión de su decidido entusiasmo... y, claro, del sentido de haber descubierto el único trabajo que valía la pena en la vida...

Y así, el traslado de escolaridad a la bioquímica.

Y así, una gran cantidad de duro trabajo.

Y así, a su debido tiempo, una graduación con Honores.

Y luego, el problema de un trabajo.

Diana sugirió Darr House Developments. Inmediatamente no fue aceptado esto por aclamación.

—Hum..., posiblemente, queda dentro de tu campo —admitió su

mentor—. Pero Saxover es muy exigente. Puede sufragar el gasto de tenerte en la nómina, claro, pero el despido del personal es muy grande allí. ¿Por qué no consideras una de las grandes firmas? Hay mucho porvenir, más estabilidad, no tan espectacular, te lo garantizo, pero resulta un trabajo bueno y sólido, que es lo que importa al fin.

Pero Diana prefirió Darr House.

—Me gustaría probar allí —dijo con firmeza—. Si no resulta un éxito, podré intentar después una de las grandes compañías, pero por lo que he oído resultaría mucho más difícil hacerlo al revés.

—Muy bien —dijo su mentor, y las maneras de ella se relajaron ligeramente—. En cuestión de hecho —confió la mujer—, a tu edad hubiera sentido lo mismo. Son los padres los que opinan de modo distinto.

—A los míos no les importará —le dijo Diana—. Si yo fuese chico, probablemente querrían que entrase en una de las grandes compañías, pero las mujeres somos diferentes. Sus intereses más serios son sólo un preliminar frívolo antes de tomarse la vida frívola más seriamente, así que no creo que importe mucho, compéndalo.

—Veo que es una palabra algo definitiva para eso, pero capto la intención —dijo su mentora—. Está bien. Hablaré a Saxover por ti. Creo que podría ser interesante. Incidentalmente, ¿sabes que ahora ha producido un virus que causa la esterilidad en la langosta macho...? Admitido está que la hembra langosta puede seguir produciendo langostas hembras durante cierto número de generaciones sin existencia del macho, pero una siente que eso debe contar tarde o temprano, o no habría mucho sentido en el sexo, ¿verdad...?

* * *

—Claro que confío en que consigas el empleo, si es lo que quieres, cariño, ¿pero qué tal es esa Darr House?

—Un centro de investigaciones. Una compañía, pero particular, dirigida por el doctor Saxover, mamá. Hay un caserón de últimos del siglo XVIII en el centro de un parque. Uno de esos lugares que es demasiado grande para que alguien viva, pero no lo bastante interesante para el National Trust^[3]. El doctor Saxover la compró

hace casi diez años. Él y su familia viven en un ala de la casa. El resto ha sido convertido en despachos y laboratorios, etc. Las cocheras y establos se transformaron en apartamentos para el personal. Y hay varias casitas en la hacienda. Y al cabo de un tiempo construirá más laboratorios. Y unas casas nuevas para el personal casado, etc. Es una especie de comunidad.

—¿Tendrás que vivir allí?

—Sí... o cerca. Alguien me ha dicho que está superpoblado, pero que si tengo suerte podría conseguir uno de los apartamentos. Hay una especie de comedor para el personal de la casa que se puede utilizar a gusto de uno. Y, claro, los fines de semana puedo pasarlos fuera. Todos dicen que es un lugar adorable, adecuado a la comarca. Pero hay que trabajar y tienes que tomarte interés. No se quiere gente que pierda el tiempo.

La señora Brackley dijo:

—Me parece un sitio bonito, estoy segura, cariño, pero no sabemos mucho acerca de esa clase de cosas; me refiero tu padre y yo. Lo que en realidad nos turba es lo que fabrican en esa casa. ¿Qué hacen?

—Actualmente no fabrican nada, mamá. Preparan ideas y luego dan permiso a otras gentes para que las usen.

—Pero si tienen buenas ideas, ¿por qué no las emplean ellos mismos?

—Esa no es su misión. Darr House no es ninguna fábrica, compréndelo. Lo que pasa es... bueno, como ejemplo, el doctor Saxover tuvo una idea acerca de las termitas... hormigas blancas, ya sabes... que se comen casa y cosas por todos los trópicos...

—¿Casas, hija?

—Bueno, las partes de madera y luego el resto se derrumba. Así el doctor Saxover y la gente de Darr House se pusieron al trabajo. Ahora, una termita muerde la madera y se la traga, y por sí misma no podría digerirla como nosotros tampoco podemos, pero hay un parásito protozooario viviendo dentro de la termita que rompe la estructura de la celulosa de la madera y luego la termita puede digerirla y vivir. Así que el personal de Darr House investigó sobre el parásito y buscó un componente químico que le fuera fatal. Bueno, encontraron uno efectivo y de uso seguro. Se lo dieron a las termitas, las termitas siguieron masticando madera, pero sin el

parásito no podían digerirla, así que pasaron hambre y murieron.

»El personal de Darr House llamó a este material AP-91 y lo patentó y el doctor Saxover lo confió a Commonwealth Chemical Enterprises y sugirió que habría un gran mercado tropical para el producto. C.C.E. lo probó y lo encontró satisfactorio, así que accedieron a fabricarlo. Y ahora se vende por los trópicos bajo el nombre comercial de Termorb-6 y el doctor Saxover cobra derechos por cada latita que se vende. Eso sólo le produce millares de libras al año y también hay una gran cantidad de otras patentes. A grandes rasgos así funciona el negocio.

—Hormigas blancas. ¡Qué horrible! —dijo la señora Brackley—. No me gustaría trabajar con hormigas.

—No fue ese el único proyecto, mamá. Hay varios en marcha a la vez y en distintas cosas.

—Vaya sitio. ¿Y hay muchos empleados?

—No lo sé. Creo que unos sesenta.

—¿Cuántos de los empleados con chicas?

—Sí, mamá. También se mira por la decencia. Se me ha dicho que el índice de matrimonios es muy alto. Aunque no estoy segura de si eso lo considerarás en bien o en contra. Sin embargo, no te preocupes, no tengo la menor intención por ahora de unirme a la gran mayoría.

—Cariño, esa expresión se utiliza para decir...

—Lo sé, mamá, lo sé... Oh, no has visto el nuevo vestido que me he comprado para la entrevista. Ven y te lo enseñaré...

II

Diana nunca lo supo, pero el nuevo vestido estuvo a punto de costarle el empleo. No es que hubiera nada malo en él; al contrario. Estaba hecho de una tela de lana delgada, verde pálido, que la sentaba perfectamente al nogal de su cabellera, y, como ocurría con la mayor parte de sus ropas, parecía valer algo más que lo que había costado en realidad. Pero, mientras no hay uniforme para los jóvenes científicos comparado con lo que indica alguna especie de sucesión con el arte, tratan en general de dividirse en dos tipos principales: los no muy aseados en su presentación y los descuidados, y Diana no pertenecía decididamente a ninguna de las dos clases. Sólo verla hizo que Francis Saxover se sintiera mal dispuesto.

Sus notas de colegio le satisficieron, sus referencias y recomendaciones eran buenas, su propia solicitud le impresionó favorabilísimamente. En realidad, se podía decir que todas las señales estaban a su favor hasta que su llegada las descalificó por completo.

Porque en sus casi diez años de dirigir Darr House Developments, Francis se había vuelto un poco quisquilloso. Tenía plena intención de ser, como era, la inspiración y la dirección de su aventura; sin embargo, lo que no había previsto era que se vería obligado por las circunstancias a convertirse en una especie de patriarca de la comunidad que él reuniera. Esta imposición le llevó a mirar a los candidatos con ojo crítico y era la mitad patriarcal la que ahora contemplaba a la personalista y decorativa miss Brackley con duda.

Ella parecía prominentemente capaz de provocar otra de aquellas situaciones que le había hecho acudir a Caroline, su esposa, preguntándose por qué no sería mejor cambiar la palabra «Developments»^[4] sustrayéndola por «Campamento de Vacaciones y

Oficina de Corazones Solitarios».

Diana misma estaba turbada al saber por qué, tras buenos augurios y un comienzo prometedor, la entrevista parecía ir menos bien. La situación le hubiera resultado más clara de haber podido atisbar alguno de los precedentes que cruzaban el cerebro de su posible y futuro jefe. Necesitaba personas menos atractivas que Diana, que había resultado ser el torbellino más potente en las aguas de su pacífica comunidad.

La malhumorada miss Tregarven, de ojos rasgados, por ejemplo. Había sido una bióloga prometedora, pero por desgracia también era una chica cuyos adornos en su cuarto incluían una fila de pequeños corazones de porcelana que ceremoniosamente iba rompiendo uno a uno con un martillito especial cuando las circunstancias parecían aconsejarlo. Y, también, estuvo miss Blew, una muñeca de criatura con un toque indudable de genio químico, y una expresión enteramente equívoca de inocente cerámica fraguada con una potencia enorme de despertar la caballerosidad. El extendido deseo de servir a miss Blew había eventualmente alcanzado su máxima manifestación en un duelo... una competición inexperta, y tuvo lugar un nublado amanecer en el prado junto a los bosques, entre un químico y un biólogo, en el curso del cual el químico atravesó el brazo izquierdo del biólogo, enrabiando así a éste, que por entonces abandonó su arma con el propósito de derribar de un honesto puñetazo a su oponente, y miss Blew, que había salido saltando directamente de la cama y apenas vestida, para vigilar y contemplar el hecho desde los arbustos, cogió un fuerte resfriado. También, miss Cotch. Miss Cotch había sido genial manejando los aminoácidos, pero fue menos experta en dirigir sus propios asuntos, con la desventaja de poseer un corazón en exceso tierno. Es más, era tan enemiga de herir los sentimientos de nadie que en cierto modo logró comprometerse en secreto con tres de sus compañeros de trabajo al mismo tiempo, y luego, no encontrando manera de salir de este lío sino con la huida, desapareció, dejando un pozo de desorden emocional y departamental a sus espaldas.

En vista de éstas y otras varias experiencias semejantes, las dudas de Francis no eran injustificadas. Por otra parte, y en favor de Diana, advirtió que se tomaba la entrevista completamente en serio, confiando en sus méritos y no intentando bajo ningún concepto

conseguir el empleo mediante su encanto personal. Con toda limpieza decidió que la cosa necesitaba una segunda opinión... porque, después de todo, Caroline también era a veces llamada para vendar las heridas emocionales causadas por estos asuntos... así que, en lugar de presentar a Diana al personal en el comedor, como se había propuesto, la invitó a almorzar en el ala particular.

Durante la comida sus malos augurios disminuyeron. Ella habló fácil y con inteligencia a sus anfitriones, intercambió unos cuantos pensamientos con Paul, entonces tenía 12 años, sobre la probable fecha de una expedición triunfal a Marte e hizo cuanto pudo por sacar unas cuantas palabras de Zephanie, que la miraba con ojos redondos y casi estupefacta de admiración.

Después, habló con Caroline.

—¿Nos arriesgamos, o es seguro que vamos a buscarnos más disgustos?

Caroline le miró con tristeza.

—Francis, querido, en realidad debes dejar de abrumarte con la idea de que este lugar podría o debiera dirigirse cómo una máquina. Nunca será posible.

—Ya comienzo a comprenderlo —reconoció Francis—. Por lo mismo hay una diferencia entre enfrentarse a las crisis de rutina y actuar de un modo en que se produzcan cosas mejores.

—Bueno, si crees que a las solicitantes debes hacerlas pasar por una especie de concurso de belleza al revés y que esto va a serte útil, yo opino que servirá para animar a las menos favorecidas a recobrarse en sí mismas y a tratar de probar su encanto con los demás; por lo que deberías considerarlo. Me gusta la chica. No es vulgar. Es inteligente... y prefiero pensar que tiene buen sentido, que no es lo mismo, sí que, si tiene los conocimientos y la capacidad que necesitas, admítela.

Diana consiguió el trabajo y se unió el personal de Darr.

Su llegada despertó considerable interés, tanto provocando esperanzas como desánimos. Los tipos conquistadores probaron su suerte y no encontraron nada que les animara. Los estrategas más sutiles se pusieron a trabajar y en cierto modo llegaron a una de las primeras etapas. Con estos preliminares como guía. Darr comenzó a catalogarla por completo.

—Guapa pero tonta —anunció tristemente uno de los químicos.

—¡Tonta...! ¡Por todos los infiernos! —objetó un biólogo—. Además, aun si eso fuese cierto, ¿dónde está la desventaja? Tal y como es, habla en abundancia... sin ningún propósito.

—Eso es lo que quería decir —explicó el químico con paciencia—. Es tonta a lo largo de las aquívocas... del único modo casi que cualquier buena chica no lo es; y no debiera serlo —añadió, para aclarar conceptos.

Las esposas y las solteras interesadas se permitieron a sí mismas, con precaución, relajarse un poco.

—¡Fría! —se dijeron unas a otras esperanzadas, no sí ocultar su autosatisfacción... sin embargo, tampoco con tranquilidad total, porque una sospecha de que alguien pudiera ser del todo indiferente a los hombres que la rodeaban a una no es enteramente bien recibida. Sin embargo, la mayor parte se sintió tranquilizada por esta clasificación provisional, aunque con una reserva causada principalmente por sus vestidos; era difícil de creer que una pudiese gastar tanto y pensar tanto en atuendos sin esperar su recompensa...

Cuando Helen Daley, esposa de Austin Daley, el bioquímico que estaba cerca de ser el segundo de a bordo en Darr, mencionó el problema, su marido ofreció un punto de vista distinto.

—Cuando alguien nuevo viene a este lugar, siempre hay la misma charla especulativa. No entiendo el porqué —se quejó—. Los jóvenes vienen alborotados creyendo que son maravillosos, que el mundo empieza con ellos, igual que hicieron sus padres y sus abuelos; entonces se meten en los mismos líos, muestran las mismas intensidades y siguen cometiendo los mismos errores que sus padres y abuelos. Absolutamente monótono: Todos van a convertirse en uno de los cuatro o cinco tipos, de todas maneras; y el único interesante es el que trata de imponer de nuevo su juventud... lo que Dios prohíbe.

—Disfruté siendo joven —contestó su esposa.

—Disfrutaste siendo joven... lo mismo que yo —la corrigió su marido—. Pero eso no volverá otra vez, gracias, no volverá.

—Pero disfruté. Emociones, colores, vestidos adorables, fiestas maravillosas, paseos a la luz de la luna, el encanto de un nuevo amor...

—¿Como los maravillosos veranos de la infancia de uno? ¿Te

olvidas de los desencantos, de los rivales odiosos, de la amargura del perder, de la tristeza de verse despreciado, del dolor de una palabra descuidada, de los tormentos y ansiedades, de las lágrimas sobre la almohada...? No, incluso la memoria de la juventud tiene algo insoportable. Las chicas doradas y los chicos vivieron en una época áurea.

—Es inútil tratar de hacerme creer que eres un viejo cínico, Austin.

—Amor mío, no soy cínico, lo confieso, pero tampoco soy un visionario retrospectivo. Por tanto, compadezco a estos jóvenes que sufren el proceso penoso de agotarse sus ilusiones antes de emerger como un tipo, pero aún pienso que para el observador es un proceso monótono.

—Bueno, volviendo adonde estábamos, ¿a qué tipo piensas que pertenece nuestra última recluta, o cuál de éstos resultará ser?

—¿La joven Diana? Eso es pronto para decirlo. Es lo que llaman ahora una retrasada en desarrollo. De momento ha impresionado a nuestro Francis.

—Oh, seguramente que no...

—No hay nada seguro. Puede que no sea tu modelo, pero los demás contemplan a Francis como su figura paternal. Lo he observado antes. Indudablemente seguiré observándolo. Él, claro, no lo comprende del todo; nunca lo hace. Al mismo tiempo, ella es una joven extraordinaria y no aceptaría apuestas sobre el rumbo que seguirá cuando madure.

Si Austin Daley tenía razón o no, ciertamente no se produjo ningún desarrollo interesante en la personalidad de Diana durante sus primeras semanas en Darr. Ella se limitó a continuar a su manera en una independencia no amistosa. Sus conocimientos con los miembros varones del personal tampoco alcanzaron el grado de camaradería y se hicieron distantes, y esta disposición gradualmente la puso en buenas condiciones con una gran cantidad de jóvenes mujeres, así que gradualmente comenzó a labrarse un nicho para sí misma, como una singularidad. La devoción de su cuidado por un aspecto decorativo vino, con reservas, a ser considerada como una excentricidad; una especie de arte, como el de preparar flores, o el de pintar a la aguada, practicado por Diana aparentemente para su propia satisfacción y el aceptar tal cosa se

vio ayudado por el descubrimiento de que voluntariamente quería instruirse e instruir a las demás en su afición, siempre que se lo pidieran. Una forma contenida de diversión, se sentía... aunque no perjudicial ni dificultosa actualmente mientras continuara deprimida. Cara, sin embargo. Había la conjetura general que todo su salario, si no más, debía gastarlo en sus ropas y atuendos.

—En total una chica rara —observó Caroline Saxover—. Tiene cerebro para una clase de vida y algunos de los gustos que acompañan a otra. Precisamente de momento parece vivir calmada en una especie de torpeza y descuido o entre ambas cosas y no muy interesada en salir de su sopor. Probablemente revivirá de manera inesperada.

—¿Quieres decir que pronto nos encontraremos con otro de estos problemas emocionales y perderemos un buen trabajador más? —preguntó con tristeza Francis—. Comienzo a volverme reaccionario. Preguntándome si las mujeres jóvenes por encima de cierto nivel de sencillez sabrían dedicar su tiempo a una educación superior. Esto se va a convertir en una de las partidas más caras de nuestra economía. Sin embargo, supongo que incluso la prueba más sencilla no garantizaría nada. Del mismo modo, sigo esperando que algún día nos sea posible reunir a unas cuantas chicas cuyo propósito individual sea mayor que su instinto gregario.

—¿No te referirías al instinto sexual, más que al instinto gregario? —sugirió Caroline.

—De veras. No lo sé. ¿Hay alguna diferencia en lo que respecta a las jóvenes? —gruñó Francis—. De todas maneras esperemos que ésta resista más de un mes o dos.

La señora Brackley, confiando en su marido, adoptó el punto de vista opuesto.

—Parece muy satisfecha en el lugar —observó a su esposo, después de una de las visitas de Diana a su casa durante un fin de semana—. No es agradable saberlo, sin embargo, claro, porque no es probable que esté allí mucho tiempo. No una chica como Diana.

No fue esta observación de las que requirieran comentario, así que Mr. Brackley guardó silencio.

—Parece admirar muchísimo a ese doctor Saxover —añadió su esposa.

—Igual que muchas personas —la dijo Mr. Brackley—. Tiene

gran fama entre los científicos. Las personas a las que les pregunté por él se mostraron muy impresionados cuando les dije que Diana trabajaba allí. En apariencia resulta que es algo grande e importante.

—Es un hombre casado, con dos niños. Un chico de 12 años y una chica de casi diez —observó ella.

—Entonces, bueno, todo va bien. ¿O quieres decir que no? —preguntó él.

—No seas ridículo, Harold. Es un hombre que casi la dobla la edad.

—De acuerdo —asintió el señor Brackley apaciblemente—. ¿Pero de qué estamos hablando?

—Pues que a ella le parece gustar estar en esa empresa, pero por lo que dice no creo que sea la clase de lugar en donde una chica atractiva como Diana pueda enterrarse mucho tiempo. Hay que pensar en su futuro.

A lo que Mr. Brackley no dijo nada una vez más. Nunca podía decidir si la amable decisión de Diana de hacer campo común con su madre realmente la engañaba, o si la noción de su esposa de que cada hija es una especie de mascota fabricada en serie era simplemente inconquistable.

Mientras, Diana se instaló en Darr. Francis Saxover encontró en ella una gran trabajadora y sintió alivio al no observar ningún rastro de instinto gregario que sugiriera una inminente emigración. Sus relaciones con sus colegas continuaron durante la mayor parte del tiempo, siendo amistosos, aunque en cierto modo distanciadas. En raras ocasiones, ella decía o hacía algo que les obligaba a parpadear, mirarla dos veces y preguntarse unas cuantas cositas. Pero solía restringir casi deliberadamente, manteniéndose aparte de la comunidad, una vez hubo repelido a los que la abordaron, y mantener su propio consejo lo bastante ecuánime para ser considerada como una parte del escenario decorativo pero insignificante, según se mirara.

—Con nosotros, pero no es una de los nuestros —observó Austin Daley a su respecto al fin del segundo mes—. Hay más en esa chica de lo que ella permite que trascienda. Tiene un modo especial de sonreír ante las cosas equívocas. Deberá ser sorprendente, tarde o temprano.

III

Una mañana después de que Diana hubiese estado unos ocho meses en Darr, la puerta de la habitación en donde trabajaba se abrió bruscamente. Alzó la cabeza del microscopio para ver a Francis Saxover de pie en el umbral, con un platito en la mano y una expresión dolorida en el rostro.

—Señorita Brackley —dijo—. Se me ha dicho que es un amable interés suyo procurar que Cecilia se alimente durante sus actividades nocturnas. Si realmente es necesario, lo que dudó, puesto que no parece haber tocado su obsequio, pero sí lo es... ¿no le importaría colocar su platito en una situación donde el tráfico sea menos agudo en el futuro? Es la tercera vez que casi he caído al tratar de esquivarlo.

—Oh, lo siento, doctor Saxover —se excusó Diana—. De ordinario me acuerdo de retirarlo cuando vengo. Ella por lo general se lo bebe, ya lo sabe. Quizás la tormenta de anoche la asustó.

Ella le tomó el platito de leche de la mano y lo llevó a la otra parte del banco.

—Con certeza procuraré que... —en el acto de colocar el platito ella se interrumpió y se inclinó para mirarlo más estrechamente.

Durante la tormentosa noche la leche se había «cuajado». Por lo menos, casi toda, pero había un lugar, de un poco menos de un centímetro y medio de diámetro centrado sobre una mancha oscura, que parecía distinto. Su aspecto era de no haberse cuajado.

—Tiene gracia —dijo ella.

Francis miró el platito y luego le prestó más atención.

—¿En qué trabajaba usted ayer, poco antes de que sirviese esto? —le preguntó.

—En el nuevo cultivo de líquenes. El lote MacDonald. Estuve ocupada con ellos casi todo el día —contestó.

—Humm —exclamó Francis.

Encontró una espátula limpia, sacó el lunar y lo puso en un porta-objetos.

—¿Puede usted identificarlo? —preguntó.

Diana llevó el portaobjetos al microscopio. Francis miró las pequeñas junglas de hojas verdes y grisáceas bajo diversas cubiertas de cristal. Tenían un aspecto sombrío. La inspección de Diana no duró mucho.

—Es de este lote —dijo, señalando una pila de fragmentos disecados salpicados por lunares amarillos a lo largo de sus bordes. Y explicó—: Provisionalmente, los he llamado *Lichenes Imperfectus Tertius Mongolensis Secundus MacDonaldi*.

—Vaya nombrecito —observó Francis.

—Bueno —contestó ella a la defensiva—, no es fácil, ya sabe. Casi todos los *Lichenis* parecen ser imperfectos de todas maneras y éste resulta que es el tercero que localicé del segundo lote de MacDonald.

—Bueno, debemos recordar que el nombre es provisional —dijo Francis.

—¿Antibiótico? ¿Le parece? —preguntó Diana, volviendo a mirar al platillo.

—Podría ser. Una buena cantidad de *Lichenis* tienen propiedades antibióticas, así que no es improbable. Hay cien probabilidades contra una de que pueda ser un antibiótico útil, claro. Sin embargo, no despreciemos las posibilidades. Le daré un vistazo y se lo haré saber.

Cogió un tarro vacío, lo llenó con el Lichen, dejando bajo su capa casi la mitad del montón. Luego se volvió para irse. Pero antes de llegar a la puerta la voz de Diana le detuvo.

—Doctor Saxover, ¿cómo está hoy la señora Saxover? —preguntó.

Se volvió, con expresión de hombre distinto, como si se hubiese quitado una máscara para revelar la malicia de debajo, sacudió la cabeza despacio.

—En el hospital dicen que está muy animosa. Espero que sea cierto. Es todo lo que pueden decir. Ella no está enterada, sépalo usted. Sigue creyendo que la operación tuvo éxito. Supongo que es lo mejor... Oh, sí, es lo mejor... pero ¡oh, Dios...!

Volvió hacia la puerta de nuevo y desapareció antes de que

Diana pudiera decir algo más.

Se llevó consigo los líquenes y eso fue lo último que Diana oyó oficialmente de la materia durante largo tiempo.

Caroline Saxover murió pocos días más tarde.

Francis pareció seguir adelante como en trance. Su hermana viuda. Irene, llegó e hizo cuanto pudo para hacerse cargo de los trabajos domésticos que Caroline había llevado. Francis apenas pareció fijarse en ella. Su hermana trató de llevársele fuera durante un tiempo, pero él no quiso. Durante una quincena o más, vagó por el lugar como la imagen palpable de un fantasma... Su cuerpo presente, pero su espíritu en otra parte. Luego, de pronto, no fue visto en absoluto. Se cerró en su propio laboratorio. Su hermana le hacía subir las comidas, pero a menudo las devolvía sin tocar. Durante días apenas salió y a menudo se veía su cama que no había sido utilizada.

Austin Daley, que más o menos se habría paso hacia allí dentro, informó que parecía estar trabajando como un loco en media docena de cosas a la vez y predijo una crisis nerviosa. En las pocas ocasiones que apareció en la hora de la comida, sus modales eran tan distantes y tensos que los niños casi le tenían miedo. Diana encontró a Zephanie sollozando miserablemente una tarde. Hizo cuanto pudo por consolarla y se la llevó a su laboratorio y la dejó que se divirtiese con un microscopio. Al día siguiente, un sábado, se llevó a la chica a dar un paseo de unos veinte kilómetros para sacarla del lugar.

Mientras, el trabajo en mano seguía adelante de todas maneras y Austin Daley hizo cuanto pudo por apegarse con él y mantener la casa funcionando. Por fortuna, conocía varios proyectos que Francis tuvo en mente y fue capaz de resolverlos. En ocasiones, insistía en Francis para que le llevase unos cuantos documentos necesarios, pero pasaba mucho tiempo aplazando decisiones que sólo Francis podía tomar, pero que no quería o no se interesaba por ellas. Darr comenzó a demostrar signos de vacilación y su personal se convirtió en gente inquieta.

Francis, sin embargo, no sufrió ninguna crisis. Probablemente se salvó de ella al pescar una pulmonía. Fue grave, también, pero lentamente comenzó a recobrar fuerzas de nuevo y pareció haber roto el trauma, porque revivió casi en su estado normal.

Pero era su estado normal con una diferencia.

—Papá es más callado de lo que era antes y bastante más amable también —confió a Diana, Zephanie—. Algunas veces me dan ganas de llorar.

—Es que quería mucho, muchísimo a vuestra madre. Debe sentirse muy solitario sin ella —aclaró Diana.

—Sí —asintió Zephanie—, pero habla mucho de ella ahora y eso resulta mejor, le gusta hablar de mamá, aun cuando le ponga triste. Pero se pasa una gran cantidad de tiempo simplemente sentado y pensando, y sin ninguna tristeza en absoluto. Parece como si estuviera efectuando sumas mentales.

—Espero que eso sea lo que haga —le dijo Diana—. Se necesitan muchas sumas para mantener a Darr en marcha, ya lo sabes. Y las cosas se le escapan un poco de la mano cuando se pone enfermo. Probablemente piensa en asearlo de nuevo y que todo irá bien una vez las cosas estén en su punto.

—Eso espero. Papá parece como si las sumas que efectúa fueran muy difíciles —dijo Zephanie.

Entre unas cosas y otras la cuestión de las posibles cualidades antibióticas de los *Lichenis Tertius*, etc., desaparecieron del cerebro de Diana y sólo reaparecieron al cabo de unos cuantos meses. Ella estaba segura de que también debió olvidarlos Francis, o de otro modo se hubiera enterado de algo. Porque una de las cualidades más escrupulosas de Francis era la de no embolsillarse los honores de los demás. Los descubrimientos, y las patentes y derechos de copia que los cubrían, se convertían en propiedad de Darr House Developments, pero los honores pertenecían a los individuos, o a los equipos. Tal y como es la naturaleza humana, no puede decirse que cada cual siempre esté enteramente satisfecho con el grado de honores que recibe; eso es, por ejemplo, una cuestión de elegancia el reconocer al hombre que suministró la idea en sí misma, y también honrar al que proporcionó el germen de todo... pero generalmente se concedía y apreciaba que Francis se molestaba en ser justo y procurar que no se produjese ninguna sugestión de incorrección en cuanto a las recompensas, ni de que nadie se perdiera en el anonimato... Ni que se hundiera sin rastro. De haber ido las cosas normales, por tanto, Diana estaba segura de que hubiera oído hablar algo de los *Lichenis Tertius*, positivo, negativo, o

neutro. Ella presumió que tal y como estaban las condiciones, cuando recogió el material varios meses más tarde, el tarro con líquenes debió ser puesto aparte en algún lugar poco más o menos cuando la muerte de Caroline Saxover y su contenido se enviaría al sumidero. Sin embargo, al recobrase Francis, recurrió a ella diciendo que debería asentar alguna nota correspondiente a la naturaleza de las propiedades observadas en *Tercius*, aunque sólo fuese para los archivos. Ella decidió que en cualquier momento conveniente se recordaría y luego lo olvidó así de pronto cuando otras materias más importantes ocuparon su mente. Al fin, durante una de las veladas mensuales que Caroline había instituido para ayudar a fomentar el sentido comunal de Darr, recordó y tuvo al mismo tiempo la oportunidad, apremiada, posiblemente, para la llegada de otra remesa de singularidades botánicas del vagabundo de Mr. MacDonald.

Durante los refrescos, Francis, ahora era casi igual que antes, seguía su costumbre ordinaria de charlar con uno u otro de su personal. Al encontrarse con Diana le dio las gracias por su amabilidad expresada evidentemente con su hija.

—Le ha servido de gran ayuda. Que alguien se tomase interés en ella era lo que necesitaba en estas circunstancias la pobre criatura —dijo—. Ha significado muchísimo para ella, lo sé, y por eso le estoy inmensamente agradecido.

—Oh, pero si disfruté con eso —repuso Diana—. Nos llevamos muy bien juntas. Ella me hace sentir como una hermana no demasiado mayor y yo trato de hacerla comprender que tampoco es demasiado niña. Siempre lamenté no haber tenido una hermana, así que quizá en su hija encuentro compensación. De cualquier forma, Zephanie es muy buena compañera para mí incluso aun cuando tenga que enseñarle muchas cosas.

—Me alegro. Ella no deja de alabarla. Pero no permita que imponga sus caprichos sobre usted.

—No lo haré —le aseguró Diana—. A menos de que sea necesario. Ha de saber usted que Zephanie es una chica muy curiosa.

Y entonces, pocos minutos más tarde, cuando él estaba a punto de continuar su ronda, la pregunta le cruzó por la mente.

—Oh, a propósito, doctor Saxover, tenía intención de

preguntarle si se acuerda usted de aquellos líquenes de MacDonald... el *Tercius* aquel que vimos en el mes de junio o julio... ¿Resultó ser interesante?

Formuló la pregunta casi con indiferencia, esperando oírle decir que se había olvidado. Para su sorpresa, durante un breve e inconfundible momento, él pareció sobresaltado. Se recuperó rápidamente, pero la expresión había estado allí; también dudó un momento antes de responder. Luego dijo:

—¡Oh, querida! ¡Es una cosa muy reprehensible en mí! Debí habérselo hecho saber hace tiempo; me temo que me equivoqué. No resultó ser ningún antibiótico después de todo.

Momentos más tarde había seguido adelante y puesto a hablar con otra persona.

En aquel tiempo Diana apenas medio notó algo un poco raro en la respuesta. Fue más tarde cuando empezó a darse cuenta de que era una tontería lo que dijo Francis. Incluso entonces casi se sentía inclinada a atribuirlo a la tensión y a la enfermedad que había sufrido. Pero siguió remordiéndola en lo más hondo de su mente. Si él le hubiera dicho que se había olvidado de todo, demasiado ocupado con otras cosas más urgentes, o que su acción era muy tóxica para que valiese la pena seguir adelante, o la hubiera dado media docena de otras razones, rápidamente se hubiese sentido satisfecha. Pero por algún motivo la cuestión le habla pillado desprevenido y originó una respuesta poco considerada... una respuesta que, cuando se pensaba en ella, parecía ser la forma de eludir una contestación directa. ¿Y por qué quería eludirla?

Sin saber cómo se encontró reconociendo que «no resultó ser ningún antibiótico», era un resbalón, pero un resbalón de una clase particular. La especie de patinazo que hubiese sido hecho por un hombre pillado por sorpresa que era por naturaleza sincero y que no estaba acostumbrado a responder con una rápida mentira...

Considerándola de manera más estrecha, la implicación de la respuesta imprevista apenas se le podía escapar: El liquen *Tercius* ciertamente tenía una propiedad que parecía antibiótica; pero había resultado *no* ser antibiótico, ¿pues entonces, qué es lo que era...?

—¿Y por qué Francis deseaba ocultarle sus propiedades...?

Diana nunca comprendió por qué la pregunta siguió preocupándola en una especie de segunda fila en sus pensamientos

en la extensión en que lo hizo, más tarde, tentativamente la consideró una incongruencia: la mezquina, en apariencia, evasividad que contrastaba con su opinión de Francis, con su reputación y con sus modales de ordinario. Todo lo que en aquel tiempo supo fue que el problema siguió remordiéndola.

Entonces vino otro factor. El departamento de almacenaje le envió una nota pidiéndole que entregase sus materiales para repasar las cantidades. Obedientemente, empezó a hacer una lista y, entonces, cuando llegó al *Lichen Tercius*, etc., en su relación, dos observaciones de pronto se entrelazaron entre sí: una, que hacía sólo pocos días desde que mencionó el *Tercius* a Francis en la velada; la otra, que el departamento de almacenajes envió su solicitud, como cosa rutinaria, en un lunes, no en un viernes y que el balance trimestral debía tener lugar de todas maneras dentro de un plazo de dos semanas.

Diana permaneció mirando la partida durante varios momentos. Tuvo tentación de resistirse a un ansia... no a una tentación ordinaria porque no tenía nada del regusto de una tentación, ni la menor perspectiva de ganancia, si no que era algo más parecido a la curiosidad crecida hasta ser conclusión. Y que al final ganó.

—Hice —dijo más tarde—, hice una cosa que yo despreciaba, de la que me había creído incapaz. Deliberadamente falsifiqué mi informe. Y lo que es más raro es que no experimenté ni culpa ni vergüenza en aquel momento, sino como si hubiera realizado algo de desagradable necesidad.

Y así el manojito de *Lichenis Tercius* que había sido escogido del último paquete de MacDonald jamás apareció en absoluto en el registro.

* * *

En las primeras etapas de investigación de los líquenes, Diana tenía otra ventaja sobre Francis; no trabajaba bajo la impresión de que estaba tratando con un antibiótico. Sabía sólo que buscaba algo que tenía una propiedad que parecía antibiótica, pero no lo era. Decía también, dados los modales de Francis, que resultaba una cosa extraordinaria, posiblemente peligrosa; pero eso era de poca ayuda excepto en lo que respectaba a prepararla para dejar que su

mente trabajase en amplias líneas por encima de sus descubrimientos. A pesar de esto, sin embargo, ella casi rechazó la mismísima cosa que buscaba, como demasiado improbable. Entonces, en el mismísimo borde de la renuncia, dudó. Por muy improbable que pareciese, no era una imposibilidad confirmada. Por buen orden, aunque no fuese por otra razón, se merecía una mayor prueba... y luego otra... y otra...

Años más tarde dijo:

—No fue intuición, ni tampoco sentido común. Empezó con una lógica ingerencia, era todo excepto que estropeado por un perjuicio y entonces se salvó por rutina. Pude habérmelo pasado por alto fácilmente y haber seguido por líneas equívocas durante meses, así que también supongo que intervino el elemento suerte. Incluso aun cuando yo lo había revisado y repasado, realmente no lo creía... al menos yo no estaba en ninguna especie de estado esquizoide; mi yo profesional había probado y fracasó en desaprobarlo, hasta que tuvo que creerlo; pero fuera de mi deber, ni yo podía aceptarlo más íntimamente que lo que una acepta la proposición de que el mundo es redondo. Supongo que eso es lo que me asombró tanto en el asunto. Yo no comencé a ver las implicaciones que tenía en plena cara; no por semanas, meses después. Era simplemente un descubrimiento científico interesante que yo he tratado de desarrollar hasta un estado útil, así que me concentré en el trabajo real de agente activo y apenas medité en las consecuencias. Un poco como la gente que crece en medio de principios religiosos, cuando una lo piensa mejor.

El trabajo se convirtió en un desafío para Diana. Empleó casi todo su tiempo libre y ella frecuentemente trabajaba hasta tarde por las noches. Sus visitas de fin de semana a casa se convirtieron en irregulares y se sintió inquieta cada vez que iba con sus padres. Zephanie, que había sido enviada a toda pensión a un colegio, se mostró desencantada al verla tan poco durante las vacaciones.

—Siempre está trabajando —se quejó—. Además, tienes aspecto cansado.

—Ya no durará mucho ahora, me parece —le contestó Diana—. A menos que aparezca algo muy inesperado, pienso que habré terminado dentro de un mes o dos.

—¿De qué se trata? —quiso saber Zephanie. Pero Diana sacudió

la cabeza.

—Muy complicado —dijo—. No puedo explicárselo a nadie que no sepa mucho de química.

Sus experimentos se dedicaban principalmente a ratones y a últimos de otoño, más de un año después de la muerte de Caroline Saxover, comenzaba a tener verdadera confianza en sus resultados. Mientras, había descubierto un grupo de animales que Francis utilizó en sus pruebas y se animó al verse capaz de vigilarles también. Para aquel tiempo el verdadero trabajo estaba hecho. Los resultados más allá de toda duda demostrada. Lo que quedaba era la rutinaria experimentación que proporcionaría datos suficientes para dar un control estrecho y de confianza del proceso, trabajo monótono que emplearía comparativamente poquísimo tiempo y la permitiría descansar. Y no fue hasta que comenzó a descansar, a relajarse, cuando empezó realmente a pensar en lo que acababa de descubrir...

En las primeras etapas del trabajo ocasionalmente especuló sobre la actitud de Francis y se preguntó por qué intentaba él disfrazar sus descubrimientos. Ahora empezó a dedicar plena atención al asunto. Intranquilamente se dio cuenta de que el trabajo de él de haber sido efectuado con seis meses de anticipo al de ella. Prácticamente debió estar seguro de sus descubrimientos y de lo práctico de su aplicación, allá a principios del verano; sin embargo, no susurró, ni dejó entrever nada acerca de ello. Eso en sí resultaba raro. Francis tenía confianza en su personal. No mantenía ningún secreto, a menos que fuese absolutamente necesario, eso rebajaba la eficiencia y deterioraba el sentido del fin común. Su personal respondía y raras veces hubieron infiltraciones prematuras desde Darr. Por otra parte, eso significaba que dentro de Darr raras veces había un proyecto en ejecución que no pudiera captarse su proyección, por lo menos en indicios, si uno lo intentaba. Pero de esto no había habido nada; ni el menor céfiro. En cuanto ella pudiera asegurar, Francis hizo todo el trabajo solo y mantuvo para sí enteramente los resultados. Podía ser que estuviese en negociaciones para su producción en gran escala por los fabricantes a mano, pero en cierto modo ella no lo creía... incluso en aquella etapa se daba medio cuenta de que era un asunto demasiado grande para manejarse de la manera ordinaria. Así decidió que Francis

probablemente leería un documento sobre ello ante una de las sociedades. En ese caso, ella tendría que entregar su propio trabajo de inmediato... pero si así lo intentaba, Diana no comprendía la necesidad de una masa tan eficiente de secreto entre su propio personal en una etapa en que sus datos debían estar ya del todo completos.

Por eso Diana decidió esperar y ver...

También se sentía turbada por su posición ética que parecía algo más que poco equívoca. No era la posición legal; allí, ella estaba limpia y lisamente metida en lo equívoco. Bajo la cláusula ordinaria de su contrato cualquier descubrimiento hecho por ella trabajando como empleada de Darr House Developpments Ltd. se convertía en propiedad de Darr House. Legalmente, comprendía ella, debió de entregar de inmediato todo el asunto a Francis. Pero éticamente la cosa resultaba distinta... Bueno, mirémoslo así. Si no hubiese dejado caer los líquenes en la leche no se hubieran producido descubrimientos. Si Francis no hubiese tropezado con el platillo, el efecto jamás se habría advertido. Si ella no hubiera reparado en aquella singularidad, él también la hubiera dejado pasar por alto. De ninguna manera había robado Diana el trabajo de Francis. Realmente, podría decirse, se vio impulsada por la curiosidad a investigar un fenómeno que encontró por sí misma. Había trabajado con ahínco y llegó a la meta bajo su propia presión. La sorprendía como algo muy serio él haber tenido que dejarlo todo como estaba... a menos que fuese realmente necesario. Así que contemporizaría y vería qué es lo que pretendía hacer Francis.

La espera le dio más tiempo para pensar; y al pensar dio más terreno a la intranquilidad. Se encontró a sí misma capaz de resistir un poco hasta que los árboles emergieron en el bosque y entonces apareció un bosque de aspecto siniestro. Implicaciones en las que jamás pensara antes empezaron a deslizarse en todas direcciones. Gradualmente percibió que Francis debió también haberlas captado y comenzó a comprender en parte las consideraciones que podían retenerle o contenerle antes de divulgar el secreto.

Y, poco a poco, mientras seguía esperando, la visión más amplia de toda la postura se construyó a sí misma como un rompecabezas en su mente hasta que la vista total la alarmó. Sólo entonces comenzó a apreciar que esto no era otro descubrimiento

interesante, sino cardinal: que retenía uno de los secretos más valiosos y explosivos del mundo. Y sólo después de que ella gradualmente se vio enfrentada a la realización, comprendió que Francis, Francis Saxover de entre todas las personas, no sabía qué hacer con el descubrimiento...

Años más tarde dijo ella:

—Ahora creo que cometí un error al cruzarme de brazos entonces... al limitarme a esperar. Una vez empecé a comprender un poco sobre las consecuencias, debía haber recurrido a él y contarle lo que había hecho. Por lo menos, eso le habría dado motivos para hablar sobre ello... y quizás le hubiera ayudado a decidir cómo solucionarlo. Pero él era un hombre famoso. Era mi jefe. Yo estaba nerviosa a causa de mi posición que resultaba... bueno, equívoca, para decirlo con suavidad. Y, peor aún, yo era lo bastante joven para verme profundamente impresionada.

Eso, quizás, fue la verdadera barrera. Incluso allá en sus días de colegio Diana aceptó como artículo de fe la proposición de que el conocimiento era tan don de Dios como la vida misma, de lo que seguía la supresión del conocimiento iba contra la luz, era un pecado. No hubiera usado tales términos para expresarse a si misma, pero su sentido formaba una fuerte barrera en su espíritu. La búsqueda del conocimiento no era la búsqueda de él mismo; Francis se encontraba con una autorización especial: entregar a todos los hombres lo que él por privilegio había aprendido.

El pensamiento de que uno de los jefes en su llamada pudiera aparecer que rompía aquella escala jerárquica, la abrumó; tenía que ser Francis Saxover, a quien consideraba como el epítome de la integridad profesional, quien le hiriese tan profundamente que ella estaba del todo azorada...

—Era demasiado joven para mi edad... y seguía siendo dura y perfeccionista. Francis había sido un ideal y no se conformaba con el tipo que yo me imaginé para él. Todo queda realmente muy autocentrado. No podía perdonarle que tuviera los pies de barro; parecía como si me hubiese decepcionado. Yo me encontraba en un caos aterrador y todo confluía en lucha con mis propias ideas rígidas. Era un infierno. Una de esas crecientes sorpresas, la peor que tuve jamás, cuando parece como si algo ha desaparecido y el mundo ya no podrá ser el mismo otra vez, y, claro, nunca lo es...

La consecuencia de la sorpresa era un endurecimiento de su resolución. Ella ni siquiera permitiría a Francis que supiese algo sobre su propio trabajo en los líquenes, ya que él podía cometer el crimen de retener el conocimiento y cargarlo sobre su conciencia, pero ella no sería cómplice. Esperaría un poco más, con la confianza de que él cambiase de idea, pero si aún no mostraba signos de publicar o aplicar el descubrimiento, ella se adelantaría por sí misma y procuraría que ese tesoro fuese entregado al mundo...

Así entonces Diana comenzó a considerar los efectos con más plenitud, lo que resultó significar, en gran manera, que estudiaba ya los obstáculos.

Cuando más estrecha atención daba al asunto, más desalentada se convertía por el número y variedad de intereses que no iban a acoger bien el derivado de los líquenes. Resultó quedar muy lejos de una norma de conducta recta el hablar o no hablar, más de lo que había parecido. Ella comenzó a tener una comprensión más clara del dilema que Francis alcanzó meses antes. Pero no permitiría que esta simpatía de comprensión se transformase en un freno, sino, al contrario, en un desafío: si él no pudiera resolverlo, lo haría ella...

Siguió ponderando el problema a través del invierno, pero al llegar la primavera, no se encontraba más cerca de la solución.

En su vigésimo quinto cumpleaños entró en posesión de la herencia de su abuelo y se quedó asombrada al encontrarse perfectamente acomodada. Lo celebró adquiriendo unos cuantos vestidos de famosas casas de modas a las que jamás había confiado en entrar y un coche pequeño. Para sorpresa de su madre, no decidió abandonar Darr enseguida.

—¿Y por qué tenía que hacerlo, mamá? ¿Qué haría yo sola? Me gusta la comarca de allí y el trabajo es interesante y útil —dijo.

—Pero ahora que tienes una posición independiente... —protestó su madre.

—Lo sé, querida. Una chica sensata saldría a tratar de comprarse un marido.

—Yo no lo diría de esa manera, hija. Pero, después de todo, toda mujer debe casarse; es más feliz de esa manera. Ya tienes veinticinco, fíjate. Si no piensas ahora seriamente formar una familia... bueno, el tiempo no se para. Cumplirás los treinta antes de que te des cuenta, luego los cuarenta. La vida no es muy larga.

Míralo con sencillez aun cuando desees considerarlo desde el otro extremo. El tiempo vuela.

—No estoy segura de que quiera formar una familia —contestó Diana—. Ya hay demasiadas familias en el mundo.

La señora Brackley pareció sorprendida.

—Pero en el fondo cada mujer desea una familia —dijo—. Es lo natural.

—Lo habitual —corrigió Diana—. Dios sabe lo que ocurriría en la civilización si hiciésemos cosas sólo porque son naturales.

La señora Brackley frunció el ceño.

—No te comprendo, Diana. ¿No quieres una casa propia y una familia?

—No furiosamente, mamá, o en ese caso habría hecho ya algo antes de todo esto. Quizás lo probaré, sin embargo, más tarde. Puede que me guste. Todavía tengo tiempo en abundancia.

—No tanto como te imaginas. Una mujer siempre lucha contra el tiempo y eso no debes olvidarlo.

—Estoy segura de que tienes razón, querida. Pero mostrarse demasiado consciente de eso puede producir resultados bastantes desagradables también, ¿no te das cuenta? Procura no preocuparte por mí, mamá. Sé lo que me hago.

Y así, durante algún tiempo, Diana permaneció en Darr.

Zephanie, al venir a casa para las vacaciones de Pascua, se quejó de que estaba preocupada.

—No tienes aspecto cansado como tenías cuando trabajabas mucho —admitió—, pero me parece que piensas demasiado.

—Bueno, he de pensar en mi trabajo. Principalmente eso es todo —repuso Diana.

—Pero no en cada instante.

—Quizás no sea propio de mí. Ahora, tú no piensas tanto como lo hacías antes de ir a ese colegio. Si sigues aceptando lo que te dicen sin meditarlo, te convertirás en carne de publicidad y terminarás siendo una ama de casa.

—Pero la mayor parte de las mujeres lo hacen... se convierten en amas de casa, quiero decir —dijo Zephanie.

—Lo sé... ama de casa, esposa, mujer del hogar, madre de familia, buena mujer. ¿Es eso lo que tú quieres? Resulta una palabra confusa, querida. Dile a una mujer: «El sitio de una mujer es el

hogar», o «métete en la cocina» y a ella no le gustará; pero llámalo «ser una buena ama de casa», que significa exactamente lo mismo y ella se mostrará satisfecha, henchida de orgullo.

»Mi tía abuela luchó y fue a la cárcel varias veces, en pro de los derechos de la mujer; ¿y qué consiguió? Un cambio de la técnica desde la coacción hasta el engaño, y una generación de nietas que ni siquiera saben que son engañadas... y que probablemente no se preocuparían si lo supieran. Nuestra susceptibilidad más mortífera está en la conformidad y nuestra virtud más mortal es apechugar las cosas tal y como son. Así que cuidado con los engaños, querida. Una nunca es demasiado cuidadosa de ellos en un mundo en que el símbolo de la alegría de vivir puede ser un plato de judías cocidas.

Zephanie recibió el consejo en silencio, pero no se mostró enteramente convencida.

Preguntó:

—No serás desgraciada, ¿verdad, Diana? Quiero decir, ¿no es esa la clase de pensamiento que albergas en tu cabeza, de verdad?

—Santo cielo, no, cariño. Son sólo problemas.

—¿Parecidos a los problemas de geometría?

—Bueno, sí, supongo que es una especie de geometría humana. Lamento que te preocupes. Trataré de olvidarlos durante una temporada. Cojamos el coche y vayamos a alguna parte, ¿quieres?

Pero los problemas continuaron siendo problemas.

La creciente convicción de Diana de que Francis había renunciado y decidido conservar todo el asunto en reserva, sólo la hizo más decidida a encontrar la solución.

Vino el verano.

En junio iba a pasarse unas vacaciones en Italia con una compañera de Cambridge. Su amiga resultó muy susceptible al encanto latino, incluso hasta el punto de dejarse prometer, aunque el noviazgo resultó temporal. Diana, también, se divirtió, pero regresó (sola) sin lamentarlo mucho y con la sensación de que tal clase de cosas podrían ser bastante aburridas.

Llevaba de vuelta en Darr quince días cuando el curso de Zephanie se interrumpió una vez más y vino a pasarse parte de las vacaciones de verano.

Una tarde pasearon por un enorme prado preparado ya para la segunda siembra y se sentaron cómodamente contra un pajar. Diana

preguntó a Zephanie qué tal le habían ido los estudios en aquel tiempo.

No muy mal, pensó Zephanie, modestamente, por lo menos no tan mal con el trabajo y con el tenis, pero no le gustaba mucho el cricket. Diana estuvo de acuerdo con eso.

—Muy aburrido —dijo—. Es un vestigio de la emancipación. La libertad para las chicas significa hacer lo que hacían los chicos, aunque sea aburrido.

Zephanie siguió explicando lo que había sido el curso, mezclándolo todo con opiniones sobre la vida escolar. Al final, Diana asintió.

—Bueno, por lo menos no parecen adiestrarte exclusivamente para ser una ama de casa —dijo, con tierna aprobación.

Zephanie consideró durante un momento las implicaciones de aquello.

—¿Es que no vas a casarte, Diana?

—Oh, me atrevo a decir que sí... algún día —admitió Diana.

—¿Pero si no lo haces, qué harás? ¿Te convertirás como tu tía abuela en una luchadora por los derechos de la mujer?

—Me parece que estás un poco confusa, cariño. Mi tía abuela, y las tías abuelas de otras personas, hace tiempo que obtuvieron todos los derechos que necesitaban las mujeres. Desde entonces todo lo que falta es el valor social para utilizarlos. Mi tía abuela y el resto pensaron que portando técnicamente los privilegios masculinos habían alcanzado una gran victoria. Lo que no comprendieron es que el mayor enemigo de las mujeres no son los hombres en absoluto, sino las propias mujeres: las mujeres tontas, perezosas y cómodas. Las peores son estas mujeres cómodas; su profesión es ser mujeres, y odian a cualquier otra de su sexo que consigue triunfar en cualquier otra profesión. Eso viene a producirlas una sensación de inferioridad.

Zephanie la miró pensativa.

—Me parece que no te gustan mucho las mujeres, Diana —decidió.

—Son muy lloronas, cariño. Lo que no me gusta de nosotras es nuestra facilidad para acomodarnos... el modo fácil en que podemos acceder a no ser nada mejor que esclavas o ciudadanas de segunda clase, y permitir que se nos enseñe a ir por la vida como

apéndices en lugar de personas en sus propios derechos.

Zephanie volvió a meditar.

Dijo:

—Le conté a nuestra profesora de historia, miss Roberts, lo que tú dices sobre el cambio de dejar de obligar a las mujeres a hacer cosas simplemente poniéndolas ante la tesitura de realizarlas.

—¿Lo hiciste? ¿Y qué te contestó?

—Estuvo de acuerdo, realmente. Pero dijo, bueno, que vivimos en esta clase de mundo. Hay muchísimo equivocado en él, pero la vida es tan breve que lo mejor que se puede hacer es llegar a un pacto y conseguir conservar el propio nivel de vida. Ella dijo que sería distinto si tuviésemos más tiempo por delante, pero no lo hay, carecemos de margen para hacer que la gente piense las cosas. Para cuando los hijos de una han crecido, ésta empieza a ser vieja, así que no vale la pena intentarlo mucho, esforzarse, porque dentro de veinticinco años será lo mismo para nuestros hijos y... oh, Diana, ¿qué diablos te ocurre...?

Pero Diana no respondió. Estaba sentada muy recta, mirando delante de sí, los ojos grises desorbitados, como petrificada.

—¿Diana... no te encuentras bien? —Zephanie la tiró de la manga.

Diana se volvió hacia ella despacio, sin verla en realidad.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Dios mío... eso es! Ahí estaba, mirándome a la cara todo el tiempo, y no lo vi...

Se puso la mano en la frente y se arrellanó contra la paja. Zephanie se inclinó hacia ella, ansiosa.

—Diana, ¿qué te ocurre? ¿Puedo hacer algo?

—No es nada malo, Zephanie querida. Nada en absoluto. Sólo que acabo de descubrir lo que debo hacer.

—¿Qué significa eso? —preguntó azorada Zephanie.

—Encontré mi carrera... —contestó Diana con una voz extraña. Luego empezó a carcajearse. Se reclinó del todo sobre la paja y siguió riendo y también medio llorando, de una manera tan extraña que Zephanie se alarmó.

Al día siguiente Diana solicitó una entrevista con Francis y explicó a su jefe que quería marcharse a finales de agosto.

Francis suspiró. Le miró la mano izquierda y entonces pareció asombrado.

—Oh —exclamó—, ¿no es el motivo de rutina?

Ella se había dado cuenta de su mirada.

—No —contestó.

—Debió haber pedido prestado un anillo —le dijo Francis—. Así estoy libre para discutir.

—No quiero discusiones —contestó Diana.

—Pues es preciso que las quiera. Yo suelo discutir con los miembros valiosos de mi personal incluso cuando Himeneo extiende sus alas. Cuando no es así, discuto aún mejor. Ahora, ¿qué pasa? ¿Qué hemos hecho... o qué no hemos hecho?

La entrevista, que Diana esperaba hubiera sido breve y formal, prosiguió adelante durante algún tiempo. Ella explicó que había heredado algún dinero y que deseaba hacer un viaje en torno al mundo. Él no lo desaprobó. De hecho, dijo:

—Buena idea, le dará a usted una oportunidad de ver por sí misma cómo funcionan nuestros productos tropicales en el terreno de su aplicación. No tenga prisa. Tómese un año. Considérela una especie de permiso.

—No —dijo Diana con firmeza—. Eso no es lo que quiero.

—¿Entonces no desea volver aquí? Creí que sí lo desearía. Sepa que la echaremos de menos. No me refiero sólo profesionalmente.

—Oh, es que no es eso todo —dijo ella incómoda—. Yo... yo... —alzó la vista y permaneció mirándole con fijeza.

—¿Si alguien le ofreció un empleo mejor...?

—Oh, no... no. Simplemente que me marchó.

—¿Quiere decir que abandona también la investigación?

Ella asintió.

—Pero eso es horrible, Diana. Con un talento como el suyo, oh...

—continuó algún rato y luego se interrumpió, mirándola a los ojos grises, dándose cuenta de pronto de que ella no había oído ninguna de sus palabras—. No es propio de usted en absoluto. Es necesario que haya un buen motivo —terminó.

Diana permaneció insegura, dudando como si se encontrase al borde de un abismo peligroso.

—Yo... —comenzó de nuevo, luego se detuvo como si se ahogase.

Siguió enfrentándose a él a través del escritorio. Francis vio que temblaba. Antes de que pudiera moverse para ayudarla, un

asombroso conflicto de emociones su expresión ordinariamente tranquila como si una lucha fiera e interna estuviera teniendo lugar.

Francis se levantó, rodeó el escritorio y la muchacha parecía recobrar el control parcial. Dijo, casi sin voz:

—¡No... no! ¡Tiene que dejarme ir, Francis! Es preciso que me deje...

Y salió huyendo de la habitación antes de que su jefe pudiera alcanzarla.

SEGUNDA PARTE

IV

—Me alegro de que ambos hayáis podido venir —dijo Francis a sus hijos.

—Yo no debiera estar aquí, pero tu llamada parecía tan urgente... —contestó Paul.

—Ciertamente es importante, pero parece aún haber dudas acerca de su urgencia. Yo esperaba saberlo ya, pero el cuarto miembro de nuestro cuarteto se ha retrasado. Dudo que la recordéis. Se fue de Darr hace ahora casi catorce años... Diana Brackley.

—Creo que la recuerdo —dijo Paul—. Alta, bastante distinguida, ¿verdad?

—Yo me acuerdo muy bien —intervino Zephanie—. Tenía mucho aprecio a Diana. Pensaba que era la más guapa y la persona más lista, excepto tú, papá, del mundo. Lloré bastante cuando se marchó.

—Hace mucho tiempo. No veo que ahora tenga algo realmente urgente que decirnos. ¿De qué se trata? —preguntó Paul.

—Eso necesita una pequeña explicación preliminar —repuso Francis—. De hecho, quizás es mejor que se haya retrasado. Eso me dará la oportunidad primero de aclarar un poco el campo.

Miró con aire crítico a su hijo y a su hija. Paul, ahora veintisiete años, ingeniero, aún parecía infantil a pesar de la barba con la que trataba de arrogarse mayor autoridad. Zephanie había crecido para ser mucho más linda de lo que él esperaba. Tenía el pelo dorado de su madre, su propia estructura de cara, la de él, pero con la blandura femenina, y unos ojos oscuros que no se parecían a ninguno de sus padres. Mientras estaba sentada ahora en el despacho, con un vestidito veraniego, su cabello no del todo domado después de venir en coche hasta Darr, parecía más como una niña a punto de dejar la universidad que un miembro

universitario, ya comprometido, en un curso de doctorado.

—Ciertamente pensaréis que esto es algo que debía habérselo dicho antes. Quizás sea verdad, pero me parecía tener muy buenas razones para no hacerlo. Espero que lo comprenderéis, cuando hayáis tenido tiempo para meditar.

—Oh, papá. Eso suena muy serio. ¿Estamos en la ruina o por el estilo? —preguntó Zephanie.

—No. Seguro que no. Pero es una historia bastante larga y es mejor empezar por el principio para aclararla, tratando de condensarla. Comenzó en el mes de julio en el año en que murió vuestra madre...

Les dio un informe sobre el hallazgo de la manchita de los líquenes en el platito de leche y prosiguió:

—Me llevé el tarro de los líquenes hasta el laboratorio para examinarlo más tarde. Poco después de que muriese vuestra madre empecé a ir encajando piezas, creo... ahora no lo veo muy claro, pero recuerdo haber despertado una mañana sabiendo de pronto que si no me ponía a trabajar y me ensimismaba en la tarea quedaría destruido por completo. Así que me fui al laboratorio y trabajé. Tenía allí media docena de cosas esperándome y empecé a laborar en ellas día y noche para mantener mi mente ocupada. Una de las cosas que miré eran los líquenes que Diana descubriera.

»Los líquenes son cosas raras. Ya sabéis que no son organismos sencillos. En realidad son dos formas de vida viviendo en simbiosis... hongos y algas, inter-independientes. Durante largo tiempo no parecieron ser de ninguna utilidad excepto para alimento de algunos animales y para fabricar tintes industriales. Luego, hace poco comparativamente, se descubrió que uno de ellos tenía propiedades antibióticas de las que el ácido úsnico es el agente más común; pero habla, y aún hay, mucho trabajo que hacer con ellos.

»Naturalmente, pensé, como cualquiera, que lo que yo buscaba era un antibiótico. Y hasta cierto punto esos líquenes parecían tener tal propiedad, pero... oh, bueno, ya entraremos en detalles en otra ocasión... la cosa es que al cabo de un tiempo reconocí que aquello no era ningún antibiótico y gradualmente me vi obligado a admitir que era algo del todo diferente. Algo que no tenía nombre. Así que inventé uno. Lo llamé *antigerone*.

—¿Qué significa, papá?

Paul le miró turbado. Zephanie dijo con vehemencia:

—*Anti...* contra; *Gerone...* edad, o, más literalmente, ancianidad. A nadie le importa mezclar el latín y griego en sus raíces hoy día, así que... *antigerone*. Otro nombre quizás hubiera sido más seguro, pero con ese bastaba.

»Al concentrado activo derivado de los líquenes le llamé simplemente «liquenina». Los actuales detalles físico-químicos de las acciones y efectos en los organismos vivos son extremadamente complejos y requieren mucho estudio, pero el efecto total es del todo claro en su resultado: simplemente retarda la marcha normal del metabolismo en su envejecimiento a través del organismo humano.

Sus hijos estaban silenciosos mientras la implicación calaba hondo.

La primera en hablar fue Zephanie.

—Papá... papá, ¿significa que has encontrado...? ¡Oh, no, no puede ser eso!

—Lo es, hija. Lo es —afirmó Francis.

Zephanie se sentó quieta mirándole, incapaz de expresar algo de lo que sentía.

—¡Tú, papá, tú...! —exclamó, aun apenas sin creerlo.

Francis sonrió.

—Incluso yo, querida... aunque no debes darme demasiado crédito por todo. Alguien tenía que hallarlo tarde o temprano. Sucedió que fui yo.

—¡Sucedió... Dios mío! —dijo Zephanie—. ¡Cómo sucedió lo de Fleming con la penicilina! ¡Cielos, papá! Me... me siento algo rara...

Se levantó y cruzó el suelo un poco insegura hasta la ventana. Allí se quedó plantada con la frente sobre el fresco cristal, mirando hacia el parque.

Paul dijo, azorado:

—Lo siento, papá, pero temo no comprenderlo del todo. Parece que ha impresionado a Zeph de pies a cabeza, así que debe ser algo importante, pero yo soy un simple ingeniero civil, recuérdalo.

—No es difícil de comprender... al principio el creerlo resulta lo más complicado —empezó Francis a explicar—. Ahora el proceso de la división celular y del crecimiento...

Zephanie, en la ventana, se puso rígida de repente. Bruscamente

giró para enfrentarse a la habitación. Sus ojos se clavaron en el perfil de su padre, estudiándole con atención, luego se trasladaron a una gran fotografía enmarcada suya en el que se le veía de pie junto a Caroline, tomada sólo pocos meses antes de la muerte de ella, luego volvió al rostro de Francis. Sus ojos se desorbitaron. Con un movimiento curioso, medio despierta, cruzó hasta un espejo de la pared y se quedó mirándose.

Francis interrumpió su disquisición a Paul en mitad de la frase, volvió su cabeza para mirar a la muchacha. Los dos se quedaron perfectamente inmóviles durante algunos segundos. Los ojos de Zephanie se cerraron un poco. Los enfocó de nuevo y habló por el espejo sin volver la cabeza.

—¿Cuánto tiempo? —dijo ella.

Francis no respondió. Quizás no la había oído. Dejó de mirarla y sus ojos viajaron por la pared hasta el retrato de su esposa.

Zephanie contuvo el aliento de pronto y se volvió en redondo, casi con fiereza. La tensión de su cuerpo entero endureció la voz.

—Te pregunté *cuánto tiempo* —dijo—. ¿Cuánto tiempo voy a vivir?

Francis la miró. Sus ojos se mantuvieron fijos durante un instante, luego los bajó. Se estudió las manos con atención durante unos pocos segundos, después volvió a alzar la vista. Con una especie de pedantería curiosa allanando cada emoción de su voz, replicó:

—Calculo lo que esperas de vida, querida, en aproximadamente doscientos veinte años.

* * *

En la pausa que siguió hubo un golpe a la puerta.

—Miss Brackley al teléfono desde Londres, señor. —Miss Birchett, secretaria de Francis, asomó la cabeza—. Dice que es importante.

Francis asintió y la siguió fuera de la habitación, dejando a sus hijos que le mirasen con fijeza.

—¿De veras dijo eso? —exclamó Paul.

—¡Oh, Paul! ¿Te imaginas a papá diciendo una cosa como esa si no estuviese seguro?

—No, supongo que no. ¿Yo, también? —añadió azorado.

—Claro. Sólo que será para ti un poco menos —le contestó Zephanie.

Se dirigió hacia uno de los sillones y se dejó caer en él.

—No entiendo cómo lo captaste tan de prisa —dijo Paul, con un poco de recelo.

—Ni yo tampoco. Fue como uno de esos jeroglíficos. Manejé las piezas de manera adecuada y todas encajaron de pronto.

—¿Qué es lo que encajó?

—Oh, cosas. Cantidades de cositas.

—Pero, no lo entiendo. Todo lo que dijo fue...

Se interrumpió al abrirse la puerta y regresar Francis.

—Diana no vendrá, después de todo —dijo Francis—. Afirma que ha pasado la emergencia.

—¿Qué emergencia? —preguntó Zephanie.

—Todavía no lo sé muy claro... excepto que ella pensó que podía haber publicidad y que debía avisarme. Eso me decidió a creer que había llegado el momento de decírselo.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué tiene que ver Diana con todo esto? ¿Actúa como tu agente, o algo por el estilo? —quiso saber Zephanie.

Francis sacudió la cabeza.

—No es mi agente. Hasta hace un par de días yo no tenía idea de que alguien excepto yo, supiese nada de ello. Sin embargo, ella dijo bien claro que lo conoce y que ya va algún tiempo sabiéndolo.

Paul frunció el ceño.

—Sigo sin entender... ¿Quieres decir que ha robado tu trabajo?

—No —contestó Francis—. No creo eso. Dice que lo descubrió por sí misma y puede mostrarme sus notas para probarlo. De buena gana lo creeré. Sin embargo, aun cuando sea su propio trabajo, sea adecuada su propiedad o no, la cosa no es distinta.

—¿Pero a qué viene esta emergencia? —preguntó Zephanie.

—Tal y como lo comprendo, ella ha estado utilizando los líquenes. Algo fue mal y ahora la demandan por daños y perjuicios. Tiene miedo de que a menos de impedir que se llegue a los tribunales, todo el asunto pueda mostrarse como evidencias en el caso.

—¿Y ella no quiere, o no puede pagar, y así desea que tú

impidas que se vaya a los tribunales? —sugirió Paul.

—Me gustaría que no te anticipases en las conclusiones, Paul. Tú no te acuerdas de Diana, yo sí. Debe de ser alguna empresa donde ella trabaja la que la demanda. Pueden pagar, de acuerdo, dice ella, pero se les ha pillado en un callejón sin salida. Los daños reclamados son tan altos que se pueden considerar como chantaje. Si pagan, animarán a otras personas a presentar denuncias por lo mismo; si no lo hacen, habrá publicidad. Es una situación muy terrible.

—No entiendo... —comenzó Zephanie. Entonces se detuvo. Sus ojos se le desorbitaron—. ¡Oh... quiere decir que ha estado dando este material...!

—La «liquenina», Zephanie.

—Liquenina. ¿Qué le da a las personas sin su consentimiento?

—Pues claro que debe haberlo hecho. ¿Tú crees que si ellos lo supieran, la noticia no habría dado la vuelta al mundo en menos de cinco minutos? ¿Por qué crees que yo tuve tanto cuidado de no haberlo dicho ni siquiera a vosotros dos hasta ahora...? Con el fin de utilizarlo con seguridad, tuve que recurrir a un subterfugio; así, evidentemente, ella debió hacer lo mismo.

—¡Nuestra inmunización! —exclamó Paul de pronto—. Eso es lo que era.

Recordó un día, poco después de su cumpleaños, cuando Francis le habló bastante largo acerca de la resistencia que cierta bacteria había desarrollado a los antibióticos ordinarios y le apremió a aprovecharse de un nuevo agente inmunizador que no sería asequible generalmente hasta dentro de un par de años. No había motivo para que Paul no accediera, así que fueron al laboratorio. Allí su padre le hizo una incisión en el brazo, le insertó un comprimido en forma de piedrecita pequeña y luego cerró la herida con un par de puntos, vendándosela.

—Te durará un año —le había dicho Francis y desde entonces se convirtió en un acontecimiento anual durante la misma fecha de su cumpleaños. Más tarde, cuando Zephanie cumplió los dieciséis, hizo lo mismo con ella.

—Exactamente. La inmunización —asintió Francis.

Ambos se sentaron mirándole varios segundos. Luego Zephanie frunció el ceño.

—Todo irá muy bien, papá. Somos nosotros y tú eres tú, así que no hay ninguna dificultad realmente. Pero la cosa será distinta con Diana. ¿Cómo diablos ha podido...?

Se interrumpió, azotada por un súbito recuerdo de Diana apoyada contra un pajar y riendo histéricamente. ¿Qué es lo que le había dicho?: «... He encontrado lo que voy hacer...».

—¿En qué firma trabaja Diana? —preguntó.

Francis pareció inseguro.

—En algo raro —dijo—. Un nombre egipcio... bastante ridículo... no es Cleopatra...

—¿No será... Nefertiti? —sugirió Zephanie.

—Sí, eso es. Nefertiti, Ltd.

—¡Santo cielo! Y Diana es... No me extraña que se riera —exclamó Zephanie.

—Una empresa llamada Nefertiti suena más rimbombante que graciosa —dijo su padre—. ¿Por qué?

—Oh, papá. ¡De veras! ¿Dónde vives? Resulta ser uno de los... bueno, salones de belleza de Londres. Muy caro y selecto.

La implicación no llegó a Francis de inmediato, pero sí se hundió en una serie de emociones que empezaba a manifestarse en su expresión. Miró a su hija, sin poder hablar. Luego sus ojos se desenfocaron. Se inclinó de pronto hacia adelante, se puso la cara en las manos y comenzó a reír con una especie de extraño sonido de sollozos.

Zephanie y Paul se miraron uno a otro durante un asombroso momento. Paul dudaba. Luego cruzó hasta Francis y le puso la mano en los hombros. Francis parecía no notarlo. Paul apretó con más fuerza y le sacudió.

—¡Padre! —dijo—. ¡Basta!

Zephanie cruzó hasta una alacena y puso algo de coñac en un vaso, con mano temblorosa. Lo llevó a su padre. Francis estaba ahora sentado, las lágrimas corrían por sus mejillas y en sus ojos había una expresión semi-distante. Tomó el vaso y bebió de un trago la mitad de su contenido. Gradualmente sus ojos adquirieron expresión.

—Lo siento —dijo—. Pero tiene gracia, ¿no? Todos estos años. Todos estos años un secreto. El mayor descubrimiento de los siglos. Un secreto demasiado grande. No hay que decir nada a nadie. Muy

peligroso. ¡No era esto! Un tratamiento de belleza... ¿tiene gracia, verdad? ¿No crees que tiene gracia? —comenzó a reír de nuevo.

Zephanie le rodeó con el brazo y lo apretó contra sí.

—¡Calla, papá! ¡Reclínate y trata de relajarte! Así, querido. Bebe otro sorbo. Te encontrarás mejor.

Francis se reclinó en el rincón del diván, mirándola a la cara. Vació de un golpe el vaso, lo dejó caer al suelo y le cogió la mano. La levantó y la miró durante un momento. La besó y luego alzó los ojos hasta el retrato de su esposa.

—¡Oh, Dios! —exclamó y se puso a llorar.

* * *

Después de hora y media y un buen almuerzo, Francis, recuperado del todo, volvió a llamarles a su despacho para reanudar su disquisición.

—Como os dije antes —recomenzó—, yo acepto el crédito de descubrir los líquenes... descubrimiento que empezó en un accidente, y Diana parece ser que se aprovechó del mismo accidente. La parte difícil empezó al comprender yo lo que había hallado.

»Hay una media docena de descubrimientos importantes sólo por debajo del horizonte en este momento: y nadie hace el menor intento de prepararse para ninguno de ellos. Un antigerone de cualquier especie, posiblemente de varias especies, virtualmente seguro ha de aparecer antes de mucho, pero jamás oí de nadie que hubiera pensando en serio en los problemas que se despertarían. No tenía la menor idea de como tratarlos yo mismo y cuanto más pensé en ello más me alarmé, porque comencé a comprender que esto está en el ángulo de los megatones. No es tan espectacular como los fuegos artificiales de los chicos del tomo, pero sí más importante... en cierto modo es más destructor, pero potencialmente muchísimo más benéfico...

»Pero imaginaos tan sólo el resultado de un anuncio público... simplemente los resultados superficiales de conocer los medios para prolongar el plazo de vida del hombre. La cosa se extendería como un fuego de la pradera. Pensad en los periódicos voceándolo. Uno de los mayores sueños de la humanidad se convierte en cosa real,

por fin. Pensad en los veinte millones de ejemplares del *Reader's compact* diciéndoselo a todo el mundo en media docena de idiomas: «¡Usted también puede ser Matusalem!». Los forcejeos, las intrigas, los sobornos... incluso quizás las luchas... que despertaría en la gente que trataría de ser la primera en conseguir ampliar su vida incluso unos cuantos años extra y el caos que seguiría en un mundo que ya está super-poblado, con una tarifa de nacimientos demasiado alta. En la perspectiva entera era... y es... del todo abrumador hace quizás tres o cuatro siglos podíamos haber absorbido el pacto y controlado, pero ahora, en el mundo moderno... Bueno, me produjo pesadillas... A veces, sigue causándomelas...

»Pero eso no era lo peor, ni mucho menos. Descubrirlo en un siglo equivocado ya es bastante malo, pero yo aún hice algo peor: Había descubierto la antigerona equívoca.

»Estoy convencido de que, puesto que hay una, tiene que haber otras. Quizás sean menos eficientes, o más, pero tienen que haber otras. La dificultad básica con los líquenes de que se derivan de una especie particular que se nos envió por un botánico errante llamado MacDonald y que existen colonias que, por lo que él sabe, quedan restringidas a unos cuantos kilómetros cuadrados de territorio. En otras palabras, hay poquísimos líquenes. Lo que existe debe ser conservado y no debe cosecharse en demasía hasta agotarlo. Según información existencias de líquenes hay las suficientes para mantener el tratamiento, digamos para tres o cuatro mil personas, pero no muchas más. Así que se puede ver lo que ocurriría... al menos es posible formarse una idea. Se anuncia el descubrimiento... y luego se le califica diciendo que sólo tres o cuatro mil personas pueden ser tratadas. Bueno, Dios mío, es cuestión de vida y muerte... ¿Quiénes serán los afortunados a los que se les permitirá vivir más tiempo? ¿Y por qué? Peor aún, el valor de los líquenes alcanzaría cifras astronómicas. La estampida para cogerlos sería peor que una estampida provocada por la fiebre del oro... sólo que más rápida. En una semana o dos, quizás en diez días, todo los líquenes habrían desaparecido, consumidos. Y ese sería el fin de los líquenes. ¡El final!

»Para conseguir algo así como las cantidades del derivado que se necesitarían, se tendrían que cultivar los líquenes en miles de kilómetros cuadrados y eso es imposible de hacer. Aparte de

adquirir una vasta extensión de tierra que fuese conveniente, no se podría cultivar porque sería imposible guardarlo de manera eficiente... el valor alcanzaría un perfil demasiado alto.

»Hace ahora casi quince años que vi sólo una salida y es la de encontrar un método de sintetizarlo... y en eso también he fracasado, porque no he logrado conseguirlo...

»La otra posibilidad era que si uno esperaba lo bastante tiempo era una certeza casi absoluta tropezarse con otra especie de antigerone, quizás derivada del agente primitivo. Pero eso fue, y sigue siendo, una de las cosas que pueden ocurrir mañana, o quizás dentro de muchísimo tiempo...

»Mientras, ¿qué iba a hacer? Necesitaba con urgencia a alguien en quien confiar. Necesitaba ayudantes que me ayudasen a trabajar en la síntesis. Pero la dificultad era, ¿quién? ¿Cómo seleccionar personas que estén a prueba de tentación... tentación que podía ascender a millones... por sólo unas cuantas frases clave? Aun cuando se pudiese, hay otro problema de filtración... simplemente una palabra o dos descuidadas, quizás un nuevo atisbo de que preparamos algo sería lo bastante para que las demás personas empezasen a especular y a investigar y, entonces, antes de mucho, lo conseguirían... como yo dije antes, zás... ¡No más líquenes...!

»Simplemente no podía pensar en nada ni en nadie en quien poderme fiar por entero. Probablemente en una situación así uno se pone como obseso. Pero, mirad, buscad el tipo de más confianza que conozcáis, luego en una ocasión deja caer una simple pista crítica y el daño está hecho... Venía al hecho de que había sólo una sola persona que yo pudiese controlar por completo y ése era yo mismo. Mientras yo me cuidaba podría meditar y me dije que nadie en absoluto podría irse de la lengua y producir una filtración... era la única manera de poder estar seguro de que el secreto seguiría siendo secreto...

»Pero, por otra parte, si nadie se va a beneficiar de un descubrimiento, es como si éste no se hubiera hecho. Yo me sentía del todo satisfecho con los resultados en los animales del laboratorio. La próxima etapa era probarlo en mí mismo. Lo hice y encontré los resultados igualmente satisfactorios. Luego vino el problema de vosotros dos.

»Si alguien tenía derecho a beneficiarse de un descubrimiento de

vuestro padre, seguramente que erais vosotros. Pero ahí, de nuevo, estaba el problema de la seguridad. Erais jóvenes. Mantener el secreto hubiese sido una carga demasiado pesada para vosotros. Y sin embargo había la posibilidad de una imprudencia... de un resbalón por cualquiera de vosotros, unido al nombre de Saxover, que sería del todo desastroso. La única cosa que parecía contenerme de alguna manera es la posibilidad de hacerlo sin que lo supierais.

»Ahora me doy cuenta de que estaba destinado a ser vencido al final. Tenía que llegar el momento en que lo admitiríamos nosotros mismos y en que otras personas se fijarían también y comenzarían a sumar dos y dos. Pero, por suerte, eso me proporcionaría todavía un número de años para trabajar. Lo hizo. Han pasado casi diez años desde que di a Paul su primera dosis. Por desgracia, todos los progresos que logré capaz de realizar han sido vanos; en vez de pasar diez años igualmente hubieran podido pasar diez meses...

»Así que, eso es. Hice cuanto pude y no ha sido bastante. En cuanto al asunto de Diana Brackley, o bien su emergencia particular ha pasado, o no; eso no importa en sobremanera. No podrá pasar mucho tiempo hasta que alguien diga: «es raro cómo esos tres Saxover parecen tan jóvenes para su edad», y que ese alguien se ponga a meditar. Un día todo empezará con sencillez... así que quizás ha llegado el momento en que lo sepáis. Al mismo tiempo, lo mejor para todos es que mantengamos silencio lo más posible... algo puede aparecer que haga la crisis menos peligrosa; así que necesitamos disponer de cuanto tiempo podamos.

Zephanie no habló durante un rato, luego dijo:

—Papá, ¿qué opinas en realidad de Diana y de todo esto?

—Es cosa muy compleja, querida.

—Pareces tomarte esa parte con mucha tranquilidad... Mejor dicho, lo parecías hasta que te hablé de Nefertiti.

—No creo que haya sido nunca muy bueno en dirigir un anticlimax. Lamento la exhibición. En cuanto al resto... Bueno, al principio me enfadé. Pero me he recuperado. Fue una ruptura de contrato, pero no fue robo... de eso estoy satisfecho. Casi he tenido quince años para decidir lo que hacer con ello... y he fracasado. Entonces creo que ha sido bastante el margen que me concedí. Ahora, no sé lo que está haciendo ni está diciendo Diana, pero ha tenido el sentido común de mantenerlo todo en silencio. Si no lo

hubiese hecho, la cosa habría sido trágica, pero ahora... bueno, como dije, ya no puede durar mucho. No, no estoy furioso... de varios modos es un alivio no ser ya el propietario único del secreto. Pero aún necesito tanto tiempo como podamos conseguir antes de que la cosa trascienda...

—Si lo que dice Diana es verdad... si ella ha superado limpiamente la emergencia... todas las cosas no son realmente muy distintas, ¿verdad?

Francis movió la cabeza.

—Hace tres días yo estaba solo. Ahora sé que Diana lo sabe y hemos doblado el número de personas que actualmente conocen el misterio.

—Pero somos sólo nosotros, papá. Paul y yo. A menos que Diana se lo haya dicho a alguien.

—Afirma que no.

—Entonces ya estamos. Precisamente es como antes.

Paul se inclinó hacia adelante en su silla.

—Todo eso va muy bien —afirmó—, las cosas deben ser las mismas para ti, pero no para mí. Estoy casado.

Su padre y su hermana le miraron con escasa expresión. El joven prosiguió:

—Mientras yo no sabía... no lo supe. Pero ahora que lo sé, bueno, me doy cuenta de que mi esposa tiene derecho a saberlo también.

Los otros dos no respondieron. Zephanie permaneció sentada quieta, su cabello reluciendo contra el cuero oscuro del respaldo del sillón. Parecía interesada en el dibujo de la alfombra. Francis no resistió tampoco la mirada de su hijo. El silencio se hizo penoso. Fue Zephanie quien lo rompió.

—No tienes que decírselo enseguida, Paul. Necesitamos tiempo para acostumbrarnos nosotros mismos a la idea... para verla en su adecuada perspectiva.

—Trata de ponerte a ti misma en lugar de mi esposa —sugirió Paul—. ¿Qué pensarías de un marido que te ocultase una cosa como esa?

—No hay cosas como esa —contestó Zephanie—. Es algo muy particular y peculiar. Yo no te digo que no se lo cuentes, sino que lo aplaces hasta que elaboremos alguna especie de plan.

Paul dijo obstinado:

—Ella tiene derecho a esperar que su marido juegue limpio en sus relaciones.

Zephanie se volvió a Francis.

—Dile que espere un poquito, papá... hasta que tengamos posibilidad de captar su verdadero significado.

Francis no respondió de inmediato. Pulió la cazoleta de la pipa en su mano, la miró pensativo durante algunos instantes y luego alzó los ojos para unir su mirada a la de su hijo.

—Esto es lo que ha estado pendiendo sobre mí durante catorce años —dijo—. No se lo conté a nadie porque no tenía confianza de una comprensión absoluta... no la tuve desde la muerte de vuestra madre.

»Una idea ha sido sembrada y nadie puede decir cuándo y dónde dejará de crecer. El único medio seguro de controlarla es no sembrarla, negarle posibilidad de germinar, pensé. Eso, parece, fue incluso lo más prudente que se me ocurrió —miró el reloj.

—Han pasado tres horas y media desde que dejé escapar esa idea... desde que os la confié. Ya ha germinado y lucha por crecer...

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Si yo pudiese suplicar simplemente a la fría razón no creo que nos encontrásemos en ninguna dificultad. Por desgracia, sin embargo, los maridos son raramente razonables acerca de las esposas, y las esposas aún menos razonables acerca de los maridos. No debes pensar que no veo tu problema.

»No obstante, te digo esto: si de buena gana quieres arrogarte la responsabilidad de precipitar al mundo en una escala que jamás has imaginado, sigue adelante y haz la cosa que te parezca más caballerosa; pero si eres prudente no se lo dirás a nadie, a nadie en absoluto.

—Pero sin embargo —contestó Paul—, acabas de implicar que si mamá viviera todavía te habrías confiado a ella.

Francis no respondió. Siguió mirando a su hijo tranquilo. La expresión de Paul mostró un poco de inquietud.

—Está bien. Comprendo. No necesito oír más —respondió con aspereza—. Estoy completamente seguro de que nunca os gustó Jane, a ninguno de los dos. Ahora me estáis diciendo que no podéis fiaros de ella. Eso es lo que importa, ¿verdad?

Zephanie hizo un ligero movimiento como si fuese a decir algo, pero cambió de idea. Francis, también, permaneció mudo.

Paul se levantó. Sin volverles a mirar, salió de la estancia, dando un portazo. Momentos más tarde oyeron como su coche pasaba por delante de la casa.

—No lo manejé bien —dijo Francis—. Supongo que se lo dirá.

—Eso me temo, papá. Y ha dado en el clavo, has de saberlo. Además, está muy asustado al pensar en el modo en que ella lo tomaría cuando descubriera que él lo sabía y no se había confiado a su mujer.

—¿Entonces, qué? —preguntó Francis.

—Me imagino que vendrá a ti, pidiendo que la trates con líquenes. No me imagino que lo olvide... todavía no.

El único comentario de Francis fue un ligero asentimiento de cabeza. Al cabo de un rato de silencio, Zephanie añadió:

—Papá. Antes de que me vaya, me gustaría saber un poco más acerca de ello y qué va a significar para mí, por favor...

V

Zephanie salió del ascensor mirando en su bolso buscando la llave de su apartamento. Una gran figura se levantó de una silla de severo aspecto, mejor diseñada para cubrir la desnudez del rellano que para servir de asiento. Él se enfrentó a la joven cuando ésta se acercaba a la puerta. La expresión de Zephanie cambió desde la abstracción, por entre medio del reconocimiento y el recuerdo, al desaliento, en un rápido movimiento.

—¡Oh, querido! —dijo ella de manera inadecuada.

—Oh, querido, vaya —dijo ceñudo el joven—. Prácticamente hace una hora que tenía que venir a recogerte. Y lo hice.

—Lo siento terriblemente, Richard. De veras que...

—Que te olvidaste de todo.

—Oh, no, ¡Richard...! por lo menos, me acordé esta mañana. Pero han pasado muchas cosas desde entonces. Se... bueno, se me pasó por alto.

—Vaya —repitió Richard Treverne. Se quedó plantado allí, un joven alto, corpulento, bastante rubio, mirándola con cuidado, mirándola a ella con atención, en parte ablandado por la sinceridad en la confusión de la muchacha—. ¿Qué cosas han pasado? —preguntó.

—Asuntos familiares —explicó Zephanie vagamente. Puso una mano en la espalda de él—. Por favor, no te enfades, Richard. No pude evitarlo. Tuve que ir a casa de pronto. Una de esas cosas imprevistas. Lo siento muchísimo... —volvió a rebuscar en el bolso y encontró la llave—. Entra y siéntate. Dame sólo diez minutos para lavarme y cambiarme y estaré preparada.

Él gruñó mientras la siguió dentro del apartamento.

—Diez minutos harán que hayan pasado cinco después de haber levantado el telón. Si son diez minutos...

Ella se detuvo, mirándole insegura.

—Oh, Richard. ¿Te sabría muy mal que no fuésemos? ¿No podríamos ir a cenar a algún lugar tranquilo simplemente? Ya sé que es una tontería por mi parte, pero esta noche no podría divertirme en el teatro... Quizás si les telefoneas puedan vender aún las localidades...

Él la miró un poco más atento.

—¿Peleas familiares? ¿Alguien que ha muerto? —preguntó.

Zephanie sacudió la cabeza.

—Sólo un poco de sorpresa. Pasará... si tú me ayudas, Richard.

—Está bien —asintió él—. Telefonaré, pues. No te preocupes... excepto por una cosa... que tengo hambre.

Ella le cogió de la manga y alzó su carita para que la besara.

—Querido Richard —dijo. Se dirigió hacia su dormitorio.

Después de este pobre comienzo, la velada no se desenvolvió bien. Zephanie probó una ayuda artificial para iluminar la noche. Se había tomado dos martinis antes de salir del apartamento y otros dos en el restaurante. Al encontrarlo inefectivo insistió en que no había nada como un vino espumoso para restaurar su buen humor... lo que, en cierto modo que turbó a Richard, pareció ser cierto durante algún tiempo. Al final de la comida sus demandas por un doble de coñac fueron tan insistentes que él acalló su conciencia y lo pidió. Con eso, el humor alcohólico se colapsó. Ella se sintió llorosa y olisqueó y pidió más brandy. Ante su negativa, se sintió triste y suplicó con lágrimas en los ojos al camarero, pidiéndole por compasión que la sirviese; sin embargo, el empleado, con tacto exquisito, facilitó la salida del local a la protestante cliente.

De regreso en el apartamento, Richard la ayudó a quitarse el abrigo y la sentó en el sofá de un rincón de la sala de estar donde ella se acurrucó, llorando gentilmente para sí. Él fue hasta la cocinita y puso una cafetera al fuego. Al poco regresó con una jarra de fuerte café negro.

—Vamos. Toda la taza —la ordenó al verla detenerse en mitad de un sorbo.

—No. No seas mandón, Richard.

—Sí —insistió él y permaneció junto a ella hasta que apuró el contenido de su recipiente.

Luego Zephanie se arrellanó de nuevo en un rincón del sofá. El

lloriqueo había terminado, dejando evidentes huellas en su rostro. Los ojos aún brillantes, los rabillos todavía colorados, pero el resto relativamente limpio, al igual que puede estarlo la cara de un niño. Y, de veras, pensó él, mirándola, eso era lo que parecía: un rostro infantil. Era difícil crear mientras ella estaba sentada retorciendo el pañuelo y evitando desconsoladamente sus ojos, que tuviera más de dieciséis años.

—Vamos —dijo con calor—. ¿De qué se trata? ¿Cuál es el problema?

Ella sacudió la cabeza, sin responder.

—No seas borriquita —le dijo con amabilidad—. La gente como tú no se lleva un disgusto deliberadamente sin motivo. Y las personas que hacen de ello un hábito necesitan mucho más de lo que tú tomaste.

—¿Richard? ¿Estás sugiriendo que soy una alcohólica? —preguntó ella con un atisbo de dignidad.

—Sí. No alcohólica, sino mareada hoy. Bebe otra taza de este café —le dijo.

—¡No!

—Sí —insistió él.

De mala gana se bebió media.

—Ahora, cuéntalo todo —dijo.

—No. Es un secreto —respondió Zephanie.

—Al diablo con eso. Sé guardar los secretos. ¿Cómo puedo ayudarte si no sé cuál es tu problema?

—No puedes ayudarme. Nadie puede ayudarme. Es un secreto —insistió ella.

—A menudo alivia hablar de las cosas —insinuó Richard.

Ella le miró, con una mirada larga y tranquila. Sus ojos relucían, enrojecidos y comenzaron de nuevo a llorar.

—¡Oh, Dios! —exclamó Richard, de pronto dudó, luego cruzó la estancia y se sentó junto a ella en el sofá. Le tomó la mano.

—Mira, Zeph, cariño —le dijo—, las cosas a menudo parecen malas cuando uno se enfrenta a ellas solo. Cuéntamelo, lo que sea, y veremos lo que se puede hacer. Esta manera de comportarte tuya no es propia de ti, Zeph.

Ella se colgó de su mano y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Tengo... miedo, Richard. No quiero tenerlo. No lo quiero.

—¿El qué no quieres? —preguntó inexpressivo, mirándola con aire desvalido.

Ella sacudió la cabeza.

De pronto, toda la actitud de él se endureció. La miró con tristeza durante algunos momentos y luego:

—¡Oh! —exclamó con llaneza. Al cabo de una pausa añadió—: ¿Y sólo lo supiste hoy?

—Esta mañana —contestó ella—. Pero realmente no... bueno, quiero decir, al principio pareció muy emocionante.

—¡Oh! —volvió a exclamar Richard.

Hubo un silencio que se extendió durante casi todo un minuto. Luego él se volvió de pronto y la cogió por los hombros.

—¡Oh, Dios, Zephie...! ¡Oh, Zeph, cariño...!, ¿por qué no pudiste esperarme?

Zephanie le miró, azorada y aún triste.

—Richard, cariño —dijo, con tono de lamento.

—¿Qué fue? —preguntó él con fiereza—. Dime lo que fue y yo... ¿Quién lo hizo?

—Oh, papá, claro —contestó Zephanie—. Lo hizo para bien —añadió, lealmente.

Richard se quedó boquiabierto. Sus brazos se le cayeron. Durante un instante o dos la miró como si le hubiesen golpeado en la cabeza con una maza. Necesitó bastante tiempo para recobrarle. Por último dijo:

—Me parece que no pensamos los dos en lo mismo —observó con áspera contención—. Que quede claro. ¿Qué es eso que tan apasionadamente no quieres?

—Oh, Richard, no seas grosero —dijo ella con tristeza.

—Maldición, no soy grosero. También recibí una sorpresa. Ahora quiero saber de qué diablos estamos hablando, eso es todo.

Ella le miró, sin enfocarle con los ojos del todo.

—Oh, de mí, claro. De mí y de seguir y seguir y seguir. Piénsalo, Richard. Todo el mundo envejeciendo y cansándose y muriendo y sólo yo siguiendo y siguiendo, a solas, siguiendo y siguiendo. Ahora no parece emocionante, Richard, me asusta. Me gustaría morir como las demás personas. No quiero seguir y seguir... sólo amar y vivir y hacerme vieja y morir. Eso es todo lo que quiero —terminó

ella, con las lágrimas manando ahora más de prisa.

Richard la miró con más atención.

—Ahora has llegado al punto culminante —dijo él—. Al punto mórbido.

—Es que es mórbido... simplemente seguir y seguir. Muy mórbido —afirmó ella.

Él la habló con firmeza:

—Basta de estas tonterías de seguir y seguir y seguir, Zeph. Ha llegado el momento de que te acuestes. Trata de consolarte pensando en el lado más triste... «Por la mañana se es verde y se crece: Pero por la tarde todo se agosta, se seca y muere». Por mi parte prefiero un poco de seguir y seguir, y dejar que las cosas se agosten y mueran lo más tarde posible.

—Pero doscientos años es demasiado seguir y seguir, creo. Un camino tan largo, tan larguísimo para ir sola, completamente sola. Doscientos años es... —ella se detuvo bruscamente, mirándole con ojos desorbitados—. ¡Oh, querido! No debí haberlo dicho. Debes olvidarlo, Richard. Es un secreto. El secreto más importante, Richard.

—Está bien, Zephie, querida. Conmigo está seguro. Ahora vete a la cama.

—No puedo. Tienes que ayudarme, Richard.

Él la cogió en brazos, la llevó hasta el dormitorio y la puso en la cama. Los brazos de ella se cerraron firmemente en torno a su cuello.

—Quédate —dijo ella—. Quédate conmigo. Por favor, Richard.

Él forcejeó por libertarse.

—Estás cansada, cariño. Relájate simplemente y duérmete. Por la mañana te encontrarás perfectamente.

Volviéron las lágrimas.

—Pero estoy tan solitaria, Richard. Estoy asustada. Sola. Tú morirás, todo el mundo morirá... excepto yo, siguiendo y siguiendo.

Richard logró librarse del abrazo. Le bajó los brazos con firmeza. Ella volvió la cara y sollozó sobre la almohada. Él se quedó plantado un momento junto al lecho, luego se inclinó y la besó suavemente por debajo de la oreja.

Dejando la puerta de su cuarto algo entreabierta, volvió a la sala de estar y encendió un cigarrillo. Incluso antes de haberlo

terminado, el sonido de los sollozos había disminuido para cesar luego. Le concedió unos minutos más antes de regresar al cuarto. El sonido de su respiración seguía uniforme mientras apagaba la luz.

Cerró la puerta suavemente, recogió su sombrero y su abrigo y salió del apartamento.

* * *

Decírselo a Jane resultó menos fácil de lo que Paul había creído. Para empezar, se había olvidado de que aquella noche estaban invitados a un cóctel para cuya asistencia ella tenía mucho interés. Su retraso en llegar a casa se enfrentó a un gélido reprocho; su sugerencia de que debieran pasar por alto la fiesta fue secamente rechazada. Luego la propia reunión en sí, con el poco satisfactorio apoyo de alguien llamado una eminencia, duró toda la velada. Unos bocadillos finalmente en casa con lo que suplementaron las deficiencias de la cena no ofrecían la ocasión ideal para un anuncio de tantísima importancia. Así que decidió esperar a que estuviera en la cama. Pero Jane se acurrucó con el aire de la persona decidida a dormir. Paul apagó la luz. Juró durante un instante con la idea de efectuar su anuncio en la oscuridad, pero luego, fruto de la experiencia, lo consideró mejor. Mientras todavía no estaba del todo decidido, la respiración de ella se hizo regular y esto dejó zanjado el asunto. La revelación debería postponerse hasta el día siguiente.

El carácter de Jane había sido elaborado por fuerzas y circunstancias que apenas rozaron a los Saxover y la más importante de éstas era la tensión financiera, porque, mientras en la familia Saxover el dinero era un subproducto que parecía incrementarse casi por sí mismo, el interés de la familia de ella por cuanto se pedía cobrar había sido ver la facilidad con que disminuía su renta.

El padre de ella, coronel Parton, del ejército regular, poseía una pequeña hacienda en Cumberland; la clase de hacienda que había tenido que ser vendida pieza a pieza hasta que quedaba tan poco que no duraría en poder de la familia la siguiente generación; el único hijo del coronel, Henry, por un antiguo matrimonio, era un hombre presentable y además popular y joven. Habían habido

esperanzas de que se casase bien, pero las echó por tierra esposándose con la hija del rector, disponiendo así de la última posibilidad de rehacer la hacienda de la familia y arrancar del cadáver de su padre a los buitres fiscales.

De mala gana enfrentándose a este hecho, el coronel transfirió sus últimas esperanzas a su hija, porque, incluso ahora, no es imposible que una hija juiciosa, capazmente instruida en los duros hechos de la vida, se coloque bien. Y si ella muestra aptitud, vale la pena invertir en la hija algún capital... de todas maneras, no quedaba más remedio que correr el riesgo: era inútil tratar de ahorrar, con el Canciller del Exchequer, esperando al fin de la línea como la figura de la muerte. Así que el capital fue invertido en un colegio caro, un término de estudios en París, una temporada en Londres que culminó, después de otras varias encantadoras frustraciones, en el matrimonio con Paul.

Aunque Jane no era exactamente lo que Francis hubiera deseado para su hijo, y apenas podía dejar de ocurrírsele que las perspectivas de los Saxover habían tomado parte en la decisión de ella, recordó las primeras posibilidades que menos le habían complacido y puso buena cara. Al mismo tiempo que aspecto Jane tenía seguridad. Sus modales y apariencias eran precisamente los que se podrían esperar de una joven de su clase. Sus instintos sociales estaban bien desarrollados, su sentido de lo tabú era de confianza, tenía un adecuado respeto para todas las conveniencias que normalmente agobian la existencia. Podía haber escasas dudas de su capacidad para ser una esposa muy presentable y una administradora capaz. También sabía lo que se hacía y dónde quería llegar... y eso, con ciertas reservas, era lo bueno, advirtió Francis. Ciertamente una ambiciosa no hubiera sido conveniente para Paul.

No obstante, Paul tuvo razón cuando dijo que ni su padre ni su hermana tenían simpatía por Jane. Ambos lo habían intentado. Pero Francis estaba preparado para seguir probando, aunque Zephanie había renunciado.

—Lo siento, papá —reconoció ella a Francis—. Hice lo que pude, pero Jane y yo no parecemos vivir en el mismo mundo y ver las cosas de idéntica manera. Ella no piensa en nada... es una especie de robot programado, como un cerebro electrónico. Tiene un

sistema de respuestas condicionado. Oye y luego acepta o rechaza y reacciona a golpes y la respuesta sale algo codificada, precisamente adecuada para las personas que utilizan el mismo código.

—¿No es eso un poco intolerante? —había sugerido Francis—. Después de todo, ¿no son todos muy parecidos si nos consideramos también nosotros mismos con sinceridad?

—Hasta cierto punto —admitió Zephanie—. Sólo algunas personas parecen ligadas siempre a pagar las consecuencias... como las máquinas.

Francis posó la mirada especulativa en su hija.

—Creo que será mejor que abandones esa analogía —dijo—. Pero confío en que hagamos lo mejor para preservar en la familia una relación civilizada.

—Claro —asintió Zephanie, luego añadió como si acabara de pensarlo—: Eso es precisamente lo que es... «civilizada» es una de esas palabras que ella descifra del todo de manera distinta que tú y yo.

Después, Zephanie siguió un curso de medido despegue, despegue de la sociedad de su cuñada, que satisfizo a ambas partes.

Y eso, pensó Paul, mientras consideraba su manera de abordarlo, no iba a hacer que Jane recibiese las noticias con mayor amabilidad.

Se dio cuenta de que la mañana no era el momento ideal para abordar el sujeto. Por otra parte, iban a salir de nuevo aquella noche, así que al día siguiente se encontraría en la misma postura y se daba cuenta de que cuanto más lo retrasase, más fuerte sería la posición de Jane. Al fin, se decidió por un movimiento directo: después de su segunda taza de café fue al grano.

No hay ninguna respuesta convencional preparada para una joven mujer cuyo marido dice durante el desayuno y de una manera bastante explosiva que espera vivir doscientos años.

Lo que hizo Jane Saxover fue, primero, quedársele mirando con inexpresividad absoluta; luego, recuperar su facultades para examinar más cuidadosamente su porte. Parte del rostro estaba oculto por la barba, pero principalmente los ojos son los que importan en muchísimas ocasiones. Ella buscó en aquellos ojos una mirada burlona, unos blancos descoloridos, un crispase de los músculos orbitales y no encontró nada de estas cosas. Sin embargo,

la evidencia negativa no bastaba; una esposa naturalmente se siente más tranquila cuando una aberración puede adscribirse a la causa tradicional que por muy confusa que sea la causa, mejor. Incluso el hecho de que no había notado nada la noche anterior era considerado desesperanzador. Fingió no haber oído bien, dándole la oportunidad de considerar su anuncio, sin perder nada en su dignidad.

—Bueno —dijo con consideración—, el promedio de vida ha aumentado muchísimo en los últimos cincuenta años. Quizás vivir un siglo no sea nada notable dentro de una generación.

Es descorazonador ver cómo el gesto dramático de uno queda sofocado de la manera más imprevista. Paul respondió irritablemente.

—Yo no dije cien años —contestó—. Dije doscientos años. Ella volvió a inspeccionarle.

—Paul, ¿te encuentras bien? Ya te avisé que no tomases combinados anoche. No te sientan bien...

La consideración ordinaria de Paul se desvaneció.

—¡Oh, Dios, la banalidad de las mujeres! —exclamó—. Te llevé a casa en el coche, ¿no? ¿Es que acaso no tienes una pizca de imaginación?

Jane comenzó a levantarse de la mesa.

—Si vas a insultarme...

—¡Siéntate! —la ordenó—. Y deja de darme reacciones normales y frases vulgares. Siéntate y escucha. Lo que tengo que decirte te afecta.

Jane se dio cuenta de que por el manual escrito de estrategia y táctica éste era el momento en que la retirada dejaría a las fuerzas oponentes en un estado de confusión y de moral deteriorada. Por otra parte, Paul parecía genuinamente ansioso por algo y eso resultaba desusado en él, así que dudó.

Cuando le gritó «siéntate» otra vez, obedeció, más por sorpresa que por otra cosa.

—Ahora —dijo Paul—, si quieres escuchar y suspender la serie de reflejos discontinuos durante un rato, te enterarás que lo que tengo que decirte es de considerable importancia.

Jane escuchó. Al final dijo:

—Pero, Paul, realmente no podrás esperar que me lo crea. Es

fantástico. Tu padre debió tomarte el pelo.

Los dedos de Paul se crisparon. La miró fulminante de manera alarmada, luego se relajó.

—Evidentemente tenían razón —dijo cansino—. Hubiera hecho mejor no diciéndotelo.

—¿Quiénes tenían razón?

—Oh, papá y Zephanie, claro.

—¿Quieres decir que ellos te pidieron que no me lo contaras?

—Sí. ¿Pero qué importa? Es todo una broma. Tú lo dijiste.

—¿Quieres decir que no es una broma?

—¡Oh, por Dios! A... seguramente conoces a mi padre lo bastante para darte cuenta de que no es de la clase bromista, y B... una broma tiene que ser graciosa. Y si puedes encontrar algo gracioso en esto, me gustaría que me lo explicaras.

—¿Pero por qué no querían que yo me enterase?

—No fue exactamente eso. Querían que aplazase el decírtelo hasta que se hubiese preparado un curso de acción.

—¿Aunque yo soy tu esposa y miembro de la familia?

—Bueno, maldita, sea, el viejo nunca nos lo dijo a Zephanie y a mí hasta ayer.

—Pero seguramente tú debiste haberlo sospechado. ¿Cuánto tiempo hace que sucede?

—Desde que yo tenía diecisiete y con Zeph desde que ella cumplió los dieciséis.

—¿Y quieres que crea que en diez años ni siquiera te lo imaginaste?

—Bueno, no lo creíste cuando te lo dije lisa y llanamente, ¿verdad? Piensa, uno puede imaginar unas cuantas cosas que parecen ser posibilidades, ¿pero de qué diablos serviría imaginar y deducir acerca de todas las imposibilidades? Todo lo que sucedió fue esto...

Explicó la historia de la nueva inmunización creada por su padre, terminando:

—Cicatrizó rápidamente, dejando simplemente una pequeña hinchazón bajo la piel y eso fue todo. Desde entonces lo repetimos cada año. ¿Cómo iba a pensar que no era lo que mi padre decía?

Jane le miró dudosa.

—Pero han debido haber algunos efectos. ¿No notaste nada?

—Sí —respondió Paul—. Me di cuenta de que no me resfriaba con facilidad. He tenido la gripe sólo dos veces, y muy suave, en estos últimos diez años. Y también mis cortes y arañazos cicatrizan con facilidad y raras veces se infectan. Me di cuenta de eso porque estaba atento a estos acontecimientos. ¿Por qué iba a estarlo para otras cosas?

Jane meditó durante un momento.

—¿Por qué doscientos años? ¿Por qué algo tan definido? —preguntó.

—Porque de ese modo funciona. Todavía no sé los detalles y probablemente tampoco los comprendería, de todas las maneras, pero, por lo que nos dijo, a grandes rasgos, sé que disminuye la velocidad de división celular y todo el metabolismo a un tercio de lo normal... lo que significa que desde que empezó yo sólo he envejecido un año cada tres años pasados.

Los ojos de Jane se posaron en él pensativos.

—Comprendo. Así que tu edad actual ahora es veintisiete, tu edad física es un poco más de veinte. ¿Quiere decir eso?

Paul asintió.

—Así es como lo tengo entendido.

—¿Pero jamás te fijaste en una cosita así?

—Pues claro que me di cuenta de que parecía joven para mi edad... por eso me dejé crecer la barba. Pero también hay muchas personas que parecen jóvenes para la edad que tienen.

Jane le miró escéptica.

—¿Qué te propones? —preguntó él—. ¿Tratas de convencerte a ti misma de que estaba reteniendo la noticia? Ahora que sabemos, naturalmente que podemos dar las pruebas. ¿Por qué, maldición, no te has fijado en las escasas veces que necesito cortarme el pelo y por qué diablos le cuesta tanto tiempo a mi barba crecer, y las raras veces que he de cortarme las uñas? ¿Por qué no lo dedujiste tú de eso?

—Bueno —repuso pensativa Jane—, aunque tú no lo imaginaras, Zephania debió habérselo imaginado.

—No veo por qué debió imaginárselo mejor que yo. De hecho, menos; ella no tiene que afeitarse —respondió Paul.

—Cariño —le dijo Jane, utilizando la palabra en su tono más cortante—, no has de pretender ser tonto conmigo.

—No lo pretendo... oh, comprendo lo que quieres decir —exclamó Paul—. Es igual, no creo que ella se lo imaginara. No hay ni rastro. Aunque ella fuese un poco más rápida en comprender que yo.

—Ella debió habérselo imaginado —repitió Jane—. Va mucho por Darr. Y si no se lo imaginó debió oír algo de alguien que naturalmente creería que lo sabía.

—Pero ya te he dicho que nadie más lo sabía —repitió Paul pacientemente—, por lo menos, creyó mi padre que no lo sabía nadie hasta que apareció todo esto.

Jane pensó durante un ratito. Finalmente sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo? Paul, no te creo aun cuando empiece a considerar lo que eso implica. Vale millones... millones de millones. Hay cientos de hombres y mujeres que voluntariamente pagarían millares al año por ver sus vidas extendidas tanto. Es una cosa que toda la riqueza de los hombres más opulentos de la historia no había podido comprar antes. Ahora, ¿lealmente esperas de mí que crea que tu padre no ha hecho simplemente *nada* con el descubrimiento durante catorce años... excepto trataros a vosotros dos? ¡Por todos los cielos, demuestra un poco de sentido común, Paul!

—Pero no lo entiendes. Esa no es la cuestión. Oh, yo no digo que no haya fama y probablemente mucho dinero para él eventualmente. Pero eso no es lo que le interesa de momento... ¿Por qué tiene que interesarle? Parte del asunto es que le da muchísimo tiempo para trabajar. El...

Jane se interrumpió de pronto.

—¿Quiere decir que se ha tratado a sí mismo?

—Naturalmente. ¿Acaso crees que lo probaría en nosotros sin hacer el ensayo consigo mismo primero?

—Pero... —la mano de Jane sobre la mesa estaba crispada de modo que los nudillos aparecían blancos—, ¿... quieres decir que va a vivir también doscientos años? —preguntó tensa.

—Bueno, no tanto como eso, claro. Empezó bastante maduro.

—¿Pero podrá seguir viviendo más de un siglo?

—Oh, fácilmente diría que sí.

Jane miró a su marido. Abrió la boca para seguir su línea de pensamientos, pero dudó y opinó en contra, de momento.

Paul continuó:

—El asunto en el presente es que no veo cómo resolverlo... cómo puede ser introducido sin la menor dislocación posible.

Jane dijo:

—Bueno, yo no veo que haya mucho jaleo. Señálame qué hombre rico no daría una fortuna por el tratamiento... y ese individuo lo mantendría en secreto en bien de sus propios intereses. Lo que es más, apuesto a que es lo que varios de ellos están haciendo.

—¿Implica eso que mi padre se comporta como una especie de especulador?

—¡Oh, cáscaras! Es un agudo comerciante en sus contratos... siempre lo dijiste así. Por tanto, le pregunto, ¿qué hombre de negocios dejaría pasar una oportunidad como ésta durante catorce años? No tiene sentido común.

—¿Y así porque esto no es algo que se pueda poner en el mercado como un detergente... tú deduces que papá debe estar acaparándolo y teniéndolo escondido?

—¿Y para qué sirve si no se puede poner en el mercado de un modo u otro? Tarde o temprano es preciso que se haga. Evidentemente la única cosa que se ganará no divulgándolo es el alza de inmediato de su valor si se puede obtener en las ventas cuidadosas y restringidas. ¡Un valor altísimo! Da a cualquiera una prueba convincente y te rogará que aceptes la mitad de su capital como inversión —hizo una pausa y prosiguió—: ¿Y dónde intervienes tú? El sigue adelante con todo este tiempo y tú no te enteras de nada hasta que hay una filtración en alguna parte y él calcula que lo mejor es decírtelo y tú, que por otra parte lo hubieses averiguado de todas maneras, aceptas lo que él te dice.

»Debe haber estado ganando millones con el producto... y si se los ha guardado para sí... Y ahora se permite una nueva perspectiva en la vida. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que heredemos el dinero... un siglo poco más o menos?

Paul miró a su esposa intranquilo. Le había llegado el turno de dudar y de cambiar de idea. Reprimiendo su expresión, ella dijo:

—No hay nada equívoco con enfrentarse a los hechos. Es natural que los viejos se mueran y que los jóvenes hereden.

Paul no aceptó aquello. Repuso:

—Pero te has equivocado de medio a medio —repitió—. Si él quisiera ser fabulosamente rico, no sería lo que es... Darr no sería dirigido como él lo dirige, de hecho no hubiera existido nunca. Su principal interés está en su trabajo, como siempre lo estuvo. Son las consecuencias las que le preocupan. En cuanto a sugerir que él lo retenga y lo vaya dosificando como cualquier abortista de mala muerte... es una maldita tontería. Deberías conocerlo mejor.

—Cada hombre tiene su precio... —empezó Jane.

—Es verdad, pero ese precio no es siempre dinero.

—Si no lo es, es poder —contestó Jane—. Dinero es poder. Suficiente dinero es poder infinito, así que se llega a la misma cosa.

—Es que papá no es tampoco un megalomaniaco. Es sólo un hombre muy preocupado, terriblemente preocupado por los efectos de esta cosa. Si tú hubieras hablado...

—¡«Sí yo...»! —repitió ella—. Mi querido Paul, tengo el propósito de hablar con él. He de decirle muchísimas cosas... empezando con una pregunta de por qué hemos sido excluidos del plan hasta que este mostró señales de desmoronarse. Y no sólo eso. Tú no pareces darte cuenta de lo que me ha estado haciendo... a tu esposa, a su propia nuera. Si todo lo que dices es cierto, entonces deliberadamente me ha dejado envejecer dos años cuando necesariamente pudieron haber sido sólo ocho meses. Me ha engañado a sangre fría, me ha robado dieciséis meses de vida que yo podría tener. ¿Qué tienes que decir a eso...?

VI

—Me gustaría poder meterme. Hay algo allí que vale la pena de examinar. Seguro —dijo Gerald Marlin.

—Es un asunto muy delicado el de Nefertiti. Hay que estar convencidísimo del terreno que se pisa —respondió el editor del *Sunday Prole*.

—Naturalmente. Pero precisamente la clase de asunto que nuestros lectores gustarían de ver investigado. Un escándalo de la alta y lujosa clase.

—Humm —dijo el editor dudoso.

—Mira, Bill —insistió Gerald—. Esa tal Wilberry les ha sacado cinco mil. Cinco mil... y habría tenido suerte de conseguir quinientas si hubiese recurrido a los tribunales. La atajaron de inmediato, claro. Su primera demanda fue de diez mil. No se puede decir que eso no huele mal.

—Los lugares selectos como ese pagarán grandes cantidades por mantenerse alejados de los tribunales. Es una clase de publicidad que les perjudica.

—¡Pero cinco mil!

—Sólo una partida en los gastos generales, a descontar de los impuestos al Tesoro —hizo una pausa—. Francamente, Gerald, dudo de que haya nada interesante. Esa tal Wilberry sucede que tiene alergia. Le podría ocurrir a cualquiera. Con frecuencia ocurre. Dar una sacudida a la gente de las peluquerías de señoras resultaría popular antaño. Dios sabe qué es lo que ponen en todas las cremas, lociones, tintes y demás infiernos que utilizan en sus casas. Cualquier cosa podía suceder. Supongamos que tú fueses alérgico a las ballenas.

—Si yo fuese alérgico a las ballenas, o al aceite de ballena, no iría a un carísimo salón de belleza para averiguarlo.

—Lo que quiero decir es que si alguien viene y te dice: «¡He aquí

el último homenaje de la ciencia a la belleza! ¡Y la Droga Imperial... el más raro de los dones de la naturaleza... se encuentra durante junio en el ventrículo izquierdo de una abeja cazadora cuando se extrae gota a gota por un experto científico dedicado a proporcionarle a usted una nueva belleza!». Bueno, ¿Cómo vas a saber si eres alérgico a este potingue particular o no hasta que lo has probado? La mayor parte de las personas saldrán con bien, de todas maneras, pero de vez en cuando surge la una entre cien millares que experimenta fenómenos secundarios al contacto con el producto. Si demasiadas vienen quejándose se tendrá que pensar en una nueva clase de untura, pero unas pocas aquí y allá son gajes comerciales... y la tal Wilberry ocurre que es uno de ellos. Es un riesgo calculado, como la depreciación, etc., pero naturalmente no quieren publicidad, si pueden evitarlo.

—Sí, pero...

—No creo que te des cuenta de que las ganancias están en los riesgos estratosféricos como ese, muchacho... con todos los etc. Me sorprendería si la media por cliente no superase en mucho a las trescientas libras por año.

—Evidentemente nos equivocamos, Bill. Pero al mismo tiempo hay algo oscuro en alguna parte. Esa Wilberry alegremente hubiera zanjado el asunto por tres o incluso dos mil, pero sus abogados se mantuvieron hasta cobrar cinco y lo lograron. Ha de haber un motivo... y no es falso... Por lo menos, Scotland Yard no encontró evidencia ni de falsedades ni de drogas; ya sabes que inspeccionan cuidadosamente esos lugares.

—Bueno, si ellos están satisfechos...

—Si no es droga, es otra cosa.

—Incluso así, todos esos lugares tienen lo que ellos llaman con cariño secretos comerciales valiosos... Aunque Dios sabe por qué todas las mujeres no son bellezas cegadoras si hubiese algo de verdad en lo que pregonan.

—Está bien, pues, supongamos que se trata de un secreto comercial... que ha dado lugar al infierno de negocios triunfantes en la alta sociedad. ¿Así que por qué no tratamos de descubrirlo y entregárselo a nuestros lectores?

El editor meditó.

—Quizás has dado en el clavo —reconoció.

—Seguro que sí. Hay *algo*. Sea un negocio gracioso o una receta de belleza de primera clase, eso no importa... las dos cosas nos servirían.

Contemplaron la perspectiva durante unos momentos.

—Además —dijo Gerald—, hay algo en esa mujer Brackley que dirige la casa. No es del tipo corriente. Verdadero cerebro, en apariencia... no la astucia un poco ordinaria comercial, quiero decir. He recibido unos cuantos informes preliminares sobre ella.

Buscó en su bolsillo, sacó un par de hojas de papel dobladas y se las entregó.

El escritor las desplegó. Estaban encabezadas: «Diana Priscilla Brackley - Preliminar», y habían sido mecanografiadas por alguien más interesado en la rapidez que en la precisión. Dejando aparte las faltas mecanográficas y ortográficas y pasando por alto también los modismos peculiares, el editor leyó:

«D. P. Brackley, 39 años, pero parece mucho más joven (repasaremos el hecho por si es una falsedad legal reconocida, quizás se logre algo). Muy guapa. Uno setenta y siete, pelo rojo pardo oscuro, buenos rasgos, ojos grises. Conduce un estupendo «Rolls», se podría decir que vale unas siete mil libras. Vive en el 83 de Darlington Mansions, S.W.I... alquiler astronómico.

»Padre: Harold Brackley, muerto, empleado de banca del Wessex Bank Ltd., empleado ejemplar, miembro fundador de la compañía teatral de aficionados del banco. Casado con Malvina, hija segunda de Valentine de Travers, rico contratista de obras, después de escaparse la chica de casa. V. de T., padre enérgico, jamás le abrió la puerta, la desheredó, etc.

»Los Brackleys vivían en el 43 de Despent Road, Clapham, medio endeudados, una pequeña hipoteca. Asunto, hija única. Escuela local particular hasta los 11 años. Luego Merryn's High School. Se desenvolvió bien. Escolaridad sobresaliente en Cambridge. Honores, distinciones de campanillas. Bioquímica. Estuvo trabajando tres años y medio en Darr House Developments, Ockinham.

»Mientras V. de T. Murió. Hija y yerno sin perdonar, pero heredando la nieta. Asunto, se cree que fueron entre cuarenta y cincuenta mil libras, a los veinticinco años. El sujeto se fue de Darr House seis meses después de cumplir esa edad. (Nota. El después parece ser típico. V. a nivel del encabezamiento). Construcción por

encargo de casa para sus padres cerca de Ashford, Kens. Dio una vuelta al mundo... un año.

»A su regreso compró unos pequeños negocios de artículos de belleza, los Preshet, en algún lugar de Mayfair. Dos años más tarde adquirió un socio. Al año siguiente absorbió su Freshet en la nueva Nefertiti, Ltd. (Particular: Capital nominal cien libras). Desde entonces ha seguido embelleciendo a las damas y no a medias.

»Escasos los detalles personales, a pesar de la costumbre de murmurar del negocio. Ningún matrimonio, por lo que se sabe hasta ahora... con toda seguridad ha conservado siempre su nombre de soltera. Vive ostentosamente, pero no en exceso. Gasta sin escatimar en vestidos. No se le conocen aficiones colaterales... aunque tiene algunos intereses en Joynings, químicos fabricantes. Tampoco se le conoce ningún escándalo. Parece recta. La reputación comercial es ejemplarmente limpia. Todo el personal de Nefertiti es cuidadosamente admitido, no se aceptan tipos dudosos. ¿Demasiado bueno para ser verdad? Creo que no. Sólo muchísimo cuidado por mantener una reputación. Incluso las censuras de las empresas rivales resultan insignificantes.

»Vida amorosa: No se sabe nada públicamente. Parece que no hay nada actual, ni reciente, pero se sigue la investigación».

—Humm —dijo el editor al llegar al llegar al final—. No sale una figura muy *humana*, ¿verdad?

—Se trata de una investigación preliminar a grandes rasgos —contestó Gerald—. Conseguirá más. Creo que es interesante. Por ejemplo, el empleo en Darr House. Allí sólo admiten a los más brillantes... se necesitan tener muchos méritos para poder ingresar. Así que me pregunto a mí mismo, ¿por qué una mujer de ese calibre sale de las investigaciones superiores y se mete en el antiquísimo negocio de los fabricantes de belleza?

—En apariencia, el deseo de conducir un «Rolls Royce»... con un conjunto apropiado —sugirió el editor.

Gerald sacudió la cabeza.

—No es lo bastante bueno, Bill. Si enriquecerse era el motivo, sería más conocida de lo que es. En realidad a los magnates de la industria de la belleza les gusta la publicidad... por lo menos parte. Mira a nuestra manera. Ella, una intrusa de tipo diferente, se mete pulcramente en el trabajo, en medio de los que te arrojan vitriolo y

sonríen con navajas ocultas mientras te hablan, esperando apuñalarte por la espalda; ¿y qué ocurre? No sólo sobrevive, sino que triunfa, realmente triunfa con selección, y en apariencia sin adoptar las armas locales. ¿Cómo? Sólo hay una respuesta a eso, Bill... una falsedad. Ella tiene algo que los demás no. Considerando el informe yo diría que como trabajadora científica tropezó con algún descubrimiento mientras estaba en Darr House y decidió hacérselo valorar. Si es ilegal o no, la cosa es distinta... pero creo que vale la pena descubrirlo.

Su editor continuó rascándose la barbilla. Luego asintió.

—Está bien, Gerry, muchacho, echa un vistazo pero ten cuidado. El grupo de Nefertiti comprende a muchísimas influencias femeninas de gran categoría. Si intentas algo que va a estallar en un gran escándalo, algunas de las más importantes esposas del país se verían envueltas. Recuerda eso, ¿quieres?

* * *

—Le diré a la señora que está usted aquí, señorita —dijo la doncellita, y se fue, cerrando la puerta tras de sí.

La habitación tenía una serie de simplicidades ornamentales de un modo que a los ligeramente anticuados ojos de Zephanie, aunque conocían ya el modernísimo, la casa tenía un aspecto caro, de buen gusto aunque quizás recargado y después de la primera sorpresa, no aumentó su sensación en algo desagradable. Zephanie se acercó a la ventana. Más allá, accesible por una puerta medio acristalada, algunos metros cuadrados de tejado estaban convertidos en un jardincito. Los tulipanes crecían en varios macizos. En uno de ellos crecían a la sombra de recortados arbustos varias violetas. A un rincón de un césped miniatura una diminuta fuente vertía agua por medio de una antigua figura de alabastro. Grandes hojas de vidrio subían saliendo de las rendijas de una pared baja apuntalándolo todo del viento por un lado. Delante, uno miraba al oeste hacia una pequeña verja de hierro forjado, cruzando el parque que parecía de un nuevo reciente en las copas de los árboles, hacia las grumosas siluetas de los edificios más allá.

—¡Cielos! —exclamó Zephanie, en honrada envidia.

Al oír la puerta abrirse, se volvió. Diana estaba allí, en un

sencillo y hermoso traje de seda gris. Sus únicos adornos eran un simple brazalete de oro en la muñeca, un broche también de oro en la solapa y un collar también de oro flexible.

Durante algún momento se miraron una a otra sin hablar.

Diana estaba casi exactamente como Zephanie la recordaba. Ella debía, ella sabía, que estaría a punto de cumplir los cuarenta; parecía tener... bueno, quizás veintiocho, con seguridad no más. Zephanie sonrió, con una pizca de incertidumbre.

—Eso me hace volver a sentir niñita otra vez —dijo ella.

Diana le devolvió la sonrisa.

—Tú sólo sigues aparentando ser una chica algo crecida ahora —contestó a Zephanie.

—Es verdad. Realmente funciona —murmuró Zephanie medio para sí.

—No tienes más que mirarte al espejo —dijo Diana.

—Eso no basta del todo. Pudiera ser que fuese únicamente yo. Pero tú... tú eres precisamente tan adorable, Diana, como lo eras antes... y no has envejecido en absoluto.

Diana le tomó ambas manos y luego le rodeó los hombros con un brazo.

—Ha sido una pequeña sorpresa, me imagino —dijo a Zephanie.

—Al principio lo fue un poco —repitió—. Me sentía tan terriblemente sola con ella. Ahora empiezo a recobrarme.

—Por teléfono tu voz sonaba tensa. Yo creí que lo mejor sería reunimos aquí donde podamos hablar —explicó Diana—. Pero vayamos a eso. Primero, quiero enterarme de lo que os ha ocurrido a ti, a tu padre y a todo Darr, también.

Hablaron. Diana poco a poco aumentó el nerviosismo de Zephanie en el sentido de irrealidad que había estado pendiendo sobre ella. Para la hora de almorzar y después se sintió más tranquila de lo que estuvo en algún tiempo desde que Francis le contó las noticias. De regreso a la sala de estar, sin embargo, Diana fue derecha al motivo de su llamada.

—Bueno, ahora, ¿qué es lo que quieres que haga, querida? ¿Cuál es la dificultad...? Desde tu punto de vista, quiero decir.

Zephanie habló insegura:

—Ya lo has hecho en cierto modo. Me has tranquilizado. Tuve la impresión de que yo era una especie de monstruo... no sé; quiero

comprender lo que sucede. Estoy hecha un lío. Papá hace un descubrimiento que va a... a, bueno, a rebajar el envejecimiento. Quiero decir, que no va hacer ser como Newton, y Jenner, y Einstein, ¿verdad? Y en vez de ser aclamada como un descubrimiento maravilloso, tiene que ocultarlo y arrinconarse. Y entonces cree que es el único que lo sabe y resulta que tú también lo has sabido todo el tiempo... pero que igualmente te has mantenido callada. No lo entiendo. Sé que papá dice que no hay bastantes líquenes ni para empezar, pero eso no tiene importancia con una cosa nueva. Sólo el saber que es posible resulta como ganar la mitad de la batalla: Todo el mundo empieza a investigar como loco y la gente aparece con métodos alternativos. Después de todo, si no hay muchos líquenes de esos en la actualidad, la cosa no puede hacer mucho daño, así que, ¿por qué no publicarlo y dar a la gente el incentivo de encontrar otro *antigerone*?, ¿es así como se le llama? Así que empecé a preguntarme si hay algunos efectos colaterales, cosas como... bueno, si tomas líquenes no podrás tener niños, o algo por el estilo.

—Puedes descansar tu conciencia con respecto a eso, sea como sea —la tranquilizó Diana—. Eso no importa... sólo, naturalmente, no gastarás como un elefante, así es que el único peligro de utilizar los líquenes. Pueden producirse influencias nocivas durante la gestación y dar a luz un niño de tamaño descomunal, por eso en tal época debe evitarse tomar líquenes; en cuanto a después, se puede seguir con la dosis normal. Con respecto a otros efectos, no hay ninguno oculto que yo sepa. Hay una disminución infinitesimal en la progresión de las respuestas sólo detectable mediante aparatos de precisión inferior a la que se experimenta después de tomarse un doble de ginebra. El resto queda evidente... es decir, para ti.

—Bien —dijo Zephanie—, una preocupación menos. Pero, Diana, me siento a oscuras acerca de todo el mundo. Quiero decir, donde tú entras, y lo de Nefertiti, y el negocio de belleza, y esta crisis que estalló y luego desapareció, etc.

Diana tomó un cigarrillo, lo sacudió y lo miró pensativa durante un momento.

—Está bien —dijo—, de todas formas el conocimiento a medias es precario. Sería mejor que comenzase por el principio —encendió el cigarrillo— y partió desde el momento en que Francis entró con

el platito de leche y sus consecuencias.

—Y así, legalmente, me equivoqué —concluyó—, aunque moralmente tenía tanto derecho como tu padre tenga, pero eso qué importa ahora. La cuestión es que en donde ambos nos atascamos fue en manejarlo. Me costó bastante tiempo darme cuenta de lo atascada que estaba. Pensé que pronto vería una salida, pero cuanto más meditaba sobre ello mayores eran las dificultades. Y fue sólo entonces cuando empecé a comprender lo importante que era todo.

»No podía ver una manera de salir en absoluto... y entonces algo que dijiste me puso sobre la pista.

—¿Algo que dije? —repitió Zephanie.

—Sí. Estábamos hablando acerca de las mujeres engañadas y atontadas, ¿te acuerdas?

—Un poco. Era un tema favorito tuyo —dijo Zephanie con una sonrisa.

—Y lo es aún —corrigió Diana—. Pero aquella vez dijiste que se lo habías mencionado a una de tus maestras y que ella te contestó que deberíamos hacer lo mejor posible para vivir en las circunstancias que nos encontramos, porque la existencia es demasiado corta para obligar al mundo a admitir los derechos, o para pronunciar las palabras que consiguieran el mismo efecto.

—No estoy muy segura de acordarme de eso.

—Bueno, ese es el meollo de todo. Claro que había estado, en cierto modo, en mi cabeza todo el tiempo. Lo que habíamos encontrado, tu padre y yo, es un paso en la evolución, una especie de evolución sintética... y el *único* avance evolucionario hecho por el hombre en un millón de años. Va a cambiar todo el futuro de la historia por completo. Oh, sí, comprendí que si la vida no fuese tan corta valdría la pena para la gente hacer más por implantar el derecho en el mundo. Pero, cuando dijiste aquello de pronto vi, en una especie de relámpago, cómo podría cruzarse.

—¿Cruzarse? —preguntó Zephanie, azorada.

—Sí. Vi cómo las mujeres podrían ser iniciadas en vidas más largas sin que lo supieran, al principio. Más tarde, lo descubrirían y para ese tiempo yo esperaba que hubiesen bastantes, y de la clase adecuada, para ejercer real influencia. Lo que era necesario era alguien que reuniese un grupo de personas... cualquier grupo... las convenciese de que extender la vida era practicable, que se hiciese

luchar por la aceptación del *homo superior*. Y, de pronto, vi cómo hacerlo. La gente a la que se haya dado larga vida no renunciará a su privilegio. Van a luchar duro por su derecho a conservarla.

Zephanie frunció un poco el ceño.

—Me parece que no te sigo —dijo.

—Debieras hacerlo —la advirtió Diana—. Ahora te sientes un poco confusa y trastornada, pero tú exactamente no llegarías hasta el extremo de renunciar a una vida más larga, ¿verdad?

»Y tú mantendrías tu derecho si alguien quisiera quitártelo, ¿no es cierto?

—Sí... supongo que sí. Pero hay escasez de suministros...

—Oh, la investigación pronto aclarará eso, como dijiste tú misma, una vez exista la demanda. Consigue bastante dinero para tener la gente suficiente en la tarea, eso es todo.

—Pero, según papá, habría un estado de caos.

—Pues claro que habrá caos. No podemos conseguir el *homo superior* sin ningún sufrimiento. Pero eso no importa. Lo importante es impedirle que se vea estrangulado al nacer. *Ese* es el problema.

—No lo veo. Una vez se conozca, la gente luchará por conseguirlo y prolongar su vida.

—Hablas de individuos, querida, pero los individuos están sujetos a las instituciones. Y el meollo de todo el asunto es, tal y como lo veo, que las instituciones definitivamente *no* lo querrán.

»Después de todo, la mayoría de las instituciones tienen dos razones principales de existencia; una es administrar en la mayor escala posible, la otra es preservar la continuidad, y así eludir algunas de las dificultades que se alzan de la escasez de nuestras vidas individuales. Nuestras instituciones son un producto de las circunstancias y están diseñadas para sobrevivir sobre nuestras propias limitaciones por una continua sustitución de las partes gastadas, o, si lo prefieres de un modo distinto, por un sistema de ascensos.

»¿Está bien? Perfecto, pues, ahora trata de preguntarte cuántas personas van a favorecer las perspectiva de una larga vida a costa de, digamos, dos o trescientos años sin progreso propio. ¿Alguien va a recibir bien la idea de tener el mismo director-gerente, presidente, juez, gobernante, jefe de partido, jefe de policía, o destacado modisto durante un par de siglos? Piénsatelo y verás que las

instrucciones son lo que son, y mientras sean, porque detrás de todas ellas está la sunción de que los días de nuestra época son unos pocos años y éstos pasan pronto. Quita este pasar de los años y las instituciones no funcionarán, incluso la mayor parte de ellas perderán su entera razón *de ser*.

—Eso es muy abrumador —dijo Zephanie dudosa.

—Piénsatelo. Sólo es un ejemplo. Tú eres aprendiz; pues claro que te gustaría una vida mayor... hasta que te das cuenta que eso significa estar aguantando el mismo grado de aprendiz durante los siguientes cincuenta o sesenta años: Entonces empiezas a no estar tan segura.

»O eres una de esas chiquillas que se precipitan en el matrimonio a la primera ocasión... bueno, el punto de vista de «hasta que la muerte nos separe», comienza a adelgazarse incluso ahora; yo no creo que se resista bien a la perspectiva de ciento cincuenta años pasados con un compañero cogido en la adolescencia.

»O piensa en la educación. La clase de conocimientos superficial que ha sido lo bastante bueno para capear la mayor parte de nuestros cincuenta años de vida no es suficiente para proporcionarnos una asistencia plena durante doscientos, o más.

»Así que tendremos el Hombre Individual en una lucha a vida y muerte contra el Hombre Institucional... y eso fomentará una buena cosecha de esquizofrenia.

»Y no se puede tampoco hacerle objeto de elección personal, al menos, porque cualquier hombre que escoja la larga vida bloqueará todo ascenso a los hombres que lo hicieron.

»Así, como las instituciones son mayores que la suma de sus partes, y cada cual es parte de alguna sociedad social o personal, se sigue que las instituciones, trabajando desesperadamente para sobrevivir, tendrían una buena posición de conseguir que la liquelina fuese rechazada.

Zephanie sacudió la cabeza.

—Oh, no, no puedo creerlo. Es absolutamente contrario a nuestros instintos naturales de supervivencia.

—Eso apenas cuenta. Toda conducta civilizada tiene que suprimir Dios sabe cuántos instintos. Además, puse la posibilidad de rechace muy alta.

—Pero... bueno, incluso si hubiese un rechazo oficial sería del todo inefectivo porque cientos de miles de personas primeramente quebrantarían la ley —sostuvo Zephanie.

—Yo tampoco estaría muy segura de eso. Una pequeña clase privilegiada podría intentarlo, con grandes gastos. Una especie de mercado negro de la larga vida. Pero no veo que resulte muy bien... es apenas la clase de ilegalidad que uno podría esconder, ¿no...? por lo menos, no por mucho tiempo.

Zephanie se volvió hacia la ventana. Durante unos minutos estuvo contemplando las pequeñas y soleadas nubes que vagaban por el cielo azul.

—Vine aquí un poco asutada... por mí misma —dijo—. Pero también excitada porque pensé que estaba empezando a comprender que el descubrimiento de papá... bueno, de papá y tuyo... era uno de los mayores pasos jamás dados; uno de los más antiguos sueños hechos realidad; algo que iba a cambiar toda la historia y a llevarnos a todos a una maravillosa y nueva era... Pero *él* piensa que la gente luchará una contra otra por conseguirlo...? y *tú* crees que lucharán uno contra otro por impedirlo, ¿así que cuál es su utilidad? Si no va a traernos nada excepto lucha y decepción, entonces sería mejor que ninguno de los dos lo hubiese encontrado.

Diana la miró pensativa.

—Tú no sientes eso, querida. Sabes tan bien como yo que el mundo está en un caos y que cada día se hunde más y más en él. Retenemos precariamente sólo a las fuerzas que liberamos... y hay problemas que deberíamos tratar de resolver, pero que descuidamos. Míranos... miles de habitantes más cada día... Dentro de un siglo o así estaremos en la Era del Hambre. Lograremos posponer lo peor de un modo u otro, pero el aplazamiento no es solución, y cuando se produzca el desplome habrá algo tan fantasmal que la bomba de hidrógeno parecerá humana por comparación.

»No estoy noveleando. Hablo del tiempo inevitable cuando, a menos que hagamos algo por impedirlo, los hombres cazarán a sus semejantes por entre las ruinas, para comérselos. Nosotros dejamos que todo derive hacia eso, con una diabólica irresponsabilidad, porque con nuestras vidas cortas ordinarias no podremos estar presentes para verlo. ¿Acaso nuestra generación se preocupa por la

miseria que amenaza? No. Decimos: «Ya se preocuparán los que vengan. Que se pudran los hijos de nuestros hijos; nosotros estamos bien».

»Y hay sólo una cosa que puedo ver que impedirá que esto ocurra. Es que algunos de nosotros, por lo menos, deberíamos vivir lo bastante para *temerlo* por nosotros mismos. Y también vivir lo suficiente para *saber* más. Simplemente no podemos permitirnos el lujo de seguir adelante más tiempo alcanzando la sabiduría sólo a medio paso antes de conseguir la senilidad. Necesitamos el *tiempo* para adquirir sabiduría que podamos usar para aclarar el caos. Si no lo tenemos, entonces, como cualquier otro animal que se exceda en su procreación, moriremos de hambre; nos moriremos de hambre en nuestros millones, en la más negra de todas las épocas oscuras.

»Por eso *necesitamos* vida más larga, antes de que se haga demasiado tarde. Para darnos tiempo a adquirir la sabiduría de controlar nuestro destino; para llevarnos más allá de este estado de actuar como animales prodigios y dejar que nos civilicemos nosotros mismos.

Se interrumpió y sonrió tristemente a Zephanie.

—Siento este sermón, querida. Es un alivio poderse confiar a alguien. Todo lo que realmente significa es que por mucho que sea el caos que esto pueda causar ahora, la alternativa sería infinitamente peor.

Zephanie no respondió durante algunos minutos, luego dijo:

—¿Lo viste de este modo todo el tiempo cuando estabas en Darr, Diana?

Diana sacudió la cabeza.

—No, esto es como lo veo ahora. En aquellos tiempos lo vi como un don que deberíamos usar porque me parecía ser, como dije, un paso en la evolución, un nuevo desarrollo y perfeccionamiento que nos alzaría un palmo más por encima de los animales. Fue sólo más tarde cuando empecé a comprender la urgencia, la verdadera *necesidad* de ello. Si hubiese sentido eso al principio, bueno, supongo que no habría hecho las cosas que hice. Probablemente había intentado publicarlo de la manera ortodoxa... y, creo, que habría sido suprimido...

»Tal y como estaban las cosas, no vi gran prisa. Lo que importaba era construir un cuerpo de gente, con vidas largas sin

que lo supiesen, pero que habrían invertido un interés en luchar contra ello y alguna influencia cuando llegara el tiempo.

Volvió a sonreír.

—Sé que tal y como lo hice puede parecer gracioso. Para tu padre estoy segura de que es ultrajante... como echar vino barato en una copa de plata de museo, o algo por el estilo... pero sigo sin pensar ninguna otra salida para haberlo logrado, con éxito. Ya las tengo, mira. Casi mil mujeres, aproximadamente todas ellas casadas con personas de influencia, o parientes de hombres influyentes. Una vez comprendan la situación, lamentaré en extremo y tendré compasión por cualquiera que trate de legislar el quitarles sus años extra de vida.

—¿Cómo lo hiciste? —quiso saber Zephanie.

—Una vez tuve la idea y la medité, me pareció lo mejor. Recuerdo de alguien a quien se le pilló contrabandeando perlas y el modo que tenía de hacerlo era esconder las sartas de perlas verdaderas en envíos de perlas de imitación...

»Bueno, después de todo, cada periódico femenino está cubierto de ofertas de «preserve su juventud», «conserve esos contornos juveniles», y todo lo demás. Nadie cree realmente una palabra de ello, claro, pero es la especie de sueño suplicante e inflamante y la gente parece haber desarrollado una costumbre inquebrantable de esperar e intentar. Así, si yo podía mostrar resultados, bueno, estarían encantadas, pero al mismo tiempo han sido mordidas tan a menudo que realmente nunca creen que sea la cosa sincera, no durante años y años. Se felicitarían ellas mismas por verse más favorecidas que las demás. Lo adscribirían a una dieta. Irían hasta tan lejos como conceder que debo tener algo un poquito mejor que mis competidores, quizás. Pero actualmente nadie creería que era el verdadero artículo, después de miles de años de falsas recetas de juventud. No, no, ellas no.

»Yo no diría que no estaba un poco impresionada por la propia idea al principio. Pero me dije a mí misma: «Estamos en el siglo xx, por lo que vale. No es la edad de la razón, ni siquiera el siglo xix, es la era del engaño y el día de abordar lo tortuoso. La razón tiene que refugiarse en las habitaciones traseras y en donde funciona para ingeniarse medios por los que la gente pueda ser inducida a emocionarse en la dirección deseada. Cuando digo la gente me

refiero a las mujeres. Al diablo con la razón. El problema está en espolearlas de un modo u otro para que compren lo que quieres que adquieran. Así que resultó que yo estaba bien sintonizada con la moderna técnica de ventas, realmente.

»Una vez que decidí lo que podía hacerse, lo primero que se precisaba era asegurarme de mis recursos. Tenía que estar convencida de poseer un suministro continuo de lo que tu padre llama liquenina... y que yo llamo terciánina. Así que anuncié que me iba a dar una vuelta al mundo que duraría un año.

»Lo hice, también... aunque casi todo el tiempo lo pasé en Asia Oriental. Primero fui a Hong Kong y me puse en contacto con el agente naviero de tu padre allí. Él me presentó al señor Craig. El señor Craig había sido amigo del señor MacDonald, que envió los embarques con el «liquen tercio» en ellos, pero el propio MacDonald había muerto casi un año antes. Sin embargo, el señor Craig me puso en contacto con varias personas que habían trabajado con el señor MacDonald y eventualmente conocí al señor McMurtie, que estuvo en la expedición que encontró el primer lote de líquenes. Así que contraté al señor McMurtie y él hizo los acuerdos necesarios y consiguió de algún modo los permisos de la China.

»Creo que tu padre te habrá dicho que yo puse *Mongolensis*; era un nombre que di al primer cesto, pero eso resultó ser una equivocación. El género realmente viene de Hokiang, provincia de Manchuria y que está al norte de Vladivostok. Por fortuna, los permisos vinieron en primavera, así que me fue posible empezar enseguida.

»El señor McMurtie nos llevó a este lugar sin mucha dificultad, pero resultó muy desencantador. No había mucho *Tertius* allí. Prácticamente quedaba restringido a un millar de acres en donde crecía en retazos en torno a un lago pequeño. La cosa resultaba peor de lo que imaginé. Encontramos al hombre y a su familia que lo cosechaban y remitían, en cuanto hablamos con él quedó muy claro de que si yo me decidía a cosecharlo solamente de aquí, pronto no quedaría ni rastro de la planta. Sin embargo, el hombre no creía que esté fuese el único lugar donde crecía, así que organizamos una búsqueda por toda la zona... nadie se metió; es una especie de terreno pantanoso con trechos de hierba muy salvaje y tosca. Pronto descubrimos cinco emplazamientos más del *Tertius*; tres algo

mayores que la fuente del de tu padre, dos más pequeños, y todos dentro de un radio de unos cuarenta kilómetros.

»Eso era mejor, pero inútil, puesto que si no sucede lo mismo en alguna otra parte no hay duda de que las existencias de líquenes son limitadas. Sin embargo, me fue posible comisionar a los locales para una cosecha anual de una cantidad *standard* y el señor McMurtie concertó lo necesario para que se enviase a Dairen y eventualmente se enviara aquí, vía Nagasaki. Hice lo mejor por conseguir una cantidad que valiese la pena, pero el *Tertius* crece tan despacio que no queda mucho margen. Por desgracia, no parece haber ningún modo de confianza de descubrir sus cualidades de cultivo, a menos que se vaya allí y se le examine. No podemos esperar incrementar el suministro a menos que encontremos otros emplazamientos o descubramos algunas especies que también posean liquenina.

»De hecho, no me gustó nunca la situación de los suministros en absoluto. Hasta ahora funciona bien... presumiblemente porque nadie excepto nosotros se interesó. Pero cualquier jaleo en aquellas partes nos privaría de líquenes enteramente. Lo que es más, no sólo es material bajo el control chino, sino que si los rusos se enterasen y se interesaran, bueno, se encuentra en una especie de promontorio de Manchuria, con la frontera soviética a menos de trescientos kilómetros de distancia, en tres direcciones...

»Te digo esto porque pienso que alguien debería saberlo. Tengo la sensación de que la cosa no podrá conservarse en silencio mucho más, pero cuando se sepa, la fuente verdadera de los suministros es algo que bajo ninguna circunstancia debe hacerse pública. Estoy segura que tu padre opina lo mismo que yo, pero me gustaría que se lo mencionases. Yo ya tengo mi propio sistema comercial. De hecho, tengo una buena cantidad de embaucamientos para defenderme en lo más hondo. Espero muchísimo que él también lo haga. En cuanto a ti, eres solamente uno de los sujetos tratados. Si alguna vez te interrogan; primero, no les hagas saber nada acerca de los líquenes; segundo, no tienes la menor idea de dónde vienen. Es de vital importancia que la fuente no se conozca; pero es casi tan importante que el conocimiento no se pierda. Yo, o tu padre, o ambos, seremos los blancos principales, claro, y... no se puede decir lo que ocurrirá. Será cuestión de vida o muerte, ya sabes.

—Empiezo a entender —dijo Zephanie.

—Bueno, una vez arreglado eso —prosiguió Diana—, volví aquí y me puse al negocio... y —añadió mirando en torno a su cuarto y al jardincito exterior—, lo hice bastante bien. ¿No te parece?

Zephanie no contestó. Permaneció sumida en sus pensamientos, mirando sin ver a un cuadro de la pared. Luego se volvió y clavó sus ojos en Diana.

—Desearía que no me lo hubieses contado... me refiero a la fuente de líquenes.

—Si supieras lo a menudo que he deseado no haber visto jamás ningún liquen en absoluto —dijo Diana.

—No, es que no soy de confianza —le dijo Zephanie y explicó lo de Richard.

Diana la miró pensativa.

—Tenías encima una sorpresa, claro, una sorpresa considerable. Yo estoy dispuesta a creer que no es probable que te vuelva a suceder otra vez.

—No. Ahora lo entiendo mejor. Yo estaba hecha un lío. Parecía como si entonces fuera yo sola. Únicamente yo, tratando de enfrentarme sin compañía. Estaba asustada, pero ahora sé que hay muchas de nosotras, y resulta distinto. Al mismo tiempo tampoco tengo excusa por... por haberlo dejado escapar...

—¿Te creyó... o simplemente pensó que estabas bromeando?

—No... no estoy segura. Debe saber que había algo de verdad, me parece.

Diana volvió a meditar.

—Este joven, Richard... ¿qué clase de hombre es? ¿Sesos o músculos?

—Ambas cosas —dijo Zephanie.

—Afortunado joven. ¿Confías en él?

—Quiero ser su esposa —dijo Zephanie con viveza.

—Eso no es respuesta. Las mujeres se casan constantemente con hombres en quienes no confían. ¿Cuál es su trabajo?

—Abogado.

—Entonces tendrá alguna idea de la discreción; por lo menos si confías en él, llévale a ver a tu padre y que se lo explique. Si no, dímelo ahora.

—Confío —admitió Zephanie.

—Muy bien. Entonces haz eso antes de que decida empezar a

buscar el fuego que hay tras el humo por su propia cuenta.

—Pero...

—¿Pero qué? O le haces saber más, o le callas del todo.

—Sí —asintió Zephanie dócilmente.

—Estupendo —dijo Diana con aire de haber zanjado la cuestión —. Ahora quiero saber un poco más de ti. ¿Qué factor está utilizando tu padre contigo?

—¿Qué... qué?

—Factor. ¿Incrementa tu tiempo por tres, por cuatro, por cinco?

—Oh, comprendo. Dijo tres, para Paul y para mí.

—Comprendo. Precavido... es natural que lo sea con vosotros dos. Yo misma apostaría a que utiliza en su persona un factor mayor.

—¿Quieres decir que aún se puede prolongar más la vida? No lo sabía.

—Yo utilizo el factor cinco. Es seguro, pero más detectable. La mayor parte de las clientes de Nefertiti utilizan el dos, o el dos y medio... y hasta el tres.

—¿Pero cómo diablos puedes hacerlo sin que ellas se enteren?

—Oh, no es difícil. Hay muchísimas cosas que las casas caras practican en belleza... ¿y quién puede saber cuál de las cosas da resultado...? ¿Y a quién le importa, mientras las consecuencias sean para bien? —Diana frunció el ceño.

»La única cosa que realmente me produjo ansiedad son esas pobres mujeres que no nos dicen lo bastante pronto que van a tener niños para que una pueda quitarles la inyección de liquenina a tiempo y que el parto pueda ser normal. Yo siempre temo que algún día algún doctor sumará dos y dos hallará el resultado y que cualquier entrometido comunicará una columna de estadísticas mostrando que a las clientes de Nefertiti les cuesta más tener a un niño que a cualquier otra persona. Eso podría ser terrible y muy difícil de explicar de manera inofensiva. Pero sin embargo, *todavía* no ha ocurrido...

»De hecho, nos las arreglábamos maravillosamente bien hasta que tropezamos con esa señora Wilberry y su condenada alergia. Eso fue mala suerte. La pobrecilla fue sincera, sin embargo. Se hinchó de manera alarmante: toda colorada con llagas; congestión asmática causándole dificultad penosa de respirar. No hay duda de

que lo pasó mal, pero se hubiese conformado con unos cuantos centenares de libras, y hasta se hubiese puesto contenta, si su abogado no trabaja y la convence. ¡Diez mil, la hizo reclamar! Diez mil... basándose en unos tenues síntomas recurrentes cada vez que come setas. ¡Quién lo creyera! ¡Y el tipo se aferró tozudamente como una mula a cinco mil... que va a despertar bastante escándalo cuando la noticia circule! ¡Setas, Dios mío!

Diana pareció llamear durante unos momentos, pero luego se calmó.

—Quizás todavía lo capearemos —dijo—. Y si no... bueno, de todas maneras, ya no se puede seguir mucho más adelante... ahora por lo menos...

VII

La secretaria de Paul le alcanzó cuando estaba a punto de dejar el despacho.

—El doctor Saxover al teléfono, señor.

Paul regresó y cogió el receptor.

—¿Eres tú, Paul? —preguntó la voz de Francis, sin calor.

—Sí, padre.

—Esta mañana me visitó tu esposa, Paul. Yo creo que por lo menos podías haber tenido la gentileza de decirme si la habías informado.

—Ya te dije que se lo diría, padre. Te expliqué mi postura tal como yo la veía. Y sigo viéndola del mismo modo.

—¿Cuándo se lo dijiste?

—A la mañana siguiente.

—Hace cinco días, ¿eh? ¿Acaso dijo ella algo de venir a verme?

—Bueno, sí, en efecto. Pero no estaba seguro si lo pensaba en realidad. Nosotros ve... ejem, bueno, nos acaloramos y nos dijimos muchas cosas en aquel momento. Luego, al no bajar hasta Darr de inmediato, pensé que había cambiado de idea y decidí esperar un poco.

—Pero no esperó mucho.

—¿Qué es lo que quería?

—¡Vaya, Paul! ¿Qué crees que ella deseaba... exigía?

—¿Y tú...?

—Sí, lo hice. Pensé que sería mejor que lo supieras.

Un chasquido cuando el receptor al otro extremo fue colgado. Paul retuvo su propio aparato durante unos segundos y luego colgó también, despacio.

Jane no estaba cuando llegó a casa. Eran pasadas las nueve cuando ella llegó. Se dirigió directamente al dormitorio y al poco se oyó el sonido del agua del baño corriendo. Media hora más tarde

entró en la sala de estar arropada en una bata acolchada blanca. Paul, su tercer whisky a su lado, la miró con expresión poco amistosa que ella no se molestó en acusar.

—He estado en Darr —dijo, con aire de ir al grano primero.

—Ya lo sé. ¿Por qué no me dijiste que ibas a ir?

—Lo hice.

—No me dijiste cuándo.

—¿Y eso qué importaba?

—Hay muchas maneras de hacer las cosas. Pude haberle avisado que me esperase.

—Yo no quería que se le avisara. ¿Para qué iba a tener tiempo de preparar más razones y dejarme fuera de todo... dejarme una breve vida mientras el resto de vosotros vivís mucho tiempo? Yo sabía lo que deseaba y lo conseguí.

—Eso tengo entendido. En el teléfono papá se mostró muy tenso.

—Supongo que no le gustó. ¿Y tú crees que a mí me ha agradado que deliberadamente me excluyerais?

—No fue deliberado... no del modo que tú piensas. ¿Es que no comprendes que él tenía que tener cuidado? Ha de tomar todas las precauciones posibles contra cualquier filtración. Piensa en la desorganización que seguiría a cualquier rastro del descubrimiento. La responsabilidad... ¿Por qué miras así? No tiene gracia, Jane. Está muy lejos de ser gracioso.

—A mí me lo parece bastante. La perversidad es, como sabes, algo conmovedora. Dios le bendiga, creo que realmente estás seguro de lo que tu eminente padre te dice, ¿verdad? ¿Y no ha llegado la hora de que crezcas un poquito, cariño mío...? ¿O este género afecta a la mente y te la mantiene joven también?

Paul la miró con fijeza.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De tu padre, querido... Y su responsabilidad, y su conciencia y su deber a la humanidad. ¿Te sorprendería saber que tu distinguido padre es también un redomado hipócrita?

—Realmente, Jane, no consentiré...

—Sí. Yo lo veo tal y como es.

—Jane, no voy a...

Pero Jane no hizo caso de su interrupción. Prosiguió:

—Tu aceptaste todo cuanto te dijeron, ¿verdad? Ni siquiera se te

ocurrió preguntar quién es esa Diana Brackley y qué es lo que hace.

—Sé lo que hace. Dirige Nefertiti, Ltd.

Jane pareció un momento desconcertada.

—Nunca me dijiste eso.

—¿Y por qué tenía que habértelo dicho?

Ella le miró con dureza.

—Realmente pienso que tu padre debe haberte hipnotizado, o por el estilo. Tú *sabías* eso... sin embargo, nunca te diste cuenta que había estado actuando como distribuidora de este material durante años. Oh, ella no lo vende como antigerona. Simplemente dirige un negocio de belleza singularmente triunfador. Cobra lo que quiere por sus tratamientos... y lo consigue. *Eso* es lo que realmente ha estado ocurriendo con el secreto demasiado peligroso para hacerlo público. Y una lindísima ganancia que deben haber estado haciendo entre ellos, ganado millones, durante años.

Paul siguió mirándola con fijeza.

—No lo creo.

—¿Entonces por qué no te lo negó él?

—Lo hizo a Zephanie. Mi hermana preguntó si Diana era su agente. Papá lo negó de manera rotunda.

—A mí no.

—¿Qué te dijo?

—No dijo mucho. Tampoco hubiera servido de nada negarlo, de todos modos. No una vez que ya lo había descubierto.

—Sí, empiezo a comprender por qué él parecía pensar eso —dijo Paul despacio—. ¿Qué te hizo?

—Lo que yo le pedí —se puso su mano derecha de manera significativa en el antebrazo izquierdo—. No podía negarse, ¿verdad?

Paul siguió mirándola, pensando.

—Será mejor que le telefonee —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella con viveza—. Simplemente confirmará lo que te dije.

Paul contestó:

—Yo te dije esto confidencialmente porque pensé que como mi esposa tenías derecho a saberlo al mismo tiempo que yo. Tú conocías que yo no me conformaría con eso. Sabías que procuraría que te diese a ti esta antigerona en su debido curso. ¿Por qué

diablos no pudiste esperar unos cuantos días más en vez de recurrir al chantaje?

—¡Chantaje! Realmente, Paul...

—Eso es lo que fue. Y lo sabes muy bien. Ahora sólo Dios conoce qué especulaciones han podido agitar tus preguntas acerca de Diana.

—Yo no soy ninguna tonta, Paul.

—Pero tú has hecho preguntas a alguien y tu nombre de casada ocurre que es Saxover. Sería mejor que llame por teléfono a Darr.

—Te diré lo que pasó. Se mostró frío, simplemente educado... pero lo hizo.

—Quieres decir que crees que lo *hizo*. Lo que yo quiero saber es precisamente *qué es* lo que hizo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella intranquila.

—Bueno, si alguien me viene con demandas a base de amenazas yo no estoy del todo seguro de que haría exactamente lo que ella me pidiera... particularmente si supiese que ella no tendría modo verdadero de comprobarlo durante algún tiempo. Sería muy fácil hacer una sustitución...

Se interrumpió de pronto, desconcertado por el modo en que ella le miraba, advirtiéndole que Jane se había puesto pálida.

—Todo va bien —dijo—. No sería nada que te perjudicara.

—¿Cómo... cómo lo voy a saber? —preguntó ella—. Si me ha jugado una triquiñuela así... Pero no tuvo tiempo. No sabía que yo iba —añadió insegura.

Paul se levantó.

—Por lo menos podemos si tiene el *aspecto* adecuado a la clase de implanto —dijo él—. Déjame ver la incisión.

—¡No! —exclamó Jane y en un tono que sobresaltó a su marido. Paul frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —dijo—. ¿No quieres saber sí te ha dado el material adecuado o no? —Extendió una mano hacia ella. Jane se retiró en su silla.

—¡No! —repitió—. Claro que está bien. ¡Aléjate de mí! ¡Déjame sola!

Paul se detuvo, mirándola con curiosidad.

—Eso no tiene sentido —dijo despacio—. ¿De qué tienes miedo?

—¿Miedo? ¿Qué quieres decir? —él siguió mirándola.

Jane dijo:

—Me da asco esto. Ya te dije lo que pasó y estoy cansada. Por favor, vete. Quiero acostarme.

Pero Paul avanzó un pasito más.

—¿Me has estado mintiendo en esto, Jane? ¿Acaso no hubo ninguna implantación en absoluto?

—Pues claro que la hubo.

—Entonces me gustaría verla.

Ella sacudió la cabeza.

—Ahora no, estoy cansada.

La irritación de Paul se apoderó de él. Hizo un rápido gesto y subió la manga de la bata por encima del hombro izquierdo de ella, lo bastante para mostrar un sencillo vendaje blanco rodeándola el antebrazo. Paul lo examinó.

—Ya veo —dijo.

—Lástima que no hayas querido aceptar mi palabra —dijo ella con frialdad.

Paul sacudió la cabeza despacio.

—No haces fácil aceptar tu palabra —contestó—. Conozco muy bien como venda las heridas mi padre. Esta no es su manera de hacerlo.

—No —asintió ella—. La sangre empapó el vendaje. Tuve que poner uno nuevo.

—¿Y lograste hacerlo tan bien con una sola mano? Eres muy lista —se detuvo y continuó con una voz más endurecida—. Ahora, ya tengo bastante de esto. ¿Qué otra cosa has preparado? ¿Qué intentas ocultar?

Jane trató de recobrar sus modales anteriores, pero le resultó una pobre imitación. Ella nunca le había visto mirarla con la expresión en que lo hacía ahora y su confianza en su capacidad para manejarle empezó a titubear.

—¿Escondido? —repitió ella de manera poco convincente—. No sé lo que quieres decir, acabo de contarte...

—Tú me has contado que obligastes a mi padre con amenazas. Lo que quiero saber es qué otra cosa hiciste... y tengo intención de descubrirlo —la interrumpió Paul.

En el quinto piso del deliberadamente no ostentoso edificio de Curzon Street, en donde Nefertiti, Ltd., llevaba a cabo su misión, el comunicador del escritorio de Diana dio un súbito zumbido. Ella accionó el interruptor. La voz atenuada de su secretaria dijo:

—Aquí tengo a la señorita Brendon, del segundo piso, señorita Brackley. Está muy ansiosa por verla. Le he dicho que el conducto adecuado es a través de la señorita Rollridge, pero ella sigue insistiendo que quiere verle en persona, para un asunto particular. Ya ha estado aquí arriba dos veces hoy.

—¿Está con usted ahora, Sarah?

—Sí, señorita Brackley.

Diana meditó. Decidió que ni siquiera una tercera negativa hubiera logrado pasar por Sarah Tallwyn, a menos que hubiese un buen motivo.

—Muy bien, pues, Sarah. La veré.

La señorita Brendon fue conducida al interior. Resultó ser una chica pequeña, bonita, de pelo dorado; una especie de muñeca hasta que una fijaba en el contorno de su barbilla, la línea de su boca y la luz belicosa de sus ojos azules. Diana la examinó y ella, casi con igual candor, examinó a Diana.

—¿Por qué no me expuso su problema a través de la señorita Rollridge? —preguntó Diana.

—Lo hubiera hecho, si hubiese sido cuestión administrativa —contestó la muchacha—. Pero es usted mi jefe y pensé que debería saberlo. Además...

—¿Además... qué?

—Bueno, pensé que sería mejor que no se enterasen otras personas.

—¿Ni siquiera la directora de su departamento?

La señorita Brendon dudaba.

—La gente habla mucho en esta casa —dijo.

Diana asintió despacio.

—Y bien, ¿qué es? —preguntó.

La chica dijo:

—Anoche estuve en una fiesta, señorita Brackley; sólo una cena y bailar en una especie de club. Eramos seis. El único que conocía era al hombre que me invitó. Mientras cenábamos, empezaron hablar de la señora Wilberry. Uno de los hombres dijo que estaba

interesado en las alergias y preguntó qué podía haberle causado la enfermedad de la señora. Mi amigo, el que me había llevado, dijo que yo trabajaba en Nefertiti, así que quizás lo supiera. Claro, yo contesté que no, porque en realidad no lo sé. Pero el otro tipo siguió hablando y de cuando en cuando dejando caer preguntas como al azar. Al cabo de un rato empecé a sentir la sensación de que todo el asunto de la señora Wilberry no había venido a la conversación por casualidad... no puedo decir el motivo del porqué. Bueno, este otro hombre era muy atento especialmente conmigo durante la velada y al final me invitó a salir con él esta noche. Yo no quería, así que me excusé. Me sugirió que mañana. Yo dije que ya le avisaría, pensando que sería más fácil rehusar por teléfono —hizo una pausa—. Supongo que quizá esto parezca una tontería, pero soy bastante tímida. Me pregunté por qué estaba volcando sobre mí todo su encanto y pensé en las preguntas que se habían formulado sobre Nefertiti. Hice unas cuantas investigaciones en su torno y descubrí que es periodista; bastante conocido, creo, se llama Marlin. Trabaja para el *Sunday Prole*.

Diana asintió pensativa, sus ojos fijos en el rostro de la muchacha.

—De acuerdo que no es usted tonta, señorita Brendon. ¿De veras no lo ha mencionado esto a *nadie* más *aquí*? —preguntó.

—No, señorita Brackley.

—Bueno. Perfectamente, creo que fue lo mejor... y me parece que, si usted no tiene nada que oponer... puede reunirse con ese señor Marlin mañana noche y decirle la clase de cosas que quiere saber.

—Pero yo no sé que...

—Todo va bien. Haré que la señora Tallwyn la instruya.

La señorita Brendon pareció turbada. Diana dijo:

—No lleva usted mucho tiempo en este oficio, ¿verdad, señorita Brendon?

—Menos de un año, señorita Brackley.

—¿Y antes?

—Estudiaba para enfermera, pero murió mi padre. Mi madre tenía poquísimos dinero, así que tuve que encontrar el modo de ganar un poco más.

—Comprendo... Cuando conozca el negocio mejor, señorita

Brendon, lo encontrará del todo fascinante. Nadie actualmente te degüella, pero casi un noventa y cinco por ciento de nosotros llenaría de plomo los chalecos salvavidas que tuviéramos que utilizar en un naufragio, vendería a su abuela a Sudamérica si hubiese algún beneficio. Ahora, si usted no habla con este señor Marlin, el pobre muchacho se tomará todas las molestias para conseguir un contacto con algún otro miembro de nuestro personal.

»Yo prefiero saber lo que se le diga. Además, si es un hombre cuidadoso, usted no será su único contacto. Querrá comprobar. Así que queremos hacer lo mejor posible para facilitarle las cosas. Ahora, ¿cómo, me preguntó, podíamos disimuladamente empujarle hasta el segundo contacto?

Las maneras formadas de la señorita Brendon se relajaron mientras discutían las tácticas. Al fin de la entrevista disfrutaba.

—Está bien, pues —terminó Diana—. Que la pase bien. Recuerde que en nuestro negocio debemos hacer lo mejor posible para aprovechar las oportunidades; no debemos elegir los platos más baratos. Eso resultaría fuera de carácter; además, los gustos más exóticos le enseñarán que no va a conseguir barata su información, así confiará más en ella cuando la tenga. Si le hace una oferta, usted suba el precio al doble, luego acepte un compromiso del cincuenta por ciento por encima de lo que originalmente le ofreció. Es una especie de convención que ayuda a tranquilizarles.

—Comprendo —dijo la señorita Brendon—, ¿y qué haré con el dinero, señorita Brackley?

—¡Dios la bendiga! Haga lo que quiera, señorita Brendon. Se lo habrá ganado. Ahora terminé con usted. Vaya a ver a la señorita Tallwyn cuando cierre la tienda y ella la instruirá. Ya me hará saber que tal le ha ido.

Después de haberse marchado, Diana oprimió el botón del comunicador.

—Oh, Sarah. Traígame la carpeta de la señorita Brendon, por favor.

Sarah Tallwyn apareció a su debido tiempo, llevando una carpeta.

—Estupenda chica... estupendo cambio —comentó Diana.

—Capaz —asintió la señorita Tallwyn—. De la clase que podría

ser algún día una buena patrona. Lástima que haya tenido que venir a esto.

—Querida Sarah, hay que tener tacto —dijo Diana, abriendo la tapa de la carpeta.

* * *

—¿Es eso todo? —preguntó Richard.

Se miró el vendaje de su brazo izquierdo y lo acarició gentilmente.

—Me temo que no es nada dramático. En las películas lo hacen mejor —le dijo Francis. Prosiguió—: Esto se le disolverá muy despacio y quedará absorbido en su sistema metabólico. Se podrían utilizar inyecciones, y de hecho las utilicé en mí mismo, al principio, pero es un estorbo... y también menos satisfactorio. Da una serie de reacciones, mientras que por el sistema empleado con usted la cosa es suave y segura.

Richard volvió a mirarse el vendaje.

—Aún sigue siendo difícil de creer. Realmente no sé qué decir, señor.

—No lo intente. Pongámonos en el nivel práctico... una vez yo supe que usted lo conocía, era cuestión de aguda experiencia ofrecerle los beneficios. Además, Zephanie hubiera insistido, de todas maneras, antes de mucho. Lo que *es importante* es que usted lo conserve *enteramente* para sí.

—Lo haré. Pero... —dudó y siguió adelante—, ¿no está corriendo un pequeño riesgo, señor? Quiero decir, nos hemos visto tres o cuatro veces, pero, bueno, usted no sabe mucho acerca de mí.

—Se sorprendería, mi querido amigo. En Darr —explicó—, tenemos varios proyectos en mano, algunos de ellos en gran valor potencial. Naturalmente, nuestros competidores están interesados en descubrir cuánto pueden sobre nosotros. Unos pocos no son demasiado escrupulosos. No dudarían en utilizar el medio que sea para conseguir su fin. Cuando se tiene a una hija atractiva no tarda uno en encontrarse con el penoso deber de enterarse algo acerca de sus amigos, de su medio ambiente y de sus relaciones. Cuando resultan ser empleados por subsidiarios de químicos fabricantes en gran escala, o tener tíos en el consejo de administración de

compañías de productos químicos, una verdadera indicación es suficiente para enviarlos a paseo —se detuvo pensativo—. Incidentalmente, yo tendría muchísimo cuidado de no dejar que el señor Farrier sospechase nada de esto.

Richard le miró sorprendido.

—Tom Farrier, pero es un publicitario. Le conozco desde mis tiempos de estudiante.

—Yo aseguraría que sí, pero recientemente se ha vuelto a encontrar con él y le presentó a Zephanie, ¿verdad? ¿Sabe usted que su madre se casó hace tres o cuatro años por segunda vez y que su marido es el director de investigaciones de Chemicultures Limited? No, veo que no lo sabía. Ah, bueno, estamos en un mundo muy malicioso, muchacho.

»Volvamos a bajar. A propósito, yo no creo que deberíamos mencionar nada de esto a Zephanie. Es, como dije, una desagradable precaución, pero necesaria.

—Hola, Richard —dijo Zephanie cuando entraron en la sala de estar—. ¿Pica, verdad? Pronto pasa, sin embargo; luego ni siquiera te enterarás de lo que te haya ocurrido.

—Espero que no —le contestó Richard dudoso—. Mi primer pensamiento depresivo fue que puesto que uno de mis días va a ser igual a tres días de los demás, podría rebajar mis necesidades a una comida. No veo la razón de no hacerlo.

—Pues la hay, porque, a menos que seas un torpón, o hivernes, o algo por el estilo, tu estructura física va a necesitar la misma cantidad de calorías para quemar y mantenerse —dijo a Zephanie, con aire de destacar lo evidente.

—Pero... oh, bueno, acepto tu palabra —admitió Richard—. No tengo más remedio. Ya encuentro bastante difícil tener fe en nada. De hecho, excepto en el nombre de Saxover en el paquete... —se encogió de hombros, frunció el ceño y siguió—: Debe usted perdonarme, doctor Saxover, pero aún encuentro duro aceptar que es... la receta secreta... ejem... el sistema, si usted me perdona. Usted me ha explicado pacientemente las dos cosas, lo sé. Sigue penetrando en mí, quizás, más tarde se complete, pero, ahora todavía, no puedo desembarazarme de cierta sensación de anacronismo... es como si de pronto me hubiese encontrado entre alquimistas. Espero que no se ofenda no intento molestarle. Es sólo

que estamos en el siglo xx y la ciencia no tiene... por lo menos no creo que lo hiciese... una norma de conducta semejante a ésta; y menos teniendo miedo de que nos acusen de brujería, quiero decir —terminó mirándoles a ambos un poco inseguro.

—No nos comportamos de esa manera, se lo aseguro —replicó Francis—. Y *si* hubiesen suministros adecuados, o *si* pudiéramos obtener por síntesis la substancia, la cosa sería distinta. Eso es el meollo de toda la situación. Bueno, ahora, si me perdonan, hay unas cosas que debo atender antes de cenar —les dijo, y se fue.

—Supongo —dijo Richard cuando se cerró la puerta—, supongo que claramente empezaré a creer en esto algún día... hasta ahora me veo atascado en la etapa de aceptarlo como una proposición intelectual.

—Yo también, lo supongo —dijo Zephanie—, pero no es fácil. De hecho es un poco más difícil de lo que creí. Y significa hacer pedazos todo el sistema básico que aceptamos en la infancia. El terreno firme... jóvenes niños, padres, de mediana edad, abuelos ancianos, la idea entera de generaciones marchando así, es tan fundamental. Hay mucho que debemos descartar. Muchos puntos de referencia y lugares comunes que ya no nos servirán más.

Se volvió hacia él muy seria.

—Hace diez días yo fui feliz al pensar pasar cincuenta años contigo, Richard... si teníamos suerte. Claro, que así no me lo proponía a mí misma... yo sólo pensaba pasar mi vida contigo. Ahora, pues no lo sé... ¿puede una pasar ciento cincuenta años... quizás doscientos... con alguien? ¿*Pueden* dos personas seguir amándose durante tanto tiempo? ¿Qué sucede? ¿Cuánto cambia una persona en todos esos años? No lo sabemos. Nadie nos lo puede decir.

Richard se colocó detrás de ella y la rodeó con el brazo.

—Cariño. Nadie puede cruzar todos los puentes en siquiera cincuenta años, antes de que hayan llegado a ellos. ¿Y no podría ser que algunos de los retazos ásperos estén allí sólo porque usualmente no hay más de cincuenta años? Tampoco podemos asegurarlo. Claro, deberemos planear de manera distinta, pero es inútil preocuparse con un centenar de años de anticipación. En cuanto al resto, es muy distinto, ¿verdad? No podemos *saber* nuestro futuro dentro de diez días; seguimos sin *saberlo* ahora... sólo que

probablemente tendremos más del que esperábamos. Así que por qué no empezar como lo hubiéramos hecho... por mejor, o por peor, ¿no te parece? Eso es lo que yo quiero seguir haciendo, ¿verdad?

—Oh, sí, Richard, sí. Sólo que...

—Sólo ¿qué?

—No lo sé... la pérdida de forma, el sistema... Ser abuela, quizás, cuando una tiene sólo el equivalente de veintisiete años, o bisabuela a los treinta y cinco. Seguir siendo capaz de tener un hijo después de los noventa años, poco más o menos. Y eso sólo con el factor de tres. Resultará. Será un lío tan agudo... yo no pienso que lo quiera... pero tampoco que deje de quererlo...

—Cariño, hablas como si todas las vidas de duración normal estuviesen planeadas. Sabes que no lo están. La gente tiene que aprender a vivirla... y para cuando lo ha aprendido, casi se ha muerto. No hay tiempo para remediar los errores. Nosotros tendremos tiempo para aprender a vivir y luego para disfrutar de la vida. Sigue sin ser real para mí, ahora veo cómo tu Diana podría tener razón. Más tiempo es importante. Si vivimos más, aprenderemos más a sobrevivir, sobre cómo vivir. Comprenderemos más. Ser una vida más llena y rica. *Debe* serlo. Nadie podría llenar doscientos años con las trivialidades que son bastante buenas para cincuenta años...

»Vamos, cariño. No hay por qué preocuparse. Hay que *vivir*. Esto será una aventura, decídete. Vamos a *disfrutar* hallándolo juntos. Vamos ahora... ¿verdad?

Zephanie volvió la cara hacia él. Dejó que su mirada turbada se aclarase y sonrió.

—Oh, sí, Richard, cariño. Vamos... claro que vamos...

VIII

Dominando el escaso correo del lunes por la mañana colocado junto a la bandeja del desayuno de Francis Saxover había un sobre algo abultado dirigido a él con una escritura suelta que no pudo reconocer. Lo abrió para encontrarse que, aunque la mayor parte de su contenido era un periódico, había también una breve nota manuscrita:

«Querido Francis:

»Comprendiendo que los domingos en Darr uno, por costumbre, se ejercita sólo en los acres bien cuidados del «Observer» y lo del «Times», sospecho que lo que incluyo puede no haber llegado a su atención y siento que usted debería trabar conocimiento con su contenido.

»La explicación es que uno de los peces de colores de mi sistema de defensa ha cobrado alas y probablemente, creo, que va a probar su estabilidad. La situación se ha hecho aún más feliz por el hecho aparente de que la mano izquierda de Fleet Street no sabe lo que hace la mano derecha y que A está probable y esperanzadoramente loco con B.

Suya, con prisa,

Diana Brackley».

Turbado, Francis cogió el pedazo doblado del periódico marcado con A. Se reveló como una página entera del *Sunday Radar*, con ciertas partes señaladas con cruces rojas, el total encabezado por cuatro pares de fotografías y el anuncio:

SECRETO DE BELLEZA ROTO PARA LAS LECTORAS DE «RADAR».

Debajo, leyó:

«¡Grandes noticias para USTED, USTED Y USTED!

«Les dirán que el dinero no lo puede comprar todo. Hay cosas como el sol en la mañana y la luna en la noche, las grandes sonrisas, los corazones amantes y un rebaño de otras minucias que no llevan la etiqueta de su precio y quizá tengan razón en eso. Pero usted y yo sabemos que van las cosas en este mundo moderno el dinero puede aún ayudar a darle un lado más suave de la vida... incluso conducirla al asiento trasero de un Daimler ultralujo si usted tiene suerte.

»Ahora eche un vistazo a la galería de bellezas de arriba y vea lo que quiero decir. En cada caso, la foto superior es del modo en que ella aparecía hace diez años y la inferior es su aspecto actual. Ahora, compare la fotografía que usted se haya tomado hace diez años con su aspecto ante el espejo. ¿Ve? Mucha más diferencia que en las comparaciones de esta página, ¿verdad?

»¿Y qué es lo que cuesta a una persona de la alta sociedad dejar que pasen diez años y que apenas dejen rastro? Bueno, nuestra galería de damas calculan que de trescientas a cuatrocientas libras al año, quizás más, pagadas a un establecimiento de renombre en cuestiones de belleza en el Mayfair de Londres para conseguir haber gastado muy bien su dinero.

»Quizás eso sea... si tienen esa clase de dinero y no le importa desembolsarlo.

»La mayor parte de nuestras lectoras, sin embargo, se estarán diciendo a sí mismas pensativamente que tienen que ganar una quiniela para poder sufragar ese gasto. Pero no. Esta vez se equivocan. Ahora, gracias al «Radar» cada cual, absolutamente cada cual, puede sufragarlo.

El artículo seguía explicando que Radar hizo que sus investigadores descubrieran el secreto de conservar la belleza utilizada en aquel establecimiento y que lejos de costar trescientas libras al año, podría pagarse fácilmente con trescientos peniques. Se proponía compartir con sus lectoras ese descubrimiento.

«Una serie de artículos exclusivos que comenzarán la próxima semana servirán para que «Sunday Radar» revele todo, diciendo a cada mujer lectora cuanto necesita saber para preservar su juventud, como es su derecho.

»Asegúrese su ejemplar del próximo “Sunday Radar”, el periódico que le descubre lo que usted desea saber».

Francis, con la sensación de haber obtenido la mínima información, de mala gana, apartó a un lado la hoja preguntando cuántos artículos semanales del *Radar* sería capaz de vender antes de llegar al meollo de la cuestión. Desde mi punto de vista, sin embargo, el interés yacía en la línea roja que circundaba las fotografías y que luego añadía manuscrito: «¡Clientes!».

Cogió después el otro recorte, algo más modesto en la forma de un panel de doble columna del *Sunday Prole*. Estaba también encabezado con pares de fotografías contratadas, aunque en esta ocasión sólo habían dos parejas y de un formato más pequeño. No eran las damas cuyo pasado y presente se comparaba aquí miembros del cuarteto que pareció en el *Radar*. El encabezamiento esta vez era:

«¡NO HAY EDAD...!».

Y en la línea inferior, la firma: Gerald Marlin. Su artículo comenzaba:

»No ha sido ningún secreto esta semana en Mayfair que cierto establecimiento de belleza cuyo nombre es de dominio casero —aunque casero en los ambientes verdaderamente caros y lujosos—, pagó por daños y perjuicios una cantidad exorbitante antes que exponer sus obras al conocimiento vulgar en los tribunales de la ley... y quizás de tener que responder a preguntas pertinentes en público. Así que las faldillas de seda se han retirado de la contaminación y de la intimidad y quizás incluso hay virtud, preservada a cualquier precio.

»Una alergia es algo pejiguero, dada a revelarse a mí misma de manera inesperada y, en ocasiones, abrumadora. La simpatía de uno debe decantarse por una dama que no sólo tuvo que sufrir una gran incomodidad, sino que es preciso que la sufra a solas, sin el apoyo de un marido cuyos importantes intereses sudamericanos le obligaron a partir bastante apresuradamente hace un año y mantenerle lejos del lecho conyugal durante el tiempo crítico... o, quizás, impedirle regresar en absoluto y también, como nuestra simpatía, ella se merece nuestras felicitaciones. No ha salido mal librada de todo ello.

»Pero una alergia no siempre apena sólo a la afligida: El originador de su causa, puede también estar bien lejos de ser feliz por el efecto, particularmente si este originador es una firma de renombre con una reputación de ayudar a las ricas damas a engañar el paso del tiempo, que, como nuestras fotografías de encima elocuentemente prueban, este

prestigio bajo ningún concepto puede considerarse como innmercido. Ocurrirán, claro, accidentes, pero se prefiere por los establecimientos elegantes que éstos sean conocidos por las menos personas posibles. Por un motivo, es mejor no perturbar a los clientes valiosos y valuales; por otro motivo, todos los comercios tienen su secreto que puede valer la pena acceder a una generosa compensación si con ella se evita tener que admitir en público que la fuente de los no inconsiderables beneficios propios no se trata de un producto exótico de Arabia, y de una substancia sutil de Circasia, sino una simple cosa que puede ser adquirida no muy lejos del hogar, por el mero costo de su recolección y transporte».

Francis Saxover, hartándose un poco del estilo tenso del señor Marlin, saltó los párrafos siguientes hasta llegar al último de ellos:

«La fuente de la incomodidad y la cliente sensitiva, y las precauciones que deberá adoptar contra su ocurrencia, permanecen, a pesar de los por otra parte términos satisfactorios del acuerdo, desconocidas incluso para sí misma. Parece injusto que la dama quede en tal estado de ansiedad, sin saber nunca en qué momento puede encontrar una substancia que la cause una incomodidad que esta vez, en su segunda manifestación, pudiera ser del todo no provechosa. Así, dejando nuestra simpatía con su pena, quizás podamos ofrecerle el siguiente consejo: que evite, si es posible, las playas de Galway. Bueno: pero si tiene que ir a Galway Bay, que evite el bañarse allí; sin embargo, hay circunstancias que le hacen imposible evitar bañarse en Galway Bay, debería a toda costa evitar entrar en contacto con cierto tipo de algas marinas que allí se encuentran. Mientras tome esta simple precaución le será posible disfrutar de su generosa indemnización con tranquilidad, a menos, claro, que ocurra que otros cometicistas sientan la tentación de extraer sus fortunas del alga mágica que se ha probado a sí misma ser mucho mejor de lo que podría valer su peso en oro».

* * *

Después de que hubo terminado su desayuno, Francis rompió su ordinario hábito de dirigirse a su laboratorio y se encaminó, en su lugar, al despacho. Allí, con la mano en el teléfono, dudó qué número llamar y decidió que Diana era improbable que hubiese abandonado su apartamento ya. Fue la justa decisión.

—Gracias por los recortes de periódico, Diana —dijo—. En cuanto no se le ocurra a nadie preguntarse por qué la señora de Wilberry debería ser alérgica a las setas como resultado del tratamiento con algas, quizás funcione bien.

—¡Bah! —exclamó Diana—. Nadie lo hará. Las alergias son demasiado errantes y misteriosas en procedimientos para que nadie se sorprenda. Yo acepto la excepción de «puede». Funciona como una bomba. Todos mis odiados rivales se pasaron completo el día de ayer en el teléfono tratando localmente de descubrir más. El señor Marlin debe haber recibido ofertas de fortunas por detalles. Casi cada revista femenina tiene ya un representante esperándome en el despacho; y la chica de la centralita dice que deberíamos contratar a un loro para que diga: «No hay comentarios» a todos los periodistas y aprovechados que están llamando. Comprendo que hay una encuesta por parte del Ministerio de Agricultura y Pesca con referencia a cualquier permiso expedido a mi nombre por el Departamento de Comercio para importar algas de la República irlandesa.

—Eso es interesante —dijo Francis—. No han tenido tiempo de actuar sobre lo que apareció en los periódicos el domingo. Deben haberlo conseguido de alguna otra parte.

—Cierto —asintió Diana—. Sé de dónde lo consiguió Marlin, pero hace una semana me aseguré de que me llegase a través de tres de mis más discretas chicas en la más estricta confidencia. Ahora podría ya haber llegado a cualquier parte. No va a terminarse nunca la diversión acerca de esto.

—Mire —dijo Francis—, lamento no tomar en consideración su nota irónica en esta etapa, pero debo hacerlo. No creo que sea lo más conveniente decírselo ahora, pero iré hoy a Londres y me parece que deberíamos discutirlo. ¿Podría usted cenar conmigo? ¿Qué le parece el Claridge a las ocho y media? ¿Le conviene?

—La hora sí, pero no el lugar. Ahora es más importante que nunca que su nombre no sea ligado con el mío. Yo seré una mujer marcada mientras esto siga adelante, así que no puede venir aquí. Sugiero que nos entrevistemos en un sitio pequeño llamado El Atomium, de Charlotte Street, No es probable que nadie nos vea allí.

—Sí, parece improbable —asintió Francis—. Muy bien. En el

Atomium, a las ocho y media.

—Bueno —contestó ella—. Estoy impaciente por verle después de todo este tiempo, Francis. Y quiero hablarle y explicarle las cosas mejor —hizo una pausa y luego añadió—: Parecía que... ¿Es muy grave, Francis?

—Sí. Me temo que lo sea —contestó él.

* * *

—Oh, ¿eres tú, verdad? —dijo el editor—. Pareces muy satisfecho de ti mismo.

—Lo estoy bastante —contestó Gerald Marlin.

—Buena cosa, quizás, porque no sé lo que esté yo... contigo, quiero decir. Tuve a Wilkes del *Radar* respirando veneno en mi teléfono. Has alzado toda una campaña que él cocinó.

—Malo... muy malo —dijo Gerald, animoso.

—¿Qué pasó?

—Bueno, como te dije, por lo que han pagado a la Wilberry hay claramente algo que Nefertiti no quiere que se sepa en público... y no me sorprende. Es un pensamiento abrumador, pero en realidad ese grupo hace algo muy notable en bien de sus clientes. De todas maneras conseguí un contacto allí, una doncellita de aspecto inocente, que adora el caviar y el champaña, y que regatea como un tratante en caballos. Decidí que Quaglino's estaría bien e íbamos a ir allí. Entonces vi a una joven que se sentaba en el vestíbulo y miraba a mi contacto con expresión asombrada y luego pretendió no haberla visto. Mi contacto se mostró un poco abatida también, así que pregunté qué había de malo. Me estaba explicando que la otra chica también era de Nefertiti cuando un hombre se acercó hasta ella y la saludó... Freddy Rammer, del *Radar*, si te place. Yo me volví para que no me reconociese y cuando se fueron al interior del restaurante decidimos irnos a cenar a otra parte.

»Bueno, deduje por el panorama que el *Radar* planeaba editar sus propias series de consejos de belleza y sumar dos y dos. Fue todo un golpe. Quiero decir, que habría sido estupendo aguardar una temporada y ver si uno podía hacer algo sobre conseguir los derechos de las algas de Galway Bay. Pero, evidentemente, era imposible esperar tanto, así que puse un cable a una amiga de

Dublin para tener una buena delantera haciendo investigaciones sobre los derechos legales en las algas marinas, según la ley irlandesa.

El editor sacudió la cabeza.

—Probablemente tendrás que hacer tu petición al Papa o por el estilo —dijo—. Probablemente, esto va a ser un asunto muy grave con los irlandeses. Se comen el género.

—¿Qué?

—Se lo comen. Lo llaman «dulce».

Le tocó el turno a Gerald de sacudir la cabeza, aunque no se sabe si en tono de duda o por simpatía hacia los irlandeses.

—De todos modos —prosiguió—, en realidad fue demasiado tarde. No conseguí que el *Radar* nos desbancase, o descubriese su jueguecito. Mi infortunada amiga probablemente ha sido engañada y pisoteada hasta la muerte por ahora. Yo no sé por qué pienso en levantarme temprano para efectuar una reclamación. De Begorra, ese estupendo panorama de Dublín, debe estar esta mañana lleno de gente procedente de la ciudad, dirigiendo sus pasos hacia el oeste, a través de la bruma ondulante.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó el editor.

—Fiebre del oro, muchacho —cantó para sí:

«Oh, hay tanto oro como se me ha dicho en la orilla de Galway Bay... oh...».

—Fíjate —prosiguió—, yo no estoy sin conexiones con varias de las partidas prospectoras. Casi cada fabricante de potingues de belleza del reino —con la destacada excepción de Nefertiti— me telefoneó ayer, queriendo saber más. Hice lo mejor para asegurar un interés participante, pero me temo que hay muy pocas posibilidades. Lo que me retiene de conseguir la fortuna —confió—, es que deben de haber docenas de clases de algas marinas en los bancos de Galway y, francamente, no tengo ni la menor idea de cuál es la clase mágica. Y eso por desgracia es vital. Significa realmente que si el *Radar* identificó la clase, aún pueden seguir por encima nuestro.

El editor del *Sunday Prole* pensó durante un momento y sacudió la cabeza.

—No. Wilkes no habría estallado como lo hizo... pero sin embargo, puede. Quizás piense que también la identificamos y está

manteniéndose indeciso. En cualquier caso sería mejor probarlo. Lo que hay que hacer es descubrir de dónde se saca el material y obtener una muestra. Vale la pena intentarlo. Haría mucho para aumentar el número de lectoras...

* * *

Diana apartó a un lado la roja vela que se interponía entre ellos. A su luz se estudiaron mutuamente. Por último, Francis dijo, en tono curioso:

—Es extraño que el saber sea tan distinto del ver.

Diana siguió mirando sin hablar. Se dio cuenta de que su mano, sobre la mesa, temblaba y la apartó de la vista. Sus ojos recorrieron el rostro de Francis, rasgo a rasgo, despacio. Con un esfuerzo, preguntó:

—¿Está muy enfadado conmigo... Francis?

Él sacudió la cabeza.

—No estoy enfadado. Lo estuve. Cuando lo supe al principio me puse muy furioso en realidad... hasta que empecé a comprender por qué. Cuando lo hube distinguido seguí con la sorpresa, la vanidad herida y la alarma... especialmente de la alarma. Yo sabía que no conseguiría nada escondiéndome tras la cólera. Me estudié a mí mismo; descubrí que catorce años me habían arrancado el derecho a encolerizarme... aunque no el de alarmarme. Eso es lo que sigo estando.

Hizo una pausa, examinó el rostro de ella con tanta atención como la joven hiciera con el suyo.

—Ahora —prosiguió—, ahora me avergüenzo de haberme enfadado. Pero me avergüenzo de mí mismo. ¡Dios mío!, por haber sentido rencor hacia usted; y no haberme visto capaz de prevenirlo. Eso va a ser una mancha en mi mente para siempre. Indeleble e imperdonable. No, no estoy enfadado, estoy humillado. Pero sólo...

Se interrumpió ante un toque de su brazo.

—¿Qué es?

El camarero presentó el menú.

—Oh, más tarde —exclamó irritado—. Traíganos jerez seco. ¿Qué estaba diciendo? —se volvió a Diana.

Diana no pudo ayudarle. Apenas se había enterado de una

palabra de lo que le dijera. Siguieron mirándose uno a otro. Al poco:

—¿No se ha casado? —preguntó Francis.

—No —contestó Diana.

La miró, turbado.

—Debí haber pensado... —comenzó y se interrumpió de inmediato.

—¿Qué debía haber pensado?

—No estoy del todo seguro... yo... yo supongo... ¿importa eso ahora?

—Hasta el punto de que yo no tengo del todo consciencia de que la mayor parte de las mujeres parecen tener la premura del tiempo acosándolas. Pero es que tampoco poseo mucho criterio: Sólo conocía a un hombre con quien realmente deseé casarme —dijo, y luego, con aire de apartarse de lo personal, prosiguió—: He estado preocupándome, en cuestión de hecho, de cómo el matrimonio irá mezclado con el nuevo orden. Una siente que las personas no pueden seguir amándose mutuamente durante dos o trescientos años y que si hay alguna ésta es muy escasa.

—Eso no se mezcla, como usted ha dicho, demasiado bien con el orden presente —observó Francis—, pero la gente se adapta. No veo el porqué no debía adaptarse más tiempo. ¿Quizás se podría instituir matrimonios a plazo fijo, con opciones, como en las explotaciones de terreno?

Diana sacudió la cabeza.

—Es más profundo que eso. Para ser antropológica sobre el caso: el papel primario esencial de la mujer occidental es el de esposa; su estado secundario es el de madre; en la clase media y alta el estado terciario es algunas veces el de compañera... en otras clases el compañero puede quedar a mucha distancia en la lista por debajo y en la mayor parte de las naciones no occidentales apenas alcanza a ellos en absoluto. Pero con la perspectiva de una asociación extendida desde los cincuenta hasta unos posibles dos o trescientos años, es probable un cambio. Me parece casi seguro que el compañerismo iba a alcanzar el estado primario. Y puesto que nuestras opresiones sociales, propaganda popular y toda una parte de nuestro comercio, se dedican ahora a obtener el estado de esposa para nuestras chicas, un cambio al estado de compañera como

objetivo primario causará un infierno de revolución social.

—Por fortuna, eso sería sólo aparente después de un tiempo, o si no tendríamos a casi todas las mujeres jóvenes en contra nuestra de uñas y dientes. El estado de esposa es tan fácil; la naturaleza efectúa la mayor parte del trabajo. No se necesita cerebro, sólo apariencia y se pueden comprar ayudas suficientes para eso. Pero el estado de compañera es mucho más sutil, una tiene que utilizar su carga durante un trencho y no se puede comprar ayuda en tubos y en tarros. No sería en absoluto popular si se percibiese... pero no será. Simplemente no lo creerían si se les explicara. Cada cuál se inclina a considerar su local escenario antropológico como una ley de la naturaleza. Y así tendremos a todos los queridos y pequeños seres insignificantes de todos los esposos y de todos los perezosos de nuestro lado, porque lo único que eperan en una vida mayor son cantidades y más cantidades de tiempo para cantidades y más cantidades de juego de dormitorio.

Mirándola, Francis sonrió despacio.

—Eso es auténtico —dijo—. Diana, querida, hay cosas que casi olvidé acerca de usted.

Diana se quedó inmóvil.

—No hay nada... —comenzó y entonces se detuvo. Parpadeó varias veces—. Yo... —recomenzó. Luego se levantó con brusquedad.

—Volveré dentro de un momento —dijo, toda en una prisa, y ya estaba a mitad del restaurante para cuando Francis pudo recobrase de su sorpresa.

Permaneció sentado tomándose su jerez y mirando sin ver al chal extendido en el respaldo de la silla vacía de ella. El camarero volvió para depositar a su lado un gran menú y otro junto al plato de Diana. Francis pidió más jerez. Al cabo de unos diez minutos regresó Diana.

—Será mejor que decidamos —dijo él.

El camarero garabateó en su libreta y se fue. Hubo un intervalo de silencio que amenazó con prolongarse más. Diana giró la vela roja de modo que la cera gotease por el otro lado. Luego dijo, un poco bruscamente:

—¿Oyó usted el noticiario de las seis?

Francis no lo había oído.

—Entonces, para su información, el Ministerio de Agricultura de la República de Irlanda ha publicado una orden prohibiendo la exportación de algas marinas excepto bajo licencia —hizo una pausa—. Así que vendrán los diálogos ahora sobre si yo he conseguido una licencia de exportación irlandesa. Las licencias serán expedidas presumiblemente cuando se haya decidido el impuesto que esta clase de comercio puede soportar. Habrá mucha diversión para cada cuál.

—Excepto quizás para deshacer a las mujeres que se han vuelto locas esperando milagros de las algas —sugirió Francis.

—Oh, esas no se quedarán muy sorprendidas —le aseguró Diana—. En los periódicos femeninos el milagro es la palabra favorita. Nadie en serio espera que signifique nada. Es una especie de vestir los conceptos y de hacer propaganda de los productos manteniendo floreciente las esperanzas.

—¿Qué es prácticamente lo que espera de esa tontería de las algas? —preguntó él.

—Una operación de diversión —le dijo Diana—. Mis competidores forman un grupo excesivamente crédulo. Les costará bastante tiempo antes de convencerse realmente de que no hay nada en las algas. Mientras las clientes pedirán ansiosas crema de algas, loción de algas, alimento para el desayuno de algas, etc., así que ellos ganarán dinero. Tengo cierto número de preponderantes artículos preparados para colocar aquí y allá. Hay uno que revela que la belleza de las algas marinas es realmente una pieza de conocimiento muy antiguo ahora redescubierta... de hecho el concepto de Venus saliendo de las espumas del mar es realmente simbólico de este uso de las algas en la Grecia primitiva. Bonito, ¿no le parece? Creo que como mínimo aguantará dos años, posiblemente el doble de tiempo, antes de que alguien perciba que no consigue los resultados que se obtienen en Nefertiti. Para entonces, se habrá descubierto que Nefertiti utiliza ahora un aparato electrónico completamente nuevo, funcionando mediante estimulación ultrasónica de las capas celulares de debajo de la epidermis, por lo que restaura la apariencia juvenil de los tejidos; lo que constituye el secreto de una belleza asentada sobre sólidos cimientos. Oh, yo puedo mantener esa clase de cosas durante años, si es necesario. No es preciso que tema la verdadera fuente se

descubra todavía durante largo tiempo.

Francis sacudió la cabeza despacio.

—Ingenioso —admitió—. Pero me temo que es todo inútil, Diana.

—¡Oh, no! —exclamó ella, interesada de pronto por el tono de Francis—. ¿Francis, qué pasó?

Francis volvió a mirar otra vez en torno a la habitación. No reconoció a ninguno de los otros comensales. No tenía vecinos de inmediato y había bastante sonido general en la estancia para cubrir la conversación ordinaria en su rincón. Dijo:

—Eso es lo que yo quería decirle. No me alegra el admitirlo, pero dadas las circunstancias, podría ser peligroso para usted si no fuéramos francos. Conciérneme a mi nuera.

—Comprendo. Zephanie me habló de ella. ¿Quiere decir que Paul decidió contárselo?

—Sí —asintió Francis—. Lo consideró su deber. Se lo contó al día siguiente. No fue, presumo, una ocasión del todo amistosa. Estaban los dos un poco enfadados... con el resultado desgraciado de que no puede recordar cuánto la contó. Pero mencionó la liquenina y a usted.

Los dedos de Diana se crisparon.

—Eso —dijo tensa—, no creo que hubiese sido necesario.

—Oh, toda, la maldita cosa era innecesaria. Pero en apariencia una vez hubo comenzado, sentí que tenía que excusar mi decisión de decírselo a él y a Zephanie solos.

Diana asintió.

—¿Y qué pasó entonces?

—Jane no se lo tomó del todo bien. Pensó en ello durante varios días y parece haber hecho algunas encuestas para su propia satisfacción. Luego vino a Darr para verme —hizo un resumen de la visita de Jane.

Diana frunció el ceño.

—En otras palabras, preparó un asalto. No es una joven muy agradable.

—Bueno —dijo con limpieza Francis—, ella tenía razón al hacerme considerar que es la mujer de mi hijo y que había sido injustamente excluida de un beneficio que se le debió haber ofrecido; pero su forma de abordarlo fue... ejem... poco sobrada de

tacto.

—¿Pero usted lo hizo? ¿La dio la liquenina?

Francis asintió.

—Hubiera sido muy fácil engañarla con cualquier otra cosa durante algún tiempo —admitió—. Pero parecía que con eso se ganaría muy poco. Más tarde hubiera tenido que confesárselo, o lo hubiera descubierto por sí misma; eso quizás simplemente empeorara las relaciones. El daño más serio, creo, había sido ya hecho... la cuestión de que ella lo conocía del todo. Así que le di su dosis. Presumo que usted utiliza la inyección, pero yo la implanto, tabletas solubles, como hice con Paul y Zephanie. Desearla que Dios me hubiese dado las suficientes luces para haberlo utilizado desde el primer momento como inyección...

—No veo que eso hubiese hecho las cosas muy distintas...

—Sí. Cuando ella volvió a casa le dijo a Paul que había estado viéndome... supongo que pensó que era lo mejor; él la preguntó por el vendaje de su brazo. Paul dedujo que clase de sistema habría utilizado su mujer para abor dame y se puso muy furioso al pensar en chantaje. Cuando vio el vendaje supo de una sola mirada que no estaba confeccionado a mi estilo. Ya había entrado en sospechas... algo en los modales de ella, supongo. Insistió en examinarle la incisión y, bueno... el implanto de liquenina no estaba allí.

«Jane siguió obstinadamente protestando de que debió habersele salido cuando se colocaba el nuevo vendaje. Una clara tontería, naturalmente... la incisión había sido abierta, la tableta extraída y luego el corte cerrado de nuevo, con un par de puntos, como lo estuvo antes.

»Pero ella insistió en su historia, pese a lo burda que era. Finalmente se fue al dormitorio y se encerró dentro. Paul pasó la noche en la habitación de huéspedes. Cuando despertó por la mañana ella ya se había marchado... con dos maletas... Nadie la ha visto desde entonces.

Diana pensó durante unos cuantos segundos.

—¿Entonces hay posibilidad de que pudiese haber sido un accidente? —preguntó.

—Ninguna. Los dos puntos debieron haber sido quitados y substituidos. Hubiera sido mucho más inteligente haber insertado una tableta inofensiva y de forma similar, como precaución. Quizás

con toda posibilidad hubiera llevado ella más adelante el engaño.

—¿Pero la implicación es que ella lo consiguió de usted con el fin de llevárselo a otra persona?

—Claramente. Con la mayor probabilidad bajo la promesa de que volvería a ser tratada, una vez descubriesen el secreto.

—Y recibiendo un buen pago, como puede deducirse por su carácter. ¿Cuánto pueden averiguar por una tableta?

—Mucho menos de lo que se piensan, me imagino. Ni usted ni yo fuimos capaces de sintetizar el producto en todo este tiempo. Pero será mejor que presumamos que lo que les contó fue todo cuanto sabe. Por lo menos les proporcionará una línea en la que trabajar.

—¿Sabe acaso de dónde viene?

—No. Por fortuna, no le dije eso a Paul.

—¿Y cuál supone que será el próximo paso de ellos?

—Mirar nuestras importaciones y tratar de rastrear algo de esos datos, me imagino.

Diana sonrió.

—Si son capaces de encontrar un camino a través de esa parte de mis defensas en menos de un año o dos me quedará asombrada —dijo—. En cuanto a Darr, ustedes continuamente reciben paquetes de material raro de todo el mundo.

—Pero desgraciadamente no hay muchos líquenes en ese material —repuso Francis—. Naturalmente, que tuve cuidado y tomé precauciones contra accidentes, pero una investigación intensiva es una materia bastante diferente... —se encogió de hombros inseguro.

—Aún así —dijo Diana—, ¿quién va a identificar la especie particular de líquenes? Le hemos dado un bonito y largo nombre, pero las únicas personas que pueden decir a qué planta pertenece el nombre somos nosotros... usted y yo.

—Si hallan a los cosecheros, entonces no tendrán mucha dificultad en descubrir qué líquenes han estado recogiendo —destacó Francis.

Permanecieron pensativos en silencio mientras el camarero se afanaba y rellenaba sus vasos. Francis lo interrumpió para decir filosóficamente:

—Tenía que venir, Diana. Uno siempre supo que tarde o

temprano así sucedería.

—Hubiese preferido que hubiese sido algo más tarde —dijo Diana ceñuda—, pero supongo lo que sentiría cuando ese momento llegara. Sólo que esa maldita Wilberry y su alergia... No puede ser tampoco alergia común, o ya me hubiese enfrentado a ella antes; pero, sin embargo, ahora no nos puede ayudar —permaneció en silencio durante un momento. Después prosiguió—: Hemos seguido diciendo «ellos». ¿Tenemos alguna idea de quiénes pueden ser?

Francis se encogió de hombros.

—No hay manera. Ninguna firma famosa lo tocaría en las circunstancias actuales. Pero el nombre de Saxover haría que cualquiera, en el comercio, prestara oídos.

—Sí. ¿Supone que no ha de ser del negocio?

—Yo eso diría. No sería probable que Jane pagase una comisión innecesaria a un intermediario.

Diana frunció el ceño. Dijo:

—Cada vez me gusta menos esto, Francis. Habrían maneras de manejar lo que sería fantásticamente provechoso... mientras durara... —emitió una sonrisa triste—. Después de todo, a mí no me fue del todo mal... pero si no se tuvieron escrúpulos... —dejó sin terminar esa frase y continuó—: Una simple filtración era una cosa, pero esto es distinto; quiero decir, si *ellos* no tienen escrúpulos sobre cómo manejar el producto, no los tendrán tampoco cuando estén seguros de que hay una posibilidad de sacar millones y millones.

Francis sacudió la cabeza.

—No serán capaces de retenerlo... quienesquiera que sean —dijo—. Mire lo que acaba de ocurrir sólo simplemente porque se lo dije a mis propios hijo e hija.

—Posiblemente —asintió ella—. Pero lo que quiero decir es que podía también volverse ahora contra ellos, mediante la publicidad. Una vez estén convencidos de que es la cosa verdadera, su modo más rápido de obtener más beneficio es robarlo y también el proceso, si pueden... o, mejor aún, raptar a uno o a ambos de nosotros.

—Es algo en que pensé —contestó Francis—. No se puede encontrar ahora nada en Darr y, si yo desapareciese, la publicación seguiría de manera automática. Me imagino que habrá tomado precauciones similares.

Diana asintió.

Se examinaron uno a otro por encima de las tazas de café.

—Oh, Francis —dijo ella—. Esto es condenadamente tonto y mezquino. Todo lo que queremos hacer es *dar* algo a la gente. Hacer que se convierta en realidad un viejo, viejísimo sueño. Podemos ofrecerle vida, con tiempo para vivirla; en lugar de una rápida lucha por la existencia y un final. Un tiempo para hacerse lo bastante sabios como para construir un nuevo mundo. Tiempo para convertirse en hombres y mujeres adultos en vez de niños muy crecidos. Y, mirémonos... usted atascado por la perspectiva del caos; yo, segura de que tratarán de luchar contra esa perspectiva mediante la supresión. Ambos seguimos en el mismo y viejo terreno que pisábamos.

Se sirvió otra taza de café. Durante casi un minuto estuvo mirándola como si fuese un cristal oscuro. Luego alzó la vista.

—Esto ha ido demasiado lejos, Francis. Ya no lo podemos retener más tiempo. ¿Lo publicará?

—Todavía no —contestó Francis.

—Se lo aviso, empezaré a preparar a mis chicas.

—Podrá hacerlo muy bien —asintió—. Esto es distinto de hacer un anuncio científico que uno sabe que no puede ser desgajado.

—Será desgajado si deciden con bastante escándalo —hizo una pausa—. No, tiene razón usted, Francis, será más efectivo si usted interviene más tarde... pero yo lo he ofrecido.

—No lo olvido, Diana.

—En muy poco tiempo aleccionaré a mis novecientas ochenta damas más extensamente y las soltaré para que peleen. No creo que acepten la amenaza de la supresión tranquilamente —hizo otra pausa y entonces soltó una carcajada—. Lástima que mi militante tía abuela Annie no pueda estar aquí. Se encontraría en su elemento. Un martillo para los escaparates, petróleo para los buzones, escenas en la cámara. Disfrutaría.

—Parece que a usted le agrada —contestó Francis con desaprobación.

—Claro que me agrada —dijo Diana—. Estratégicamente, yo podría hacerlo con más tiempo, pero en persona... bueno, si usted se pasase doce años trabajando, envuelto en persianas rosas, aroma de flores, suaves alfombras, sedas, sueño envueltos con celofana,

intrigando, con los ojos duros, dando manotazos, cínico, apartando a las brujas codiciosas que se mantienen ayudando a otras mujeres a emplear sus secundarias características sexuales para mayor ventaja, usted probablemente estaría muy cerca de cualquier clase de cambio también.

Francis rió.

—Pero se me ha dicho que usted no era una mujer de negocios —dijo.

—Ese aspecto puede tolerablemente ser divertido durante algún tiempo —algún tiempo—, también beneficioso. Pero mientras yo tenga algo que mis rivales solamente ansíen poseer, no creo que me vaya mal. Me refiero, a que si yo poseo en mi salón de belleza un producto que la competencia desconoce y que es efectivo, por fuerza he de triunfar y ganar dinero, ¿verdad?

—¿Y el futuro...? Después de todo quiere usted tener futuro.

Diana dijo ligeramente:

—Tengo mis planes... Plan A, Plan B, Plan C, ahora con eso basta acerca de mí. Quiero saber qué es lo que ha estado ocurriéndole a usted, y a Darr, todo este largo tiempo...

TERCERA PARTE

IX

Diana se detuvo al cruzar el antedespacho en dirección a su propia habitación de trabajo.

—Buenos días, Sarah. ¿Hay algo especial hoy?

—En el correo no, señorita Brackley —contestó la señorita Tallwyn—. Pero está esto. No creo que usted lo haya visto ya. —La entregó abierto un ejemplar de *The Reflector*. Como siempre, parecía más una prueba de entintado de la imprenta que una revista. Masas de cabezas dominando a un caos de cajas enmarcando chocantes normas, cubierto todo por una docena de caras de diferentes tipos y tamaños: En contraste, el anuncio de un cuarto de página señalado por el dedo de la señorita Tallwyn llamaba la atención por su aspecto distinguido.

«¡BELLEZA!», anunciaba. «¡Belleza que dura! ¡Belleza más que superficial! Del mar, gran madre de todas las cosas vivas, les traemos una nueva y más profunda belleza... una belleza con ¡GLAMARE! GLAMARE es encanto recogido del mar y llevado a su propio tocador. ¡Usted captará la verdadera, emocionante y penetrante turgencia del viento marino en GLAMARE!

»De todas las sustancias contenidas en solución en el agua del mar, sólo *una* particular planta marina selecciona, absorbe y concentra las que contienen el secreto de la belleza perenne y profundamente enraizada. Gracias al trabajo de expertos químicos y eminentes especialistas en belleza la milagrosa esencia de esta planta, por lo demás costosa prerrogativa de un mundialmente famoso salón de belleza, es ahora asequible a usted...

»GLAMARE no es superficial. Una sensación de belleza *interior* le...».

—Ah, bueno —dijo Diana—. Precisamente a sólo un mes después del disparo de pistola de la salida. No está mal del todo.

—Según mis informes todas las algas de Galway están aún

ligadas con los intentos del Gobierno irlandés de descubrir cuál es la clase de algas importante y decidir las tasas de impuestos a la exportación que pueden aplicárseles —apuntó la señorita Tallwyn.

—Sarah, querida, ¿cuánto tiempo lleva en este negocio? —preguntó Diana.

—No estoy en el negocio —contestó la señorita Tallwyn—. Soy simplemente su secretaria.

—¿Le interesa apostar a que a los dos días de alzarse las restricciones gubernamentales habrán muchos fabricantes alardeando de poseer en exclusiva las genuinas algas de Galway?

—Jamás juego —dijo la señorita Tallwyn.

—Muchísima gente se cree que no juega —contestó Diana—. Bueno, ¿algo más?

—La señorita Brendon desea verle.

Diana asintió.

—Dígale que suba en cuanto esté libre.

—Y Lady Tewley desea concertar una entrevista.

—Pero... oh, ¿se refiere a conmigo personalmente? ¿Por qué?

—Dijo que se trataba de un asunto particular. Se mostró muy insistente. Provisionalmente la concedí como hora las tres en punto. Si usted lo desea puedo cancelar la entrevista.

Diana denegó con la cabeza.

—No. Confírmela, Sarah. Lady Tewley no insistiría sin un buen motivo.

Diana entró en su despacho. Estuvo atareada con diversas cartas que la señorita Tallwyn había dejado preparadas. Al cabo de un cuarto de hora entró la señorita Brendon.

—Buenos días, Lucy. Siéntese. ¿Qué tal va el Servicio Secreto Brendon?

—Bueno, señorita Brackley, uno de sus interesantes descubrimientos es que no es el único servicio secreto que tiene usted aquí. Creo que debió contármelo... o hablarles a ellas de mí. Ha sido embarazoso en una o dos ocasiones.

—Oh, usted se ha tropezado con la red de Tania, ¿verdad? No se preocupe, querida. Su función es distinta; tiene más de la naturaleza del C.I.D. Pero le diré una palabrita a Tania. No queremos que pierdan ustedes el tiempo investigándose mutuamente. ¿Y qué más?

La señorita Brendon frunció un poco el ceño.

—No es fácil discernirlo —dijo—, con tantas personas que parecen interesadas. Está el tal Marlin del *Prole*. Se me volvió a presentar y me ha prometido cincuenta libras si le consigo una muestra de las algas que usamos actualmente.

—Se pone insistente —intervino Diana—. ¿Cómo sabría que no es ninguna clase de algas?

—Bueno, en su lugar yo empezaría por enterarme de qué clase de algas se crían en Galway Bay y cuáles son comunes a otros lugares. Eso reduciría las especies a unas pocas, de todas maneras. Y si le proporcionábamos otra sabría él al instante que era un intento de engaño.

—Sí, lo pensaré. Adelante —dijo Diana.

—Luego, por él, me he enterado de que la policía se ha interesado. Un inspector ha hecho preguntas acerca de nosotros y de la alergia de la señora Wilberry también. Se llama Averhouse, y según el redactor de sucesos del *Prole* se ocupa corrientemente de los casos de narcóticos y estupefacientes. También le suele acompañar un tal sargento Moyne... y sucede que Averil Todd, que trabaja en la planta principal, ha estado saliendo con un joven apellidado Moyne, que *afirma* militar en el Servicio Civil.

—El *Prole* y la policía. ¿Quién más? —preguntó Diana.

—El del *Radar*, Freddy Rammer, aún sigue trabajando a Bessie Holt que no puede decirle nada, pero aún confía en tirarle de las cuerdas y obtener de él unas cuantas cenas gratis más. Varias otras chicas han conseguido nuevos novios, algunos de ellos están definitivamente relacionados con empresas de cosméticos otros quizás, pero todavía se carece de detalles.

—Vaya hormiguero de curiosidad que hemos despertado —comentó Diana—. ¿Todos desean identificar el alga particular?

—La mayoría —afirmó la señorita Brendon—. Pero no veo por qué se tiene que molestar la policía en ese asunto. Y, de paso, un día o dos después de que el inspector Averhouse la llamara, la señora Wilberry fue a ver a un hombre en Harley Street, aparentemente para un reconocimiento.

—La querida policía, tan convencional. Sin embargo, no creo que debamos preocuparnos por las fisgonerías. Hemos hecho que las chicas sientan un sano temor de Dios acerca de esa clase de cosa, como usted sabe, y el grupo de Tania vigila la posibilidad de algún

tipo de halcón... y no sólo entre el personal —hizo una pausa—. Por otra parte, hay sólo una posibilidad, supongo, de que se imaginen esta vez algo que no sea «camelo». Si puede usted descubrir qué es lo que buscan y eso no se trata de un «farol», me agradecería saberlo.

—Haré cuanto pueda, señorita Brackley —prometió la señorita Brendon, preparándose para levantarse.

Diana la contuvo con un gesto. La miró largo rato y de manera pensativa hasta que la señorita Brendon se puso algo colorada.

—Si no hay nada más... —comenzó a decir.

Diana la atajó.

—Lo hay, Lucy. Algo importante. Ha llegado el tiempo en que necesitare a alguien próximo a mí en quien pueda confiar. Voy a hacerle una oferta. Sé mucho acerca de usted, más probablemente de lo que se imagina. Usted me dijo por qué vino aquí y yo tengo, me imagino, una idea bastante buena de lo que piensa acerca de esta casa. Ahora, quiero contarle algunas cosas que nadie de este negocio sabe, nadie excepto yo, para luego hacerle una proposición.

Diana se levantó y pasó el pestillo en las dos puertas. Volvió a su escritorio y tomó el teléfono.

—No me pase ninguna llamada hasta que le avise, Sarah —dijo, y colgó.

—Pues... —empezó diciendo...

* * *

Justamente a las tres en punto la señorita Tallwyn abrió la puerta para anunciar:

—Lady Tewley, señorita Brackley.

Lady Tewley entró. Era alta, delgada y elegante vistiendo un conjunto de cuero suave de un gris delicado. Todo, desde las puntas de los zapatos hasta la copa de su sombrero, estaba cuidadosamente considerado en cada detalle, más que el coste, y ella acreditaba a todos sus suministradores, incluyendo Nefertiti Ltd.

Diana esperó hasta que la puerta se cerrara. Dijo:

—Janet, querida, me conturbas. Yo sólo tengo que verte y empiezo a preguntarme si yo no habré hecho alguna ligera

contribución a una forma artística, después de todo.

Lady Tewley frunció su naricilla.

—Viniendo de ti, Diana, eso es casi un cumplido. Pero en realidad resulta agradable, ¿verdad? —se miró a sí misma con aprobación— y, después de todo, las desempleadas deben de ocuparse de sí mismas de alguna manera.

Se sentó con gracia. Diana le ofreció la cigarrera y encendió el encendedor de sobremesa. Janet Tewley emitió una nubecilla de humo y se arrellanó un poco. Se miraron mutuamente. Janet Tewley soltó una risita.

—Sé lo que estás pensando, Diana, y es muy halagador que te intereses tanto por ello.

Diana sonrió. Realmente había estado pensando en su primer encuentro, diez años atrás. La Lady Tewley que la miraba a través del escritorio había sido muy distinta. Una chica alta, nerviosa, de veintidós años, buen aspecto, adorable figura y miembros perfectos, sin idea de cómo vestirse, una caricatura de maquillaje, un estilo de peinado profundamente inconveniente y una disposición a aparecer como de dieciséis años, había mirado a Diana solemne y cuidadosamente y terminó diciendo:

—¡Oh, bien! —aparentemente para sí, en un aire ligeramente sorprendido. Diana hizo una mueca casi imperceptible mientras alzaba las cejas.

La chica en cierto modo estaba confusa.

—Lo siento —dijo—. No quería ser grosera. Pero nunca estuve en un lugar como éste antes —añadió con ingenuidad—. Tenía idea que sería dirigido por una mujer de unos sesenta años, pelo teñido, un rostro cubierto de maquillaje, fajas bien apretadas, como una especie de endurecida reina Victoria.

—Pero a pesar de eso —dijo Diana—. Me alegro de no ser un peso en su conciencia. Ahora, ¿qué desea que haga?

La chica dudó brevemente. Luego dijo:

—Una especie de obra a lo Pigmalion —confiada, prosiguió—. Mire, yo... he tomado el empleo de ser Lady Tewley y me parece limpio el desempeñarlo de manera adecuada; pero como no es la clase de cosa que yo esperé jamás, que necesito ayuda. Yo... —volvió a dudar—. No me importó mucho la clase de vida que se me ofrecía. Pensé que podría recurrir a algún profesional,

desinteresado... —dejó la frase pendiente, sin terminar.

Diana tuvo una breve visión de cuñadas y tías aplicándose a sí mismas al trabajo con poco tacto. La chica añadió:

—Debo aprender y creo que podría tener buen aspecto, pero no he tenido el aprendizaje adecuado. No es una cosa en la que tuve tiempo de molestarme mucho.

Diana le contestó francamente:

—Usted con toda certeza puede aparecer muy bien. Creo que es posible hacerlo. La recomiendo buenos guías y preceptores, también lo que usted aprenda de ellos es cosa suya.

—Puedo aprender —repitió la chica—. Lo que pido ahora son unos buenos cimientos en la gramática de todo. Y si no puedo muy pronto derrotar a esas tiquismiquis, entonces me mereceré lo que me pase.

Diana asintió despacio.

—La comprendo —dijo—. Pero no debe subestimarlas. Están en su terreno y tienen una mente bastante fija sobre su vida social... después de todo, poseen lo que han conseguido. Una cosa es hacer su trabajo, pero no lo hará bien si se destroza al mismo tiempo el corazón.

—Yo no me destrozo el corazón. No tengo ambición de ascender. Si la tuviese, la utilizaría en algo que valiese la pena el ascenso —aseguró la chica—. Pero acepté esto y es cosa mía ajustar, no ser un estorbo, eso es todo.

Habló con un deje de amargura. Diana lo advirtió y se fijó en que sus ojos brillaban algo más que antes. Preguntó con curiosidad:

—¿Qué es lo que hacía usted antes?

—Hace seis meses yo era una estudiante de cuarto año de medicina viviendo en una pensión de Bloomsbury —la dijo lady Tewley—. Conocía lo que se requería allí y no sabía que esto resultaría del todo diferente.

Diana calculó durante un momento las circunstancias que yacían detrás del completo cambio de ambiente de la muchacha. Dijo con sinceridad:

—No veo motivo del porqué usted no logre triunfar. De hecho, estoy segura que puede tranquilizarse y decidirse a hacerlo. Pero al final encontrará que no es nada fácil.

—No supongo que lo sea —replicó lady Tewley—. Esa es una de

mis primeras lecciones... una se debe el respeto a sí misma para gastarse en la propia persona buena cantidad de dinero, no hacerlo es simplemente burgués.

—Muy bien, pues —asintió Diana. Y se lanzaron adelante.

Viendo a la lady Tewley actual, impecablemente vestida, con modales exquisitos y segura de sí misma, sonrió un poco al recordar a la muchacha que vino pidiéndole ayuda.

—Interés es la palabra equivocada —dijo—. Agradable satisfacción... y admiración... estaría más cerca.

—Lo acepto todo —admitió Janet Tewley modestamente—. Aunque me dije a mí misma, puedo proporcionar, si se me requiere, una buena imitación.

—¿Pero sigue siendo imitación? ¿No es un cambio?

—Mi querida Diana, tú, de todas las personas, debías conocer una imitación cuando la tienes delante. Eso es lo que solía turbarme mucho acerca de ti. Hice mi imitación porque me casé en circunstancias que lo requerían. Pero, solía preguntarme, ¿Diana hace la suya? Y no pude hallar respuesta.

—¿Solías? —repitió Diana—. ¿Ahora no?

—Bueno, una pregunta que continuamente sigue sin respuesta logra hacerse aburrida, ¿verdad? —dijo evasivamente lady Tewley—. Sin embargo, querrás saber por qué vine.

Diana asintió.

—Me temo que no es muy agradable —continuó Janet—. Nuestro medio bastante elegante y caro está lleno de suciedad monótona que se lleva a la lavandería los lunes, como no puedes por menos de dejar de conocer.

—De modo general, sí —admitió Diana.

—Eso es lo que admiro de ti, Diana. Imagino que prácticamente cada miembro de tu personal conoce hasta los detalles más sórdidos y que tú no te molestas con ellos.

—¿Debiera hacerlo?

—Bueno, considerando que presides este intercambio de murmuraciones... De todas maneras, acepto que todavía no te has enterado de mi asunto con el señor Smelton.

Diana sacudió la cabeza.

Janet buscó en el bolso que conjuntaba exactamente con su atuendo. Al poco sacó un brazalete de oro flexible adornado con

diamantes y lo colocó sobre el escritorio de Diana, en donde relució esplendoroso.

—Bonito, ¿verdad...? Horace Smelton me lo regaló por mi cumpleaños. Es lo que un pescador llamaría el cebo, creo... ¿O debo decir la red? De todas maneras, una de esas cosas que se suponen que a una le hacen brillar los ojos... —la miró reflexiva—. Lo más gracioso es que aunque fue Horace quien me lo dio, lo compró mi marido. Acabo de enterarme. Y fue mi marido quien me presentó a Horace hace un par de meses...

»No quiero hacer de esto un largo relato, pero tu personal probablemente sabe, si tú no, que mi marido y yo hemos estado, bueno, en términos simplemente formales durante casi tres años. En público elaboramos un espectáculo, pero eso es todo. Así que, me pregunté, ¿qué iba a ocurrir?

«A primera vista una puede pensar que quería meterme en un lío con el propósito del divorcio. No es un hombre muy elegante, ya sabes. Pero cuando lo medité más, hubieron varias razones que me indicaron que no lo haría. Así que decidí tratar de descubrir el verdadero motivo. Me pareció que debía haber algo que deseaba descubrir, pero puesto que prácticamente no nos hablamos en privado, no le resultaba bueno preguntarme nada directamente. Bueno, Horace es un hombre muy atractivo, aun cuando sea un reptil, así que yo le seguí el juego... sin animarle demasiado, pero sin rechazarle definitivamente.

Janet Tewley dejó caer la colilla del cigarrillo en el cenicero y encendió otro.

—Para abreviar —prosiguió—. He advertido que de Nefertiti parece surgir con demasiada frecuencia en nuestras conversaciones. Oh, Horace es muy sutil, pero yo estaba al acecho de cualquier tema recurrente, así que probé un truquito o dos y acepté los resultados, alabándolos, de tu descubrimiento de las algas. Él se mostró en su juego muy gentil. Inmediatamente no dijo que ese género de las algas marinas era una soberana tontería; emitió eso más tarde. A su debido tiempo, llegamos en torno a una suposición. Si yo podía obtener muestras de todas las diversas cosas que tú utilizas particularmente en Nefertiti, en especial algo que se inyectara, conocía a gente que de buena gana pagaría un buen precio. Si podía inducir a una de tus chicas a que me dijese algo

sobre tus materias primas, que fuese de valor, también cobraría una buena prima. Si ella pudiese obtenerme incluso pequeños fragmentos de una materia prima en particular, una que se pareciese algo a los líquenes, pagarían en realidad una pequeña fortuna.

»Cuando pensé en eso recordé que Alec, mi marido, era íntimo amigo de quien es director de Sandworth Chemical Products Limited.

Janet hizo una nueva pausa y sacudió gentilmente la cabeza.

—De hecho, Diana, tengo la impresión de que el chasco ya está casi demasiado alto.

Diana la miró con serenidad.

—¿El chasco? —preguntó.

—Querida, te conozco desde hace años —dijo Janet—. En todo ese tiempo ambas hemos cambiado notablemente poco, ¿no te parece? Además, estudié medicina cuatro años, como recordarás. Posiblemente soy la única cliente tuya que estudió esa ciencia. Interesante. De hecho, prefiero pensar que si no me equivoco en lo que creo, podría empezar de nuevo. Es agradable tener buena ropa, etc., pero el coste de esa clase de vida es bastante más alto de lo que me apetece. Además, a la larga sería muy aburrido, ¿no lo crees?

Diana mantuvo tranquila su mirada.

—¿Cuánto tiempo piensas en lo que piensas? —preguntó.

Lady Tewley se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, querida, en parte porque es tan difícil de aceptar. Lo mejor que puedo decirte es que mis sospechas se solidificaron en convicción hace tres años.

—¿Pero no se lo dijiste a nadie?

—No. Me sentía fascinada. Quería ver lo que pasaría. Después de todo, si yo tenía razón, poseía tiempo en abundancia para esperar; si estaba equivocada, de todas maneras, no importaba. Te conozco, Diana, confío en ti. No había razón real para que me entrometiera... hasta ahora. Puesto que actualmente la tengo, irrumpo, claro, con mis preguntas.

Diana la miró. Janet Tewley había acomodado sus modales al medio ambiente con demasiado éxito como para desarreglar nada, excepto quizás mostrando una cierta laxitud graciosa. Diana sonrió

y consultó el reloj.

—Muy bien —asintió—, pero sólo media hora, en este instante.

—Entonces, primero una pregunta cardinal —dijo Janet—. ¿Acaso la acción retardadora va seguida de una correspondiente aceleración si se interrumpe el tratamiento?

—No —respondió Diana—. El metabolismo simplemente regresa a su marcha normal.

—Es un alivio. He estado algo preocupada por la idea de que algún día pudiera pasar de la mediana edad a la senilidad en el plazo de cinco minutos. Me preguntó por qué no le he detectado...

Las preguntas se sucedieron durante más de media hora hasta que el sonar del teléfono las interrumpió. Diana lo cogió.

La voz de la señorita Tallwyn dijo:

—Lo siento, señorita Brackley. Sé que no quería que se la molestara, pero la señorita Saxover está en la línea, por tercera vez. Dice que es algo muy urgente e importante.

—Muy bien, Sarah. Ponme con ella.

Diana contuvo con un gesto a lady Tewley que se preparaba para irse.

—Hola, Zephanie. ¿Qué ocurre?

—Se trata de Darr, Diana —la voz de Zephanie sonó clara—. Papá pensó que no era prudente que te llamara él en persona.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido un incendio. El ala de vivienda prácticamente se quemó toda. Papá escapó de milagro.

—¿Pero se encuentra bien? —preguntó Diana ansiosamente.

—Oh, sí. Logró subirse al tejado del ala y cruzar al cuerpo principal. Lograron aislar el fuego en la dependencia primera, pero está ansioso de que sepas que la policía cree que el incendio fue provocado.

—Pero ¿quién podría haberlo hecho? No hay objeto en...

—Dice que la policía piensa que primero probablemente habría habido un intento de robo y que el incendio fue provocado después para taparlo. Dicen haber encontrado rastros de eso. Es imposible, claro, saber qué es lo que se han llevado. Pero quiero decirte que no te preocupes por lo que tú ya sabes. No había nada allí que tuviera que ver con ese asunto.

—Comprendo, Zephanie, está bien. Pero tu padre. ¿Estás segura

de que no se halla lastimado?

—No, de verdad, Diana. Dice que todo lo que le pasó fue un arañazo en la rodilla y estropearse el pijama.

—Gracias a Dios —exclamó Diana.

Al cabo de unas cuantas frases más colgó el teléfono con una mano que temblaba levemente. Durante casi medio minuto miró fijamente a la pared opuesta hasta que un movimiento de Janet Tewley la hizo volver en sí.

—Hay demasiados acercándose en exceso —dijo para sí—. Es tiempo de movernos... No, no te vayas, Janet. Tendré un trabajo para ti. Aguarda un minuto...

Volvió a tomar el teléfono.

—Sarah, ¿recuerda aquel paquetito que está en un rincón de la caja fuerte grande...? sí, ese. Encontrará que está lleno de cartas. Ya están dirigidas y estampilladas. Por favor, procure que sean echadas al correo inmediatamente. Deben salir esta noche.

Se volvió a Janet Tewley.

—Aquí es donde tiramos de la manta —dijo—. Esas cartas son invitaciones a mis clientes y a algunos periodistas a una reunión el próximo viernes por la tarde... En total, más de un millar. He tratado de hacerles ver que es importante y urgente, pero por desgracia ha tenido que ser una carta circular... lo que significa que algunas personas no le harán caso y otras pensarán que se trata de algún nuevo reclamo publicitario. Ahora, tú conoces a una gran cantidad de clientas socialmente. Lo que te pido es que hagas correr el rumor de que deben hacer caso a la carta y venir. Haré que las chicas de abajo ayuden también. Pero si tú lo haces desde el exterior tendremos más peso.

—Muy bien —asintió Janet—. ¿Pero cuál es el rumor? No querrás que la cosa verdadera se divulgue antes de la reunión, ¿verdad?

—Oh, claro que no. No, será mejor que de momento mantengamos lo de las algas. ¿Qué te parece hablar de nuestro trabajo aquí que se ve amenazado, con nuestras clientas en peligro de verse privadas de nuestros servicios, porque los irlandeses están estudiando el impuesto a imponer a nuestras algas especiales y que piensan que sea tan alto que el Departamento de Comercio reusa aprobar las divisas diciendo que son tarifas extorsionadoras? Así

sería una reunión de protesta contra las leyes discriminadoras respaldadas por intereses rivales y encaminadas a privar a Nefertiti y a sus clientes de sus beneficios especiales. ¿Te parece bien algo siguiendo estas líneas?

Janet asintió.

—Eso creo. Hay espacio para el bordado. Las insinuaciones de que el Departamento de Comercio o el Banco de Inglaterra están dominados por intereses rivales. Es todo parte del oscuro complot elaborado por gente a la que no le importa un ardite lo que les ocurra a tus clientas mientras ellos ganen el control sobre Nefertiti Ltd. y tus secretos comerciales. Sí, creo que agitará un cierto sentido de lucha contra la injusticia.

—Perfecto pues, Janet. Ponlo en marcha. Yo prepararé una filtración con mi personal... eso es mucho más efectivo que decirlo directamente... y esperemos que el viernes tengamos el salón completo.

X

Un coche negro sedán les pasó y cortó por delante. Un panel llevando encendida la palabra «Policía» y el brazo del conductor señalando, les hizo comprender que debían detenerse.

—¿Qué diablos...? —exclamó Richard mientras frenaba.

—No estábamos haciendo nada malo, ¿verdad? —preguntó azorada Zephanie.

Un momento después de detenerse otro vehículo paró a su lado, una furgoneta sin letrero alguno. La puerta más próxima de la furgoneta se abrió y salió un hombre. Miró a la trasera.

—¿De acuerdo, Charlie? —llamó.

—Está bien —respondió una voz.

El hombre se metió la mano en el bolsillo. Al mismo tiempo abrió de un tirón la portezuela del lado de Richard, y sacó una pistola.

—¡Fuera! —ordenó.

La portezuela opuesta se abrió igual de súbitamente. El otro hombre dijo a Zephanie:

—¡Fuera!

—A la furgoneta —añadió, adelantando el arma.

Zephanie abrió la boca para hablar.

—¡Cállese! ¡Entre! —fue la nueva orden.

Se oyó una fuerte detonación de la pistola en el lado de Richard.

—¿Ve? Funciona. Vamos ya —dijo el primer hombre.

Richard y Zephanie, cada uno con una pistola apretada contra la espalda, se vieron conducidos a la parte trasera y obligados a entrar en la furgoneta. Los dos tipos subieron tras ellos y cerraron la puerta. Todo sucedió en medio minuto.

La habitación era grande. Los muebles resultaban anticuados, cómodos, pero ajados. El hombre que se sentaba tras el escritorio tapizado en cuero había girado la lámpara de modo que diese su luz directamente a los ojos de Zephanie, dejando a su propio rostro formando un pálido manchón en las sombras. Ella estaba en pie algo a su derecha, teniendo cerca a uno de los hombres de la furgoneta, aunque algo detrás. Richard estaba plantado un poco a la izquierda, las manos atadas a la espalda, un pedazo de esparadrapo cruzándole la boca y con el otro tipo alerta tras él.

—No hay malicia en esto, señorita Saxover —dijo el hombre del escritorio—. Simplemente quiero alguna información de usted y trato de conseguirla. Será mucho más agradable para cada cual si responde a mis preguntas sincera y llanamente —hizo una pausa, la cara semi-borrosa aún vuelta hacia ella. Prosiguió—: Su padre ha efectuado un descubrimiento muy notable. Estoy convencido de que sabe a qué me refiero.

—Mi padre ha hecho una infinidad de descubrimientos importantes —contestó Zephanie.

La mano izquierda del hombre tamborileó en el escritorio... El que se hallaba junto a Richard cerró el puño y propinó un corto y potente gancho al estómago del joven. Richard emitió un quejido apagado y se dobló hacia adelante.

—No perdamos tiempo —dijo el hombre del escritorio—. Usted me dirá a qué descubrimiento me refiero.

Zephanie miró en su torno desvalida. No se movió pero dos manos por detrás la aferraron poderosamente por los antebrazos. Dio un taconazo hacia atrás. El individuo se apresuró a pisarla sin contemplaciones su otro pie. Antes de que la joven pudiera recobrarse, el granuja le había despojado de sus zapatos y arrojado bien lejos.

El del escritorio volvió a tamborilear con la izquierda. Un puño se estrelló contra la cabeza de Richard.

—No deseamos hacerle daño, si eso puede evitarse —dijo el hombre del escritorio—, pero no nos importa mucho hasta dónde podemos llegar con su amigo. Sin embargo, si a usted tampoco le importa, la cosa le será también muy desagradable para el pobre chico y tendremos que recurrir a los métodos directos con usted, señorita. Y si sigue obstinada, nos veremos obligados a persuadir a

su padre para que nos lo diga. ¿No cree que si el doctor Saxover recibiese el anillo que lleva usted puesto... con el dedo dentro, claro... se mostraría ganoso de cooperar? —hizo una nueva—. Ahora, señorita Saxover, va usted a hablarme del descubrimiento al que me refiero.

Zephanie apretó los dientes y sacudió la cabeza. Hubo otro golpe sordo a su derecha y un gemido. La joven tembló. Un golpe más.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, basta! —gritó.

—Está en sus manos —dijo el del escritorio.

—Usted se refiere a... vivir más tiempo... —dijo desesperada.

—Así está mejor —la contestó—. Y la droga usada es un extracto de... ¿qué? Por favor, no me diga de las algas. Sólo serviría para hacer más daño a su amigo.

Zephanie dudó inquieta. Vio cómo la mano izquierda del hombre iniciaba el gesto de tamborilear.

—Liquen. Es un liquen —le dijo.

—Perfectamente bien, señorita Saxover. Ya ve cómo sabe las respuestas. Ahora, ese liquen en particular, ¿qué nombre tiene?

—No puedo decírselo —contestó ella—. No, no, no le pegue. No *puedo* decírselo. No tiene nombre propio. No está clasificado.

El hombre del escritorio meditó y decidió aceptarlo.

—¿Qué aspecto tiene? Descríbalo.

—No puedo —contestó Zephanie—. Nunca lo he visto —se estremeció al oír el batir de otro golpe—. ¡Oh, no... no! No *puedo* decírselo. Oh, basta. Tiene que creerme. ¡No lo sé!

El hombre levantó la mano izquierda. Los golpes cesaron y sólo se oyeron los gemidos de Richard y su respiración llena de estertores. Zephanie no se atrevió a mirarle. Continuó encarada al escritorio, las lágrimas corriéndole por las mejillas. El hombre abrió un cajón y sacó una tarjeta. Tenía muestras de una docena o más clases de líquenes pegadas al cartón.

—¿Cuál de estas clases se le parece más? —preguntó.

Zephanie sacudió la cabeza desvalidamente.

—No lo sé. Se lo aseguro. Nunca los vi. No *puedo* decírselo. Oh, Richard. Oh, Dios. ¡Basta, basta! Papá dijo que era un *imperfectus*. ¡Eso es todo cuanto puedo decirle!

—Hay cientos de líquenes *imperfecti*.

—Lo sé. Pero eso es todo lo que puedo decirle. Se lo juro.

—Muy bien. Dejaremos eso de momento y nos dedicaremos a otra pregunta. Me gustaría que usted, teniendo presente que no sabe casi nada de lo que yo sé acerca de mis métodos y que éstos comportarían desagradables consecuencias para su amigo, me gustaría, repito, que usted me dijera... ¿de dónde obtiene su padre esos líquenes...?

* * *

—No, se encuentra bien... físicamente. No la hicieron daño —dijo la voz de Francis—. Pero, claro, está muy conmovida y apenada.

—Pobre Zephanie, me lo imagino —afirmó Diana por teléfono—. ¿Cómo está el joven... Richard?

—Con una gran paliza encima, me temo. Zephanie dice que cuando recobró el conocimiento estaban tumbados en la hierba de la cuneta junto al coche, que se hallaba donde lo dejaron. Estaba amaneciendo y el pobre Richard parecía una enorme masa de carne. Un granjero vino y entre los dos lo transportaron al coche y ella le llevó después al hospital. Los médicos dijeron que parecía peor de lo que estaba en realidad. Ha perdido unos cuantos dientes, pero no padece ninguna herida grave, es cuanto podían decir sin haberle visto por rayos X. Así que Zephanie vino sola a Darr. La dificultad principal reside en su estado anímico. ¿Pero qué podía hacer? No sabía cuándo la pillaban en una mentira o cuándo ellos genuinamente no conocían la respuesta. Y cada vez que mintió, pegaron a Richard. No dudó de que también la habrían golpeado si hubiese retenido algo.

—Pobre criatura. ¿Cuánto les dijo? —preguntó Diana.

—Casi todo lo que sabía, según creo... excepto lo de su participación, Diana... puesto que ni una sola vez salió a la conversación.

—¿Pero ellos saben de dónde lo obtenemos ahora?

—Sí, me temo que sí.

—Oh, querido. La culpa es mía. Nunca debí habérselo dicho. Espero que eso no sea el comienzo de una seria dificultad. Sin embargo, no se puede evitar. Trate de tranquilizarla cuanto pueda. Supongo que no sabrá ni por asomo quiénes son esos granujas ni a

qué grupo pertenecen.

—No hay manera de saberlo —admitió Francis.

—Es improbable que sean amigos de su nuera, ¿verdad? Si lo hubieran sido mi nombre habría salido a la luz. Puede ser cualquier grupo. Parece que hay media docena en la pista ahora, sin contar a los periodistas y la policía. Se lo voy a decir a las clientes y a la prensa en la reunión del viernes, ya lo sabe. Me parece que de todas maneras no podríamos retenerlo más que unos pocos días.

Hubo un silencio al otro extremo de la línea telefónica.

—¿Sigue aún ahí? —preguntó Diana.

—Sí —contestó la voz de Francis.

—Mire, Francis, no quiero aprovecharme de esto. Usted lo sabe. *Ambos* lo descubrimos. ¿No quiere permitirme que lo divulgue?

—Continúo opinando que es mejor que no... no al principio.

—Pero...

—Pero...

—Querida, ahora es cuestión de táctica. Lo que usted está haciendo es francamente iniciar un sensacionalismo a nivel popular. Va a ser examinado por gente responsable como un anuncio de su empresa, un golpe publicitario.

—Posiblemente, aunque sólo al principio... pero no por mucho.

—Sigo pensando que sería de más valor mantenerlo en reserva.

Diana guardó silencio un instante.

—Muy bien, Francis. Pero deseo... oh, bueno.

—Diana, tenga cuidado... de usted misma, quiero decir. Mucha gente va a tomarse mucho trabajo en esto ahora.

—No se preocupe por mí, Francis. Sé lo que me hago.

—No estoy muy seguro de eso, querida.

—Francis, esto es por lo que he estado laborando. La idea de un antigerone debe superarse. Tienen que exigirlo...

—Muy bien. Ya es demasiado tarde ahora para detenerse. Pero, le repito, por favor, tenga cuidado, Diana...

XI

En la mañana del sábado Diana abordó una pila de periódicos con una avidez como la de una estrella reciente después de su primera noche de estreno. Mientras continuaba su labor, sin embargo, su ansiedad vaciló.

The Times no tenía nada... bueno, apenas se esperaba que aquellos sesudos varones se ocupasen del caso. Nada tampoco en el *Guardian*. Ni en el *Telegraph*... que era un poco raro; bueno, había habido una asistencia de títulos en la reunión. Un parrafito en la página femenina del *News Chronicle* mencionaba que una famosa especialista de belleza de Mayfair había anunciado un nuevo tratamiento, pretextando eficacia desusada en la preservación de la belleza juvenil. El *Mail* decía:

«Si el ejemplo de un famoso salón de belleza del West End, que ha anunciado su nuevo tratamiento con la rimbombancia de un modisto mostrando la colección de la temporada, va a ser ampliamente seguido, prevee un tiempo en que tendremos que ser tratados a compás de los desfiles de modas de otoño y primavera de modo que nuestros rostros sigan la moda de las temporadas».

El *Express* observaba:

«La modestia nunca fue una cualidad característica del negocio de los cosméticos y ciertamente tampoco existió en la afirmación hecha por una conocidísima experta ayer cuando se dirigió a un público de la élite de Mayfair. No hay que negar lo mucho que puede hacerse y se hace en bien del rostro de la hembra y de su figura, consiguiendo con esto que el mundo sea más agradable, pero las promesas exageradas pueden dar como resultado únicamente una oleada de desencanto que romperá sobre la cabeza de quien la provoca».

Un párrafo en el *Mirror* bajo el encabezamiento: «¿DESPUÉS DE

LAS ALGAS?», comentaba:

«Aquellos de nuestros lectores que se hayan visto desencantados por los milagrosos poderes atribuidos a las algas, aunque hasta ahora no demostrados, no han de abandonar la esperanza. Ayer vino otra noticia caliente (del mismo salón de belleza de alta categoría), diciendo haber encontrado la fórmula del encanto irresistible. Se pretendió afirmar que el nuevo tratamiento es todavía más impresionante... de hecho, ya no se trata de las algas, aunque no está claro qué producto es el que lo produce, pero costará de unas dos a trescientas libras el hacerse aplicar el tratamiento para ver luego lo que ocurre».

El *Herald* mostraba su interés a lo largo de líneas semejantes:

«¿UNA ADOLESCENTE A LOS CUARENTA?

«Las mujeres que tienen la suerte de haberse casado con una buena cuenta corriente se alegrarán hoy. Del perfumado Mayfair viene la buena noticia de que las puertas de la juventud eterna les serán abiertas al coste de unas tres o cuatrocientas libras por año. Sin duda, con la presente distribución de la riqueza en la nación los capitalistas que hayan lanzado esta empresa se alegrarán también. Muchos sentirán que hay medios de los que ocho libras a la semana pueden producir más beneficio a la comunidad que esto, pero mientras dure el presente gobierno conservador...».

Y el *Sketch*:

«Sólo se es joven una vez, dicen. Pero, según una experta en el negocio de belleza, eso queda anticuado. La señorita moderna puede ser joven dos veces, o tres... si así lo desea. Todo cuanto tiene que hacer es pedir la ayuda de la ciencia... y pagar las cantidades astronómicas, claro. Por nuestra parte, tenemos una idea de que la misma oferta se hacía antes de que la ciencia lo hubiese pensado, y probablemente las mismas condiciones».

—Muy desencantador —dijo la señorita Tallwyn, con simpatía—. Si al menos usted hubiese sido capaz de darles algo de valor noticiable.

Diana la miró con fijeza.

—¡Santo cielo, Sarah! ¿Qué quiere decir? ¡Esta es la mayor noticia desde... desde Adán!

La señorita Tallwyn volvió a sacudir la cabeza.

—Las noticias y el valor noticiable no es lo mismo —dijo—. Han decidido que esto es un asunto publicitario, me temo. Y no hay nada que aterrorice más a la prensa británica que el riesgo de proporcionar un anuncio gratis.

—Es que precisamente han pretendido a propósito no comprenderlo. La mayor parte de los clientes sí que lo entendieron. Y, Dios, sabe que lo dije con bastante claridad —protestó Diana.

—Usted ha vivido con eso largo tiempo, está acostumbrada. Ellos no. En cuanto a las clientes... bueno, muchas de ellas deben haber estado ya preocupadas un poco, ya sabe, de un modo u otro... estaban preparadas para una explicación, deseándola de hecho. ¿Pero y los periodistas? Bueno, póngase en su lugar, señorita Brackley. Ellos se han quedado al descubierto y en presencia de lo que parece ser una conferencia publicitaria sobre la belleza, buena para un párrafo o dos en la página femenina. Yo no digo que usted no haya hecho que algunos piensen un poco y que quizás también haya preparado el terreno. ¿Pero cómo se cree que ellos van a conseguir hacer pasar por el tamiz de un editor tozudo lo que usted realmente les ha dicho? Lo sé. Experimenté esa misma dificultad hace algún tiempo. Lo que usted ahora necesita es algo sensacional...

—Por Dios, Sarah. Si lo que les he dicho no es...

—Sensacional, en el sentido periodístico, quiero decir. Un buen y rápido directo a las emociones superficiales. Lo que usted les proporcionó era simplemente algo que debe calar; una buena cantidad de implicaciones que tardarán tiempo en ser acusadas.

Diana dijo, algo más esperanzada:

—Quizás era necio esperar una explosión inmediata. Pero todavía han de venir los días de fiesta. Habrán tenido más tiempo para darse cuenta... Y podría ser muchísimo su clase de asunto, ¿verdad? No me importa *cómo* lo manipulen, mientras no lo ignoren. Y entonces, claro, están los semanarios femeninos, y las revistas mensuales... Algunas están *destinadas* a tener en cuenta esa cosa, seguramente...

Pero tal y como resultaron las cosas, Diana no tuvo que esperar ni los días de fiesta ni los suplementos dominicales ni a las revistas semanales, porque fue en la tarde del mismo día, poco después de haber cerrado el mundo financiero, que la Compañía de Seguros

Threadneedle & Wertern declaró una moratoria en el pago de anualidades y de primas de ahorro, hasta posterior aviso. Describieron el paso como «una medida puramente temporal tomada con pesar en espera de la opinión legal sobre las obligaciones de la compañía en los casos en que hubieran sido empleados medios para alargar el término normal de vida».

En la opinión de muchos, particularmente de los accionistas de la «T. & W.» y de cierta otra Compañía de Seguros, temporal o no, era una condenada medida a tomar.

—¿Por qué? —murmuraron voces indignadas—, ¿...por qué esos tozudos del consejo de administración no han cerrado la boca en público?

Aun cuando no hubiese nada en ello, no les podía haber costado mucho mantenerse en silencio hasta que hubieran *tomado* la opinión del consejo.

El lunes, Threadneedle & Wertern abrió a cinco chelines menos. Un rumor corrió por el mercado de que cierta persona de categoría había oído la afirmación en el National Liberal Club, la noche anterior, de que era ya una parte importante la función del médico prolongar la vida amenazada con la extinción y que se practicaba diariamente, fracasando por entero al ver que no había objeto de formular ninguna pregunta. Ni Dios, ni la Ley, se daban cuenta de que existiese una obligación para justificar las cifras sobre él de un actuario de seguros. Mientras el término «su vida natural» podía crear alguna especulación referente a la naturaleza de la «vida antinatural», la vida proseguía, para el hombre razonable, significando que su existencia no había terminado por la muerte.

Las acciones de las Compañías de Seguros bajaron todavía más.

Discusiones sobre si había algo en esta «extensión de la vida» se alzaron con energía, pero inseguras. Empezó a extenderse la sensación de que todo el asunto había sido exagerado sobremanera.

Las acciones de las Compañías de Seguros se estabilizaron.

Tres compañías menores siguieron el ejemplo de la Threadneedle & Wertern y anunciaron su moratoria. Así que quizás había más de lo que cada cual se pensara.

Las acciones de las Compañías de Seguros empezaron de nuevo a bajar.

Sobre las dos de la tarde, en una última edición de un periódico

nocturno, en su página financiera se decía:

«El anuncio de una moratoria temporal en ciertos pagos de la Threadneedle & Wertern ha conducido a unas condiciones desajustadas en la bolsa de Londres. Los Seguros abrieron vacilantes y bajaron cada vez más. Más tarde se produjo una ligera revigorización y las acciones se serenaron, siendo la tónica dominante de unos chelines más bajas. La fidelidad, sin embargo, no duró y, más tarde, los precios volvieron a caer.

»El paso extraordinario dado por Threadneedle & Wertern se atribuye a un anuncio hecho el pasado viernes por la señorita Brackley, que controla los conocidísimos salones de belleza del West End de Nefertiti Ltd., y en cuyo anuncio pretendía que había logrado un progreso definitivo en disminuir la marcha natural de deterioración orgánica que conduciría a un aumento perceptible en las cifras actuales estimadas para la duración de la vida.

»El hecho de que esta pretensión evidentemente ha recibido atención más seria de los círculos actuariales de lo que parecía probable se concediera a cualquier anuncio emanado de una fuente tal se atribuye probablemente al hecho de que la señorita Brackley es una científica, con honores bioquímica obtenidos en la Universidad de Cambridge, que pasó varios años en un trabajo avanzado de investigación bioquímica antes de dirigir su talento hacia el desarrollo de su notablemente triunfador negocio en un campo en donde la competencia es notablemente fuerte y la costumbre probervialmente pretenciosa...».

Un joven, frunciendo el ceño ligeramente, destacó este párrafo a su colega.

—En otras palabras, ella ha conseguido probablemente algo. «Aumento perceptible en el plazo de vida», no nos dice mucho, pero parece lo bastante como para alarmar a Threadneedle y a los demás. Creo que podríamos vender estas General Eventualities antes de que la cosa se ponga fea.

No fue una decisión aislada.

La cosa se puso fea.

The Times restringió sus comentarios a la página financiera y los efectos en las acciones de seguros. Sin especificar la causa, reprobó a aquellos que habían permitido que su criterio se viese dominado por el pánico a causa de rumores insustanciales y por tanto animara la reacción en cadena del miedo en lo que normalmente era una de

las secciones más estables del mercado.

El *Financial Times* era más factual, pero también precavido. Deploraba al mismo tiempo el efecto de un anuncio posiblemente responsable, pero dirigía la atención al notable aumento en acciones de productos químicos, particularmente las acciones ordinarias de la United Commonwealth Chemicals, que se efectuó aproximadamente al mismo tiempo que los seguros empezaron su segunda declinación. El *Express*, el *Mail*, el *News Chronicle* hacían todos referencia a las pretensiones de la señorita Brackley, pero mantenían una cuidadosa vaguedad en los detalles... allí había, por ejemplo, carencia absoluta de sugerencia acerca del incremento de vida; sólo una proposición indefinida de que la gente podía ser capaz de vivir algo más... y en cada caso se daba a la proposición una semi-indiferente posición de escasa validez en la página femenina.

El *Mirror*, sin embargo, había hecho algo mejor. Había descubierto que la señora Joseph MacMartin (o señora Margaret MacMartin, como preferían llamarla), esposa del presidente del Consejo de Administración de Threadneedle & Wertern, era cliente de Nefertiti con ocho años de antigüedad. Imprimía su propia fotografía de la señora MacMartin junto con una que afirmaba había sido tomada diez años atrás. La falta de diferencia era impresionante. Debajo se decía:

«No tengo la menor duda acerca de la sinceridad de las pretensiones de la señorita Brackley. Ni estoy sola en esto. Cientos de mujeres cuyas vidas han sido revolucionadas por su descubrimiento le están tan agradecidas como yo». Aún así, de nuevo se veía una falta de inclinación a particularizar detalles de las pretensiones.

El *Telegraph* había entrevistado a lady Tewley, que en apariencia dijo, sin duda entre otras cosas: «La naturaleza no se muestra justa con las mujeres. Florecemos con trágica brevedad. Por lo tanto, la ciencia que ha transformado al mundo se ha descuidado, pero ahora viene la señorita Brackley como una mensajera del Olimpo, ofreciéndonos lo que cada mujer desea... largo verano de plena madurez. Parece probable que esto conducirá a una caída en la presente media de divorcios».

Diana llegó al sábado garantizando solicitudes para entrevistas.

La presión creciente, sin embargo, la hizo abandonar su principal modo de abordar las cosas y concertar una conferencia de prensa a gran escala. Era una reunión que empezó con gran contenido de cinismo, animosidad y cierta dosis de antagonismo. Ella se dio cuenta y cortó sus palabras de introducción para decir:

—Miren, yo no promoví esta reunión. Fueron *ustedes* quienes se mostraron ganosos de entrevistarme. No trato de venderles nada. Me importa muy poco si creen en lo que yo diga o si dejan de creerlo. Eso no produce ninguna diferencia a los hechos. Si les gusta irse y de manera inteligente lavarse las manos en ello, pueden hacerlo... aunque serán sus caras las que se enrojeczan, no la mía. Pero, por el momento, sigamos. Ustedes hagan las preguntas: Yo responderé a algunas.

Nadie convence a un cien por cien de una reunión de periodistas y el éxito queda más debilitado cuando ese alguien rehúsa responder a varias preguntas cruciales. No obstante, cuando los representantes de los periódicos se dispersaron, varios parecían más subyugados y pensativos de lo que lo estaban cuando llegaron.

Era difícil decir cuál de los periódicos dominicales lo había rechazado, y cuál lo había considerado indigno de perturbar sus páginas ya preparadas. Alguno hizo mención precavida de ello, pero ni el *Prole* ni el *Radar* tenían dudas de su legibilidad, en sus últimas ediciones cambiaron el formato y fueron a vociferar la noticia. ¿ACASO UNA MUJER QUIERE VIVIR DOSCIENTOS AÑOS? preguntaba el *Prole*. ¿CUANTAS VIDAS QUIERE USTED TENER?, preguntaba el *Radar*. «La ciencia, no contenta con turbar a los estadistas del mundo con la bomba H, ahora nos enfrenta con el mayor problema humano de todos los tiempos», anunciaba. «De los laboratorios viene la promesa de una nueva era para toda la humanidad... una nueva era que, para algunos, ha comenzado ya... con el descubrimiento del antigerone. ¿Cómo afectará a *ustedes* el antigerone?». Y así, para terminar con un párrafo pidiendo una declaración inmediata del gobierno referente a la posición de los jubilados ante las nuevas circunstancias.

«El antigerone (decía el “Prole”) es sin duda el más grande avance de la ciencia médica desde la penicilina. Es otro triunfo de la inteligencia británica, de la iniciativa y del saber hacer. Ofrece a ustedes una vida mayor con todas sus facultades; esto es algo que

tiene que afectar a toda nuestra existencia. Probablemente afectará a la edad del matrimonio. Con una vida más larga ante ellas, las chicas no tendrán el mismo incentivo de casarse en la adolescencia. En el futuro las familias probablemente serán mayores y más extensas, también. Muchos de nosotros seremos capaces de tener a nuestros tataranietos en brazos, quizás incluso a sus hijos. Una mujer no será considerada una matrona a los cuarenta años y esto tendrá un grandísimo efecto con toda seguridad en las modas...».

Diana, ojeando las columnas con una triste sonrisa, se vio interrumpida por el timbre de su teléfono.

—Oh, señorita Brackley, aquí Sarah —dijo la señorita Tallwyn, un poco excitada—. ¿Tiene usted puesto la radio en la emisión doméstica?

—No —contestó Diana—. Estaba leyendo los periódicos. Estamos en camino, Sarah.

—Bueno, creo que debería escucharla, señorita Brackley —dijo la señorita Tallwyn y colgó precipitada.

Diana encendió la radio. Una voz creció, diciendo:

—... saliendo de su propia provincia, cometiendo un acto de agresión en los reinos que son el territorio administrativo de Dios Todopoderoso. A los otros pecados de la ciencia, que son muchos, se añade ahora éste del orgullo y de la arrogante oposición a la expresa voluntad de Dios. Permitidme que les lea de nuevo el pasaje: Salmo 90: «Los días de nuestra edad son setenta años; que si en los más robustos son ochenta años, con toda su fortaleza es molestia y trabajo; porque es cortado presto y volamos».

»Esta es la ley de Dios, porque es la ley de la forma que Él nos dio. Nuestro fin, no menos que nuestro principio, es una parte de su sistema para nuestras vidas. “El hombre, como la hierba son sus días: florece como la flor del campo”, dice el salmo 103. Fíjense en eso: “como la flor del campo”; *no* como la flor de algún huerto científico.

»Ahora la ciencia, con su vanidad impía, desafía los designios del Arquitecto del Universo. Se alza contra el plan de Dios para el hombre y dice que puede mejorarlo. Se propone a sí misma como nueva ternera de oro, en el lugar de Dios. Los pecados de los hijos de Israel son iguales como cuando se escribió sobre ellos: “Así desfilaron con sus propias palabras y se hundieron con sus propias

invenciones”.

»Incluso los crímenes y pecados de los físicos se convirtieron casi en veniales ante la afrenta de los hombres que perdieron a Dios en sus almas y que se creyeron capaces de desafiar sus designios. Esta satánica tentación ahora pende ante nosotros y debe ser rechazada por todos quienes teman y respeten las leyes divinas y es deber de los hombres de buena voluntad y juicio claro ver que los débiles de entre nosotros sean protegidos de su locura. Es indispensable que las leyes de esta tierra cristiana deban aceptar este ataque flagrante contra la naturaleza del hombre tal y como fue creado por Dios...».

Diana escuchó pensativa hasta el final. Casi de inmediato un himno siguió al sermón y el teléfono tornó a sonar. Apagó la radio.

—Oh, hola, señorita Brackley. ¿Lo oyó? —dijo la señorita Tallwyn.

—Claro que sí, Sarah. Muy agitatorio. Hace a una pensar si curar a los enfermos y viajar más de prisa de lo que puede hacerse de pie son interferencias pecaminosas con la naturaleza del hombre también, ¿verdad? De todas maneras, me imagino que no va a ser posible anular la cosa ahora. Gracias por avisarme. No me vuelva a llamar, Sarah, voy a salir. Supongo que no habrá nada más hasta los periódicos de mañana.

XII

El «Rolls» de Diana se detuvo ante Darr House más a la manera de un yate de crucero al llegar a puerto. Por causa de sus propias preocupaciones Diana se había olvidado de las dificultades de allí y miró hacia el ala familiar con desalentado recuerdo. Muchos escombros interiores habían sido ya despejados y montones de material de construcción en el jardín lateral indicaban que ya se había iniciado la tarea de reconstrucción, pero que con certeza no quedaba parte habitable de lo que restó en pie. Volvió a poner en marcha el coche y se encaminó hacia el aparcamiento y garaje. Había sólo otro vehículo allí, con la capota abierta mientras que una joven con pantalones estaba atareada mirando el motor. Sin más sonido que el rechinar de la grava bajo sus pisadas, Diana se situó junto a ella. La joven alzó la vista sobresaltada y emitió una risita al ver el «Rolls». Diana preguntó por el doctor Saxover.

—Se ha trasladado a los apartamentos de la cochera, *protem* —contestó la chica—. Creo que está ahora en ellos. Cielos, ¡qué coche! —añadió con envidia, mientras miraba cómo se iba Diana. Puso más atención—. Mire, ¿no he visto su foto en el *Sunday Judge* de esta mañana? Usted es la señorita Brackley, ¿verdad?

—Sí —admitió Diana con un leve ceño—. Pero le quedaría muy agradecida si no hablase de esto. Prefiero que no se sepa que he estado aquí... y creo que el doctor Saxover opinará lo mismo.

—Está bien —asintió la joven—. No es asunto mío. Pero, por favor, dígame una cosa: eso de la antigerone de que tanto habla la gente... ¿es, bueno... es lo que se dice?

—No he leído lo que opina el *Judge* —contestó Diana—, pero espero que sus redactores lo hayan tomado tal y como es, aunque sea a grandes rasgos.

La chica la miró sombría durante un momento. Sacudió la cabeza.

—En ese caso no me gustaría nada estar en el pellejo de usted... a pesar del «Rolls». Pero, buena suerte. Encontrará al doctor Saxover en el apartamento 4.

Diana cruzó el patio, subió por unas escaleras familiares y llamó a la puerta.

Francis abrió y se quedó mirando a su visitante.

—¡Santo cielo, Diana! ¡Qué hace aquí! Entre.

Diana pasó a la salita de estar. Desordenados y por doquier habían seis o siete ejemplares dominicales de periódicos. La habitación le pareció más pequeña de como la recordaba y menos ascética.

—Yo solía tenerlo todo blanco y arreglado. Creo que me gustaba mejor así. Sepa usted, Francis, que éste fue el apartamento que ocupé antaño —dijo, pero el científico no la escuchaba.

—Querida —empezó—, no es que no me alegre de verla, pero hemos estado teniendo mucho cuidado en que no se nos relacionara... y ahora, precisamente en estos momentos... Ya habrá leído los periódicos de hoy, claro. Realmente no fue prudente, Diana. ¿La vio alguien?

Ella le habló de la chica del garaje y de cómo la avisó. Francis pareció interesarse.

—Será mejor que vaya yo a verla y me asegure de que lo ha comprendido. Perdóneme un instante.

Diana, sola, se acercó a la ventana practicada en la antigua pared de la cochera, para mirar al invernadero. Aún estaba allí, pensativa, cuando regresó Francis.

—Creo que no pasará nada —dijo—. Es una buena chica, trabajadora y experta en química. Es como usted solía ser; cree que Darr es un sitio donde hacemos cosas, no una agencia matrimonial.

—¿Piensa que es como yo solía ser? —preguntó Diana.

—Oh, claro, usted era una de las más seguras trabajadoras... —entonces se le ocurrió algo sorpresivamente y se interrumpió para mirarla de soslayo—. ¿Qué ha querido decir?

—Bastante poco ahora. Todo pasó hace mucho tiempo, ¿no? —contestó ella. Se volvió para mirar de nuevo al invernadero, luego a la puerta que daba acceso al pequeño dormitorio. Dijo—: Es raro, debería odiar Darr, pero en vez de eso le tengo cariño. Nunca fui tan desgraciada como ahí... Ahí dentro —señaló hacia la puerta—,

es donde solía llorar solita hasta dormirme.

—Querida, no tenía la menor idea... Siempre creí...

—Pero ¿por qué? ¿O es una pregunta indiscreta? Usted era muy joven.

—Sí. Era muy joven. Resulta penoso para la juventud ver cómo se deslustra su mundo. A algunos cuesta mucho tiempo comprender que el deslustre es superficial; que afecta a la apariencia, pero, si no hay nada peor, los valores pueden persistir.

—Nunca fui muy bueno hablando en metáfora —observó Francis.

—Lo sé, Francis. Pero yo nunca fui buena desnudando mis emociones. Las emociones de la juventud son dolorosamente impacientes. Ansian la perfección absoluta y no son del todo humanas hasta que su cuenta caritativa se ha incrementado. Así que dejémoslo estar, ¿eh?

—Muy bien —accedió Francis—. No creo que fuera eso lo que la trajo aquí.

—Aunque parezca raro, en cierto modo sí. Pero la cosa que me trajo *ahora* aquí es la probabilidad de que no tendré mucha oportunidad de venir más tarde. Parece que en un inmediato futuro estaré muy atareada.

—De veras que sí. De hecho, yo diría que «atareada» es una palabra muy pobre para aplicarla a los resultados de dar un puntapié a un nido de avispas.

—Sigue creyendo que es una manera mezquina y vulgar de hacerlo, ¿verdad, Francis?

—Reconozco que no es la manera probable en que yo lo habría hecho. ¿Está satisfecha de esto? —con la mano señaló en un gesto vago a los arrugados periódicos.

—En total y como principio, sí —contestó Diana—. He organizado mi cuerpo de guardia... mis muestras vivientes. El siguiente paso es hacerlo llegar a la masa antes de que trate de anularlo y si la forma de abordarlo es vulgar y estúpida, bueno, esa es la opinión que tiene el editor de sus lectores.

—Lo curioso es —dijo Francis—, que en casi todos los casos parece asumir: A) que todos sus lectores son mujeres, y B) que ellas solas van a ser las beneficiarias.

Diana asintió.

—Me imagino que esto se debe en parte a mi lanzamiento de todo el asunto desde Nefertiti, en parte a la psicología práctica... y también un poquito a la precaución: uno puede, si es preciso, dar un brochazo a un artículo decantado hacia las mujeres más fácilmente que al destinado a llevar noticias de confianza a los hombres. Y ocurre también que la psicología es cierta. La llamada es más inmediata.

—Si usted sugiere que las mujeres están ansiosas de vivir más y que a los hombres eso no les importa, disiento absolutamente —objetó Francis—. No creo que les guste morir más que a las mujeres, por raro que le parezca.

—Pues claro que no —contestó Diana impacientemente—, pero no sienten de la misma manera. Un hombre puede temer mucho a la muerte, pero en general no tiene *rencor* a envejecer y morir como lo tenemos las mujeres. Es como si la mujer viviera... bueno, en términos más inmediatos con la vida; consigue conocerla más íntimamente, si usted me comprende. Y me parece también que el hombre no se ve tan constantemente asediado como la mujer por pensamientos acerca del tiempo y de la edad. Generalizaciones, claro, pero creo que válidas en cuanto a un término medio. No me sorprendería encontrar una conexión entre eso y la mayor susceptibilidad femenina al misticismo y a una religión que prometa una vida tras la muerte. De cualquier forma, este factor de *resentimiento* hacia el envejecimiento y la muerte es fuerte. Así, por tanto, lo es también la disposición a aferrarse a cualquier arma que sirva contra esos dos estados.

»Eso conviene muy bien a mi propósito. Tengo mi cuerpo de guardia de mujeres que lucharán por su derecho a usar una antigerone. Se anuncia ahora a millones de mujeres más que lo exigirán y cualquier intento para retenerlo provocará un útil e inflamatorio elemento de sugestión de que «ellos» —el gobierno masculino— tratan de oprimir a las mujeres denegándolas vidas más largas. Puede que eso no sea lógico, pero no creo que la lógica vaya a tener mucha importancia. Por eso es por lo que dije «sí» —concluyó Diana.

Francis contestó con aire de infelicidad:

—No puedo recordar ninguna fábula particular que se aplique con exactitud, pero estoy convencido de que debe haber alguna en

la que alguien muestra a la población un delicioso y apetitoso pastel, muerde una rebanada y luego dice que lamenta que todos no puedan tener una ración, puesto que desgraciadamente no hay bastante para la concurrencia; y entonces, claro, el público se lanza sobre él y le hace pedazos.

—Pero ellos querían el pastel —comentó Diana—, así que marcharon a palacio y arrojaron piedras contra los balcones y prometieron que nacionalizarían a todos los cocineros del reino y se asegurarían una ración regular de pastel para cada cual.

—Lo que, sin embargo, no sirvió para recomponer otra vez al pastelero —añadió Francis y la miró con expresión apenada.

—Querida, usted está decidida a seguir a su manera. Nada puede detenerlo ahora. Pero tenga cuidado, tenga cuidado... Me pregunto si, después de todo, no debía...

—No —dijo Diana—, todavía no, Francis. Usted tenía razón antes. La oposición todavía no está organizada. Espere un tiempo hasta ver cómo va en el campo. Si no parece demasiado bueno, entonces traiga su artillería científica para resistir desde las cumbres.

Francis frunció el ceño.

—No estoy seguro de cuáles son sus intenciones, Diana. ¿Se ve a sí misma marchando a la cabeza de un monstruoso regimiento de mujeres? ¿Dirigiendo masivas manifestaciones? ¿O quizás el espíritu de su tía abuela la tienta para verse a usted misma sentada en el Banco Delantero de la Cámara de los Comunes, con los pies descansando sobre la mesa? ¿Es poder lo que ansia?

De nuevo Diana sacudió la cabeza.

—Confunde usted los medios con el fin, Francis. No quiero *dirigir* a esas mujeres. Sólo las utilizo —engañándolas, si así quiere usted establecerlo. La idea de una vida más larga tiene para ellas una inmensa llamada superficial. En su mayoría no tienen noción de lo que realmente va a *significar* para ellas. No ven aún que las hará madurar... que simplemente no les será posible seguir durante doscientos años llevando esa vida fútil y frustrada de la mayor parte de las mujeres; nadie podría soportarlo...

»Ellas piensan que les ofrezco más de la *misma* vida. Y no. Las engaño.

»Toda mi vida he estado viendo a mujeres potencialmente

brillantes dejando desperdiciar su cerebro y su talento. Podría llorar por tamaño despilfarro; por lo que pudieron haber sido y por lo que pudieron haber hecho... Pero démosle doscientos, trescientos años y o bien tendrán que emplear esos talentos para mantenerse cuerdas... o suicidarse de aburrimiento.

»Y se aplica también casi tanto a los hombres. Dudo que los más brillantes puedan desarrollar todas sus potencialidades en unos meros setenta años. Los listos que amasan dinero se aburrirían de reunir capital para sí mismos después de sesenta o setenta años de hacerlo y enfocarán su listeza o algo más útil. Se convertirán en seres de provecho. Habrá tiempo... tiempo al fin para realizar *grandes cosas*...

»Se equivoca si cree que ambiciono poder, Francis. Todo lo que deseo hacer es ver que el *homo diuturnus* nazca como sea. No me importa lo inconveniente que es, lo diferente; *debe* tener su oportunidad. Si se precisa de una cesárea para alumbrarle, no importa. Si los cirujanos no quieren ayudar, entonces yo seré la comadrona principal y operaré en persona. ¡El *único* avance en millones de años, Francis! ¡*No será aplastado... no lo será*, cueste lo que cueste!

—Hemos llegado ya más allá de eso, Diana. Incluso si ahora fuese suprimido, sería redescubierto y lanzado de nuevo antes de mucho. Usted ya hizo el trabajo. No hay necesidad que se precipite en el peligro personal.

—Volvemos a nuestra diferencia básica, Francis. Usted cree que puede hacerse a su propia manera: yo creo que tendremos que enfrentarnos a la oposición. Esta misma mañana oí un sermón por radio... —le contó la tesis del predicador—. Son las instituciones luchando por sus vidas lo que me da miedo —y añadió—: Eso podría retrasarlo durante un siglo o más.

—Está usted arriesgando demasiado... doscientos cincuenta años de su vida —contestó Francis.

—No es digno suyo, Francis —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. ¿Desde cuándo alguien calculó los riesgos en términos de los años que posiblemente podría vivir? Si eso va a ser un sub-producto, sería mejor que suprimiéramos nosotros mismos a la liquenina. Pero no creo que lo sea.

Francis entrelazó los dedos y se los miró.

—Diana, al correr los años desde que comencé Darr mucha gente ha trabajado aquí, centenares de personas ya. Vienen y se van. La mayoría no deja ningún recuerdo. Otros nunca son olvidados. Algunos fueron autosuficientes; por otros uno sentía... una especie de responsabilidad. Claro, la responsabilidad se siente por todos los que están aquí, pero para la mayoría es un deber; para unos cuantos es más personal... a diferente nivel. Y una vez se siente esa clase de responsabilidad no cesa simplemente porque deje de ser directa; bailotea siempre, quizás calladamente hasta que algo la provoca y la despierta, también es posible que de manera irracional, pero sin embargo, ahí está. Es como si de unas pocas personas una hubiese tenido cierta influencia, quizás sin intencionalidad, lo que la instala en un rumbo particular y que por tanto adquiere una cierta responsabilidad por lo que suceda más adelante. Eso es lo que siento ahora.

Diana se miró los pies, pensativa.

—No veo el porqué —dijo—. Claro, si usted se hubiera enterado de que yo sabía algo acerca de la liquenina, así podría ser. Pero usted no lo supo.

—No —admitió Francis—. Por tanto nada tiene que ver con ello nada consciente. Tenía que ver, o tiene, con usted misma; algo que parece haber sucedido a usted cuando estaba aquí. No sé lo que fue, pero lo sentí.

—No ha hecho mucho en todo este tiempo acerca de eso, ¿verdad? —dijo Diana.

—Quien consigue el éxito que usted ha conseguido no necesita de ayuda o de consejos —destacó él.

—¿Pero cree que ahora sí?

—Sólo le aconsejo precaución en lo concerniente a su seguridad personal.

—Vaya, después de todo este tiempo, se acuerda ahora —observó Diana con brusquedad.

Francis sacudió la cabeza.

—Lamento que lo considere una intromisión. Pensé que usted comprendería.

Diana alzó la vista y le miró a la cara.

—Comprendo —dijo con súbita amargura—. Comprendo muy bien. Usted es un padre sintiendo un responsable interés por su hija

—su boca tembló—. ¡Maldito sea, maldito sea, Francis, maldito sea!
¡Oh, Dios, sabía que debía mantenerme alejada de aquí!

Se levantó y volvió a acercarse a la ventana. Francis la miró la espalda. Las arrugas de su frente y el ceño se hicieron más profundas. Por último dijo:

—Yo era mucho mayor que usted.

—Como si eso importara —exclamó Diana sin volverse—. ¡Cómo si eso hubiera importado *jamás*!

—Lo bastante mayor como para ser su padre...

—«Era», dijo usted. Incluso si lo fue... por lo que importaba... ¿lo es usted ahora? ¿No lo comprende, Francis? Entre nosotros, hemos cambiado incluso eso. ¿Cuán mayor que yo es usted ahora?

Francis siguió mirándola la espalda, pero con una nueva y azorada expresión en sus ojos.

—No lo sé —dijo despacio, e hizo una pausa—. Diana... —empezó.

—¡No! —irrumpió Diana. Se dio la vuelta—. ¡No, Francis, no! No *quiero* permitirte que uses eso. Yo... yo... Se interrumpió y huyó a la habitación interior.

XIII

Los periódicos dominicales habían roto el dique. El lunes se encontraron los siguientes titulares:

¿AUN ENCANTADORA A LOS OCHENTA? (*Mirror*)

¿ADOLESCENTES SIEMPRE? (*Sketch*)

ATRÁS LA ANCIANIDAD. (*Mail*)

PRIORIDAD PARA LA PATRIA Y LA GENTE. LA ANTIGERONE CREA PROBLEMAS MORALES. (*News*)

NINGÚN PRIVILEGIO PARA LOS RICOS. (*Trumpeter*)

NUEVA FORMA DE ABORDAR LA EDAD. (*Guardian*)

Casi a solas, *The Times* pareció dar al asunto mayor consideración antes de pronunciar su juicio.

Sin ningún motivo particular, excepto que estaba a mano, Diana cogió primero el *Trumpeter* y leyó su editorial:

«No es menos que un escándalo nacional que los conservadores hayan permitido que el mayor descubrimiento de la época sea desarrollado por una empresa privada y explotado a tarifas más allá del alcance de cualquiera excepto de los multimillonarios. La idea de que los que pueden pagar vivirán más que los que no pueden es un ultraje a la gente y a la democracia, y a todo el concepto del bienestar estatal. El “*Trumpeter*” exige, en nombre del pueblo, que el Gobierno nacionalice inmediatamente a la antigerone. No debe seguir siendo el privilegio de unos pocos ni un momento más. Pedimos limpia participación para todos. Las existencias de antigerone deben ser requisadas, los centros de tratamiento instalados en hospitales y el público deberá tener tarjetas dándoles derecho a un tratamiento gratis bajo los auspicios del Seguro Nacional de Enfermedad. Compartirlo, ese debe ser el santo y seña. Y si acaso sale alguna prioridad debe ser para las familias de los obreros que producen la riqueza de este país...».

Y el *Mail*:

«Nuestro mayor interés está, naturalmente, en los ancianos. Ellos

deben tener la prioridad que les dé unos años más de vida. Sería una mancha indeleble sobre la nación y su honor si los jóvenes pudieran apoderarse de esta nueva droga maravillosa para sí mientras que los hombres de edad murieran más pronto por faltarles. Un orden estricto de prioridades empezando por los ancianos y del todo libre de la influencia de la riqueza o posición, debería ser trazado de inmediato...».

Y el Telegraph:

«Ni el principio de “Los primeros que lleguen, primero serán servidos”, ni la supervivencia al clamor de unas secciones organizadas de la comunidad darán la guía adecuada en la manipulación de la última maravilla científica que, si los primeros informes se confirman, acaba de aparecer en nuestro país. Debe, claro, hacerse asequible a todos. Roma, sin embargo, no se construyó en un día y el problema de distribución en una manera que servirá mejor al interés nacional hasta que los suministros se efectúen para alcanzar las demandas, necesita una grave consideración. No puede haber la más leve duda de que las fortunas de la nación dependen en mucho de la sabiduría y experiencia de aquéllos que dirigen nuestras políticas económicas y tienen el timón de nuestras mayores industrias. Es capacidad suya preveer lo que como regla general les ha alzado hasta sus posiciones presentes, pero incluso esa habilidad debe estar hasta cierto punto controlada por el conocimiento de que, a menudo, no estarán vivos para recoger los frutos. Si, sin embargo, su espectación de la vida pudiera ser extendida...».

Y el Mirror:

«“¿Qué?”, las mujeres de todo el país se están preguntando a sí mismas hoy: “¿Qué se sentirá no siendo sólo joven en el corazón a los sesenta, o a los setenta, sino joven en rostro y figura también?”.

»Bueno, primero, eso va a significar muchos años en los que uno podrá enfrentarse al espejo con confianza y sin la pregunta acuciante en el fondo de su cerebro: “¿Estoy perdiendo su amor como perdió mis rizos?”.

»Y, también, significará más confianza. ¿Cuán a menudo se habrán dicho ustedes: “Si al menos hubiese sabido lo que sé ahora cuando era más joven”? Bueno, en el futuro que la antigerone tiene para nosotros, no necesitará decirse eso una vez más; tendrá juventud, más experiencia, una llamada que es simple y sofisticada al mismo tiempo».

La Gazette:

«¡Una vida mayor para usted... GRATIS...!

»Sets afortunadas lectoras del «Gazette» estarán entre las primeras en entrar en la nueva época. USTED podría ser una de ellas y recibir el último tratamiento de antigerone absolutamente gratis... Todo lo que tiene que hacer es colocar en el orden adecuado los siguientes doce beneficios de una vida mayor, según su opinión...».

Diana ojeó el resto de los periódicos y meditó sobre ellos durante algunos minutos. Luego tomó el teléfono y marcó.

—Buenos días, Sarah —dijo.

—Buenos días, señorita Brackley. Me alegro de que utilice la línea particular. La centralita está atestada desde que abrimos. La pobre Violet está volviéndose loca. Cada periódico, cada pez gordo del país y prácticamente todas las organizaciones comerciales, según mi opinión, tratan de ponerse en contacto con usted de inmediato.

—Dígale que no acepte más llamadas —ordenó Diana—. ¿Quién está de servicio en el vestíbulo?

—Hickson, según creo.

—Bueno. Bien, dígame a Hickson que cierre las puertas y que no entre nadie excepto las clientes citadas, o miembros del personal. Que le ayude alguien si es preciso y en caso de que se reúna una multitud fuera, que llame a la policía. Coloquen en las puertas a los conductores y empaquetadores, sacándolos de sus puestos habituales y en la entrada posterior. Se pagarán salarios dobles.

—Muy bien, señorita Brackley.

—Y, Sarah, ¿quiere hacer que la señorita Brendon se ponga al teléfono?

Al poco se oyó la voz de la señorita Brendon.

—Oh, Lucy —dijo Diana—. He estado mirando los periódicos. Todos lo enfocan de un modo u otro. Lo que quiero saber es lo que la gente realmente piensa y dice sobre ello. Quiero que usted seleccione chicas inteligentes del personal y las ponga a la tarea. Tendrán que ir a los cafés, tabernas, bares, cafeterías, lavanderías, si prefiere, allá donde la gente hable y que vean lo que realmente pueden sacar. Prepárense entre ustedes para conseguir si es posible un buen fuego cruzado. Vuelvan a las cuatro y media para informar. No escojan a nadie que aparentemente tenga propensión a beber en exceso. Yo arreglaré las cosas para que reciban cuatro libras cada

una para gastos de la señorita Trafford. ¿Entendido?

—Sí, señorita Brackley.

—Bueno. Adelante, pues, y saquen cuanto puedan. Dígale a la señorita Tallwyn que me ponga con la señorita Trafford, por favor.

Arregló varios asuntos financieros con la señorita Trafford y luego a hablar con la señorita Tallwyn.

—Creo que será mejor que me mantenga apartada hoy, Sarah.

—Seguro que sí —aprobó la señorita Tallwyn—. Hickson dice que ya hay media docena de personas en el vestíbulo negándose a marchar hasta que la vean. Creo que es una especie de sitio, lo que se disponen a hacer. Va a ser cosa difícil a la hora de almorzar.

—Vea si puede arreglar que el personal entre y salga por las puertas de la casa contigua. No quiero enviarlas a casa porque si algunas clientes logran llegar hasta nosotros deben sentirse confiadas de que todo va bien aquí, dígase lo que se diga en el exterior. En cuanto sea posible, las cosas deben marchar como de ordinario.

—Sí —dijo la señorita Tallwyn dudosa—. Haré cuanto pueda.

—Confío en usted, Sarah. Si me necesita me podrá localizar aquí, por el número privado.

—Espero que no traten de llegar hasta usted en el apartamento, señorita Brackley.

—No se preocupe, Sarah. Tendremos a dos agentes muy grandotes y bien pagados. Buena suerte por su parte.

—Eso espero —finalizó la señorita Tallwyn.

* * *

—No es ético —se quejó el director gerente.

Miró en su torno al grupo sentado en la usual conferencia matutina de Appeal Arts Limited.

—Cuatro veces ha insistido en que esa mujer abriese cuenta con nosotros y cada vez la respuesta fue la misma: No tiene intención de ganar mucho dinero, el mercado en masa no le interesa, ella depende de la recomendación personal. Yo diría que está predispuesta a quererse extender algún día y nosotros estábamos en una excelente posición para planear una campaña en su favor; mientras, tenemos excelentes recomendaciones personales en

diversos niveles y yo la ofrecí un juicio de alta categoría hecho por una persona de renombre. Pero no, gracias, contestó; tengo todos los clientes que puedo manejar, dijo. Yo comencé la observación ordinaria de o extenderse o morir, pero siguió negando. ¡Y ahora miren esto! ¿Quién tiene poder sobre ella? ¿Quién maneja sus cuentas publicitarias... diablos, las ha estado manejando? Miren los periódicos de hoy. ¡Todo género gratis... además!

—Bueno, quienquiera que lo haga la ha colocado derechita en el... ejem... fango, de todas maneras —afirmó el gerente de cuentas—. No tiene el estilo de ninguno que conozca. ¡Qué porquería! ¡Yo diría que es cosa de un aficionado!

—Sería mejor que le encontrásemos y lo contratáramos —sugirió alguien—. No es ningún tonto, como debemos admitir.

El director gerente rezongó.

—El objeto de esta agencia es promover a sus clientes en sus intereses, no destruirlos y hacer que sus nombres sean odiados. La publicidad puede ser notoriedad, pero sólo hasta ahí; y esto ha ido un poco más lejos —dijo, con frialdad—. Quienquiera que lo hizo es una amenaza para la profesión entera. Podría trastornar toda la fe del público en la integridad de los publicitarios. Destilar esperanzas y fe es una cosa; clamar por milagros sangrientos es otra.

El miembro más joven del grupo se aclaró la garganta con desconfianza. No venía de Oxford y llevaba con la firma poco más de un año, pero era sobrino del director gerente y los rostros se volvieron hacia él con atención.

—Me preguntaba... —comenzó—. Bueno, quiero decir, todos damos por garantizado que esto es enteramente falso. Después de todo, prácticamente cada periódico de esta mañana... —dejó en suspenso la frase, desanimado por las expresiones—. Sólo es una idea... —terminó débilmente.

El director gerente sacudió la cabeza con tolerancia.

—No se puede esperar captar todos los ángulos en pocos meses, Stephen, ya lo sabes. Es inteligente, lo admito, pero es la clase de inteligencia que vuela en pedazos a uno. Si no te importa admitirlo; no es *ético*.

Telegrama a la Secretaría:

«Señor: En una reunión especial de urgencia del Consejo General de la Hermandad de los Funerarios Ingleses celebrada hoy se aprobó por unanimidad la siguiente resolución: Que este Consejo dirigirá al Gobierno el profundo interés de los Miembros de la Hermandad con referencia a la antigerone. El uso de esta droga, si se permite, no dejaría de causar una escasez en la demanda de los servicios de esta profesión, conduciendo a un grave problema de desempleo entre sus miembros. La Hermandad seriamente apremia que se den los pasos para obligar a suspender la fabricación y la administración de la antigerone considerándolo como operación ilegal».

* * *

—Yo... ejem... bueno, quiero su opinión acerca de mi edad, doctor.

—Señora, no estoy aquí para halagar a mis pacientes, ni para jugar a deducciones con ellos. Yo sugiero que si carece de copia de su certificado de nacimiento, la solicite al juzgado.

—Pero podría haber algún jaleo. Quiero decir, hay confusiones, ¿verdad? Podía no ser realmente mi partida de nacimiento, o que alguien hubiese cometido algún error al inscribirme, ¿verdad?

—Es posible, pero improbable.

—Es igual, doctor, me gustaría estar segura. ¿No podría...?

—Si esto es alguna especie de juego, señora, yo no soy jugador.

—Bueno, en realidad, director...

—Llevo treinta y cinco años ejerciendo, señora. Y en todo ese tiempo ninguno de mis pacientes que no fuese senil ha estado en duda acerca de su edad. Ahora, esta mañana, *dos* señoras vienen a mí preguntándome cuán viejas son. Esto es absurdo, señora.

—Bueno... pero, quiero decir, coincidencia...

—Además, resulta imposible. Lo mejor que podría hacer es simplemente una aproximación. Apenas mejor que la deducción de un profano que no sea médico.

—¿Eso es lo que le dijo usted a la otra señora, doctor?

—Yo... ejem... sí, a grandes rasgos.

—Seguramente, pues, no se negará a darme también una información a grandes rasgos, ¿verdad, doctor? Quiero decir, que es

bastante importante para mí...

* * *

—Tres cafés, por favor, Chrissie... Digo, amigos, que esto se está poniendo un poco serio, ¿verdad? La gente hablaba este fin de semana de que las cosas volverían a animarse hoy. Pero el sábado por la mañana una buena cantidad de individuos se preguntaba por qué estaban tan excitados el viernes.

—Oh, había una especie de aire pesado al abrir. Duró unos diez minutos, luego empezaron a asustarse otra vez. Los precios cayeron como hojas de otoño.

—Pero... oh, gracias, Chrissie... ¡Vaya chica! No, Chrissie, si me pegas me quejaré al lord Mayor y te meterá en cintura... ¿Qué es lo que decía?

—Decía usted, «pero»...

—Oh, ¿de veras? ¿Por qué? Bueno, de todas maneras, si hay algo en esta cosa del antigerone, ¿por qué no lo confirma o lo niega alguien oficialmente? Entonces sabríamos el terreno que pisamos.

—¿No ha visto ningún periódico hoy?

—El periódico no decía ni palabra.

—Bueno, viejo amigo, algunas otras personas de rango han hecho que sus esposas fuesen a Nefertiti y en la casa lo que expresa el ambiente es que creen que la cosa es tan sólida que han convencido a sus maridos lo que significa un gran respaldo.

—Ahora miren, ustedes dos, serénense un momento. Esto es serio. Creo que la opinión de Bill es correcta. Oh, quizás no es tan sensacional como suena, pero si no hubiera habido *nada*, ya habría volado todo por los aires en estos momentos. Esta cosa ha producido un infierno en el mercado. Si sigue más adelante no me sorprendería que la casa de la Bolsa cierre sus puertas, esperando alguna declaración oficial de cualquier parte.

—¿Puede hacerse?

—¿Por qué diablos no se haría si se quiere, en interés de los Miembros? De todas maneras, me apuesto a que esta antigerone es un artículo honrado... condenación, nunca hubiera llegado tan lejos de no serlo.

—¿Y qué?

—Que llegó el momento de comprar... todo está bajo, ¿no?

—¿Comprar qué, por amor de Dios?

—Está bien, pero no se lo cuenten a nadie. Acciones.

—¡Acciones!

—No chille, amigo. Mire aquí, resulta evidente. ¿No sabe usted que el setenta y cinco por ciento de las ropas de mujer vendidas en este país han sido compradas por hembras que van desde los diecisiete a los veinticinco?

—¿De verdad? Me parece un poco innoble, pero no comprendo...

—Lo es. Ahora, eso significa que dobla la expectación de la vida... van a haber el doble de mujeres pensando que tienen diecisiete y veinticinco como las hay ahora, así que comprarán el doble de ropas, ¿no es verdad?

—Ejem... ¿no es cierto que van a necesitar el doble de ropas de todas maneras?

—Mejor que mejor. Y, claro, si el factor antigirone es realmente tres, todavía mejor, pero aún un uno por ciento de aumento no es de despreciar. Vayan a comprar acciones de los grandes fabricantes y no fracasarán.

—Sí, pero no veo qué tiene que ver el setenta y cinco por ciento...

—No importa. Méditelo, amigo. Yo voy a invertir mis ahorros en ropa interior...

* * *

Telegrama: Al Primer Ministro de la Secretaría de la Sociedad Sabatina de la Preservación:

«Los días de nuestra edad son setenta años...».

* * *

—¡Spiller! ¡Spiller! ¿Dónde estás?

—Aquí, sir John.

—Ya era hora. Spiller, ¿sabes algo acerca de esa antigirone?

—Sólo por ciertas referencias de los periódicos, sir John.

—¿Y qué opinas?

—Realmente no tengo opinión, sir John.

—He estado hablando con mi esposa acerca de eso. Ella cree absolutamente. Lleva años yendo a Nefertiti. Y parece tan joven y tan bonita ahora como cuando empezó a ir. Ni un día más de veintidós años. Es decir, la edad que tenía cuando nos casamos.

—Lady Catterham conserva su aspecto maravillosamente, sir John.

—Maldita sea, hombre. No hables como si fuera una anciana. Mira esta foto. Tomada hace nueve años. Y ahora aparece tan joven y bonita como entonces.

—Cierto, sir John.

—O esto es singular o hay algo raro en ese asunto.

—Lo que usted dice, sir John.

—Quiero ponerme en contacto con la mujer que dirige esa casa... una tal señorita Brackley. Concierta con ella inmediatamente un tratamiento. Sin demora. Si se muestra reacia alegando otros compromisos, ofrécele un veinticinco por ciento más de los honorarios corrientes, como prima por servicio rápido.

—Pero, sir John, tengo entendido que ya de lady Catterham...

—¡Oh, por Dios! Spiller, no es para mi mujer, es para *mí*.

—Oh... ejem sí. Muy bien, sir John.

* * *

—Henry, veo que hay para mañana una interpelación sobre el asunto de la antigerone. ¿Aún no tenemos más detalles?

—Me temo que todavía no, señor. Es decir, nada de confianza.

—Bueno, démosles un apretón, ahí hay algo bueno. No queremos que el ministro vuelva a tener problemas, ¿verdad?

—De veras que no, señor.

—Henry, ¿cuál es su propia y extraoficial opinión?

—Bueno, señor. Mi esposa conoce a varias damas que son clientes de Nefertiti. Ninguna de ellas parece albergar la menor duda acerca de la bondad del producto. Hay que descontar la natural exageración en algunos informes periodísticos, claro, pero, dadas las evidencias hasta ahora, me inclino a creer que puede hacerse... quiero decir, que *se hace*...

—Ya me temía que diría usted eso, Henry. No me gusta, hijo

mío. No me gusta en absoluto. Si lo que se afirma es cierto... aunque sólo sea a medias... los efectos van a ser... ejem... ejem...

—¿Apocalípticos, señor?

—Gracias, Henry. Me temo que esa es la palabra justa.

* * *

—Es sólo para estar preparados, inspector. Por el modo de desarrollarse las cosas, me parece a mí que tarde o temprano tendremos que detenerla... aun cuando sólo sea para su propia protección. Me huelo a verdadero jaleo. ¿Dice usted que las drogas peligrosas como acusación no sirve?

—El superintendente y yo lo discutimos ya, señor. No tenemos pruebas del uso de ninguna droga conocida y lo malo es que ninguna droga es peligrosa hasta que se la califica como a tal...

—¿Posesión sospechosa?

—Arriesgado, señor. Estoy seguro de que no encontraremos nada dentro del Código.

—Bueno, si uno se lo propone siempre se les puede acusar de algo. ¿Qué le parece vagancia?

—¿Vagancia, señor?

—Ella va diciendo vivirán doscientos años. Eso es predecir el porvenir, ¿no? Por tanto la hace una agorera o vagabunda, quedando comprendida dentro de los delincuentes afectos a la Ley de Vagos.

—Yo a duras penas lo vería así, señor. Ella no ha estado en realidad prediciendo el porvenir. Tal y como lo veo, simplemente afirma tener algo que incrementa el plazo de vida que se espera.

—No obstante, eso podría ser fraude.

—*Podría*, señor. Pero la verdadera pregunta es... ¿lo es? Nadie parece saberlo.

—Bueno, no podemos esperar doscientos años para descubrirlo, ¿verdad? Creo que lo mejor es expedir una orden de detención alegando perturbación del orden y retenerla hasta que la necesitemos.

—Dudo muchísimo que un magistrado la firme, dado el estado actual de cosas, señor.

—Quizás, Averhouse, quizás. Pero lo de hoy no será lo mismo

que lo de mañana, o de pasado. Fíjense en mis palabras. De todas maneras, que preparen esa orden hasta la medida que le sea posible. Tengo el presentimiento de que más tarde la necesitaremos a toda prisa.

—Sí, señor. Lo haré.

* * *

LA REINA Y LA ANTI-G

«El “Evening Flag” no duda en alzarse en portavoz del sentimiento de la abrumadora mayoría de sus lectores al apremiar que la máxima prioridad en compartir los resultados del último triunfo de la ciencia británica debe concederse a la Primera Dama de nuestro país...».

* * *

—Dos pintas, compare... Así que le digo a la «jeta». Digo: «Mira, chavala», le digo. «Lo natural es lo natural y eso no lo es. ¿Pensó tu madre en vivir doscientos años? ¿Lo pensó la mía? Nooo... y tú tampoco debes hacerlo nunca jamás. No es natural...». Gracias, compare. Cóbrate.

—Está bien, Bill. Es condenadamente antinatural. ¿Qué te contestó tu costilla?

—Pues, se puso a menear la cabezota y me dice: «Porqué nuestras “mares” no tenían ningún atractivo». «No voy a discutir», le contesto, «sólo te lo digo. Sé lo que buscas. Te chiflaría andar por ahí en bikini enseñando pellejo y conquistando tíos, mientras que yo sería un fiambre que estaría “podriendo” malvas. Bueno, “po” no será así y no hay más que hablar. Cuando el “pater” que nos echó las bendiciones dijo aquello de “hasta que la muerte os separe” no se refería a que la “cónyuga” viva tres veces más que el marido. Así que “pa” ti eso de la anti-no-sé-cuántos está “defunsiona” pa los restos”. Y si te pesco dándote el tratamiento “chavala”, te romperé la crisma... “Pa” que luego no digas que no te lo he avisado». Y le dije en la cara: «Eso no es natural».

—¿Y verdad que no le gustó?

—Nooo. Se puso a lloriquear diciendo que eso no era justo y que

tenía derecho a vivir cuanto pudiera. «Está bien, pues», le dijo, «prueba a llevarme la contraria y ya verás lo que te pasa».

»Y al poco vuelve a insistir, hasta que le dije, digo: «Cierra la boca o te sacudiré». Y sigue con el lloriqueo. Al cabo de un momento me dice: «Tengo derecho, si quiero». Yo me la miro sin decir ni pío. «Y tú también tienes derecho», dice ella, «pero a lo que no tienes derecho es a decir que no puedo hacerlo». «Puede que sí», le contesto, «pero prueba a desobedecer y ya verás», al cabo del rato deja de llorar y me mira fijo. «Bill», dice, «supón que tú también tienes esa antigerone. Entonces sería igual “pa” los dos». Me la quedo mirando y le dije, digo: «Mira, dos cosas antinaturales no hacen una natural. Nunca. ¿Y te figuras que iba a poder aguantar doscientos años a esa lengua tuya? ¡Nanay... de la cameray!».

* * *

—Bert, oh, Bert, pon la BBC, ¿quieres? Hay algo bueno. Tienen a esa mujer que dice lo que se tiene que hacer para vivir doscientos años. No es que me interese mucho vivir tanto. A veces ya me ha parecido *sentir* lo que es la longevidad. Pero podría ser distraído saber cómo...

«—Buenas noches, señoras y caballeros. Bienvenidos a otro programa de la serie «Los que hacen la noticia». Nuestro fabricante de noticias de hoy lleva unos cuantos días ocupando los titulares de los periódicos... La señorita Diana Brackley... Entrevista a la señorita Brackley nuestro compañero Rupert Pigeon...

»—Bien, señorita Brackley, su anuncio de la semana pasada ciertamente parece haber causado bastante agitación.

»—Esperaba que la causara, señor Pigeon.

»—Por si se diera el caso de que alguno de nuestros telespectadores no hubiese leído últimamente los periódicos, ¿cree usted que podría hacernos un resumen de la esencia de su descubrimiento?

»—Es muy fácil. Se trata de que si la gente desea vivir más, ahora es posible conseguirlo.

»—Comprendo. Eso es una cosa cierta. ¿Y asegura usted haber desarrollado una forma de tratamiento que asegura esa supervivencia?

—No creo que sean precisas preguntas de doble intención, señor Pigeon.

»—Bueno, yo... no entiendo...

»—¿*Asegura* usted haber desayunado esta mañana, o ha desayunado en realidad, señor Pigeon?

»—Bueno, yo...

»—Exactamente, señor Pigeon. Tendencioso, ¿no?

»—Ejem... su anuncio ese... quiero decir, usted anunció que cierto número de personas habían recibido ya tratamiento de usted con el efecto consiguiente.

»—Es cierto.

»—¿Cuántas personas, poco más o menos?

»—Varios centenares.

»—¿Todas mujeres?

»—Sí, pero eso es por las circunstancias. Resulta igualmente efectivo con los hombres.

»—¿Y cuánto van a vivir esas personas?

»—No se lo podría decir posiblemente, señor Pigeon. ¿Cuánto va a vivir usted?

»—Pero tengo entendido que usted pretendía... quiero decir, aseguraba...

»—Lo que dije fue que su tiempo medio de expectación de la vida había sido incrementado y que si continuaba con el tratamiento podían esperar doblar el término normal, o triplicarlo, según la cualidad del tratamiento administrado. Eso es completamente diferente a decir cuánto tiempo va a vivir alguien. Por una cosa, cuando uno dobla su expectación de la vida, también se doblan sus posibilidades de un accidente fatal y parece probable que también se duplique la susceptibilidad a la enfermedad.

»—¿Entonces aquel cuya expectación de vida haya sido modificada no tiene tantas probabilidades de vivirla como si cumpliera normalmente su vida esperada?

»—No.

»—Pero, dejando aparte accidentes y enfermedades graves, ¿podría celebrar su bicentésimo cumpleaños?

»—Sí.

»—Bueno, pues, señorita Brackley, más de un periódico ha afirmado que ninguna de esas mujeres a quienes usted ha estado

tratando con... ¿antigerone...?

»—Antigerone, sí.

»—... Que ninguna de esas personas se dio cuenta de tal tratamiento hasta que hizo usted el anuncio hace pocos días, ¿verdad?

»—Creo que una o dos se lo sospecharon.

»—¿Quiere usted decir que no lo denegó?

»—¿Y por qué iba a denegarlo?

»—Bueno, yo hubiera pensado que podía arriesgarse a una grave denuncia. Tenemos aquí a todas esas mujeres poniéndose de buena fe en sus manos y usted tratándolas con antigerone que les hará vivir doscientos años, sin siquiera decírselo. Me parece que el asunto podría ser gravísimo.

»—Lo es. Si uno se enfrenta a la perspectiva de doscientos años de...

»—Yo me refería... bueno, al elemento de decepción que va implicado en las afirmaciones.

»—¿Decepción? ¿Qué quiere decir? No hubo decepción... de hecho, todo lo contrario.

»—Me temo que no lo entiendo del todo...

»—Es muy sencillo, señor Pigeon. Dirijo un negocio cuyo nombre no se me permite pronunciar ahora para evitar publicidad. Estas damas vinieron como clientas y yo dije, en efecto, que ellas querían conservar su juventud y su belleza. Bueno, todo eso son monsergas, claro; nadie puede preservarlas. Pero yo dije que podía prolongarlas. Ellas me contestaron que eso era lo que pensaban, realmente; así que eso hice. ¿Dónde está la decepción?

»—Bueno, es difícil decir lo que ellas debían haber esperado, señorita Brackley.

»—¿Implica usted que esperaban ser engañadas y que yo soy culpable en engañarlas por darles lo que me pidieron en lugar del engaño que se esperaban? ¿Es eso, señor Pigeon? En realidad no creo que pise usted ahí terreno firme. Todo mi ramo profesa únicamente prolongar la juventud y la belleza. Yo soy el único miembro que hace lo que se le pide... que entrega los dones... y usted habla de un «grave cargo». Precisamente no le entiendo, señor Pigeon.

»—Usted siempre... Quiero decir, su tratamiento con la

antigerone, ¿es siempre sano y triunfante en un cien por cien?

»—De mis varios centenares de clientes ha habido sólo un fracaso. Una dama que sufría una rara e insospechable condición alérgica.

»—¿Así que usted no podría decir que es infalible?

»—Seguro que no. Sólo que da buen resultado en un noventa y nueve por ciento de los casos.

»—Señorita Brackley. Se ha sugerido que la antigerrone sea ampliamente usada... de veras, si es útil a todos... Tendría efectos muy extensos en nuestro sistema social. ¿Está de acuerdo con eso?

»—Ciertamente.

»—¿Qué clase de efectos imagina usted?

»—¿Puede usted pensar en algo que *no* resultase afectado si todosuviésemos la oportunidad de vivir doscientos años?

»—Creo en eso; sin embargo, señorita Brackley, no ha habido ninguna investigación científica en su preten... ejem, en la antigerrone, ¿verdad?

»—Eso es un error, señor Pigeon. Yo, como bioquímica, la investigué muy profundamente.

»—Yo... ejem... bueno, ¿no podríamos llamarlo investigación *independiente*?

»—No, todavía no.

»—¿Daría usted la bienvenida a una tal investigación?

»—¿Y por qué iba a *recibirla bien*? Estoy perfectamente satisfecha con la eficacia del antigerrone.

»—Digamos, pues, ¿pondría alguna objeción?

»—De nuevo, ¿y por qué? Francamente, señor Pigeon, me importa un comino. La única cosa que se puede decir en favor de una investigación es que quizás pueda conducir al descubrimiento de otros tipos de antigerrone, quizás preferibles.

»—Señorita Brackley. Una cosa que ha estado causando grandes cantidades de especulaciones es la naturaleza del antigerrone.

»Es una sustancia química, probablemente una de esa clase de sustancias producidas por micro-organismos, que tiene la propiedad de retardar parte de los procesos metabólicos y tiene también una lejana relación química con los antibióticos.

»—Comprendo. ¿Podría usted, quizás, decirnos la fuente de esta sustancia?

»—Prefiero no revelarlo todavía.

»—¿No cree usted, señorita Brackley, que eso sería... ejem... inspiraría más confianza si pudiera darnos alguna indicación?

»—Parece ser que nuestros propósitos se entrecruzan, señor Pigeon. ¿Qué le hace pensar que yo quiero «inspirar confianza»? Yo ni soy una curandera ni un político. La antigerone existe. No depende de la confianza de sus resultados, lo mismo que tampoco depende el aceite de castor. Lo que crea la gente en ello o deje de creer, no afectará en absoluto a sus propiedades...

—Oh, cambia a la ITV, Bert, querido. No va a decirnos nada. Debíamos habernos figurado que sería una especie de sermón de la BBC. Eso está mejor...

* * *

—Cariñito... ¿Estás despierto?

—Ajá...

—Cariñito, he estado pensando... en eso del antigerone...

—¿Eh?

—Bueno, va a haber mucho tiempo, ¿verdad? Me refiero a más de lo que pensábamos. ¿Cómo me considerarías tú a los doscientos años, por mejor o por peor, cariñito? Yo... ay... ay... ay...

—¿Qué diablos estás murmurando?

—¡Murmurar! ¡Me gusta! Estaba acalorada. No creo que a la gente se le deba *permitir* llevar barba en la cama. Yo... ay... ay... ay...

* * *

—¿Pero, nenito, *todavía* no has contestado a mi pregunta?

—Oh, por peor. Definitivamente por peor.

—¡Oh, cariño!

—Cuanto menos debería durar trescientos años.

—¡Oh...! ¡Oh, cariñito...!

* * *

«—Aquí Radio Moscú.

»Con referencia a los informes aparecidos en los periódicos de Londres, el diario moscovita *Izvestia* publica hoy:

»Los anuncios de la prensa británica acerca del descubrimiento de una droga que prolongará la normal expectación de la vida no ha causado gran sorpresa a los ciudadanos bien informados de las Repúblicas Populares de U.R.S.S. El pueblo ruso, que está bien al corriente del trabajo adelantado en este campo del Departamento Geriátrico de la Clínica Estatal de Komsk, bajo la dirección del Héroe de la Ciencia Soviética, Camarada Doctor A.B. Krystanovitch. Los científicos de la U.R.S.S. se han quedado escasamente impresionados por las afirmaciones no probadas hechas en Londres. Ellos destacan que este desarrollo, basado sin duda en el trabajo de A.B. Krystanovitch, está siendo explotado por los intereses capitalistas de Inglaterra y que las afirmaciones pueden por tanto ser consideradas una exageración con motivos de beneficio particular.

»Así queda demostrado una vez más, en el trabajo de A.B. Krystanovitch, la delantera que constantemente lleva al resto del mundo el rápido progreso de la Ciencia Soviética...».

* * *

—Buenas noches, agente.

—Buenas noches, señor. ¿Se encuentra bien?

—Un poco mareado, agente. No haga caso. No estoy incapacitado, ni disminuido. Sólo un poco mareado.

—Será mejor que se vaya a casa, señor.

—Ya voy hacia allá, agente. Vivo cerca. Esto es lo más excepcional... lo más excepcional.

—Me alegro de oírlo, señor. De todas maneras, si yo fuese usted...

—Pero usted no sabe *por qué* estoy mareado, ¿verdad? Se lo diré. Es esa mujer con su anti... anti... bueno, su antialgo...

—¿Antigerone, señor?

—Eso es. Antigerone. Bueno, mire, me interesan las... esta... estadísticas. He estado trabajando. Una vez esta anti... antialgo esté en marcha, nos moriremos de hambre. En menos de veinte años, todos muertos de hambre. Muy triste. Por eso bebí.

Excepcionalmente.

—Bueno, señor, procuraremos que eso no ocurra, ¿verdad?

—Es inútil, agente. La voluntad de supervivir es demasiado fuerte. Y no será posible detenerlo. El individuo querrá sobrevivir a viva fuerza. Es sólo cuestión de equilibrio. Demasiado fuerza vital es autodestructiva. ¿Ha pensado alguna vez en eso, agente?

—No puedo decir que sí, señor. Ahora, ¿no sería mejor que se fuese a casa? Sepa que es media noche.

—Está bien, agente. Ya voy. Sólo quería decírselo a usted, eso es todo. Muertos de hambre en menos de veinte años. Gravísimo estado de los negocios. No olvide que se lo dije.

—Lo tendré en cuenta, señor. Buenas noches.

—Buenas noches, agente.

XIV

—¿Dónde estás? —preguntó lady Tewley.

—Aquí fuera. Ven, Janet —respondió la voz de Diana.

Janet Tewley entró en la terraza.

—Oh, Diana. Qué jardín más adorable aquí arriba. Nadie lo hubiera sospechado jamás.

—Adoro mi jardincito —dijo Diana incorporándose y quitándose los guantes—. Me alegro de que pudieses entrar.

—Querida, sin tu permiso especial no hubiera podido acercarme. Pareces tener a todo un batallón de policías guardándote.

—Es necesario, por desgracia —dijo Diana—. Tuve que entrar escondida en una furgoneta comercial a esa emisión del lunes y enviar a un doble mío hacia la puerta principal en mi coche para poder volver a salir sana y salva. Desde entonces estoy prisionera. Ven y siéntate. Tomaremos un poco de café mientras me cuentas lo que sucede.

—No puedo quedarme mucho. Estoy frenéticamente ocupada.

¿Todo va bien?

—¿Te refieres a la Liga? Oh, sí. Lydia Washington ha sido elegida Jefa. Es una buena elección. La muchacha está preparada para trabajar como un diablo y sin miedo a nadie, ni a nada. Ya ha reunido a buena parte del Consejo y está disfrutando horrores también.

—Pues por tu aspecto, Janet, tú también disfrutas.

—Oh, sí. La única dificultad es que no parece quedarnos mucho tiempo para dormir. Sin embargo, no importa, eso vendrá más tarde. Pero, Diana, querida, me quito el sombrero ante ti. Ahora que hemos mirado en torno nuestro parecemos ser las esposas o las hijas de la mitad de la nación. Estamos casadas con cuatro ministros, luego hay otros tres políticos ex-ministros, dos obispos, tres condes, cinco vizcondes, una docena de tipos de sangre azul, media docena

de bancos, media docena de miembros del Gobierno, ocho miembros de la oposición y cantidad de otros más. En total, tenemos estrechas relaciones que son no del todo maritales con una buena cantidad de otras influencias. Así que, mira, de un modo u otro, no hay mucho que no conozcamos, o que no podamos conocer.

—Eso es lo que quiero. Los últimos tres días no me enteré prácticamente de nada excepto lo que aparecía en los periódicos y en la BBC. Y pedacitos de información de Sarah, en el despacho. Tengo entendido que la dificultad principal ha venido del *Trumpeter*.

—Oh, sí, fue una adorable pelea. Se dieron cuenta que respaldaban al caballo equivocado desde la salida, el lunes, y el pobre editor luchó por salvar el cuello. Al día siguiente, salieron con la oposición. Explotación de los trabajadores. Perspectiva de tres vidas gastadas en el banco de trabajo de la fábrica. Aumento inevitable del desempleo. Imposibilidad de pagar pensiones adecuadas incluso si la edad del retiro se subía cien años más. Falta de oportunidades para el ascenso. Favoritismo de los ricos. Favoritismo de los intelectuales. Favoritismo de los grados gerenciales y administrativos superiores. Entrincheramiento de la monarquía. (Esa fue una mala línea que tomar y la abandonaron de prisa). Falta de oportunidad para los jóvenes y en nada habrá sangre fresca. Subida de precios debido a la demanda creciente por el aumento de población. Derrumbamiento del Servicio Nacional del Seguro de Enfermedad enfrentado a un sin fin de problemas, etc. Llamada a todas las uniones para convocar a un unánime voto de protesta. Atisbos de huelga general a menos que el uso del antigerrone declarado delito criminal.

»De camino aquí, pasé por delante de una pared en algún lugar de Notting Hill, en la que veía escrito: ¡PROHIBAMOS LA ANTI-G! ¡REUNÁMONOS TODOS EN TRAFALGAR SQUARE EL DOMINGO!

»Conseguirán un voto impresionante, de acuerdo. Ya sabes cómo calculo las cifras. Además, ¿quién quiere ser amenazado...? Nada de pucherazos secretos; los antepasados cartistas derramaron sangre para impedirlo, pero ellos... De todas maneras, nada significará. Las esposas no son partidarias de la prohibición, cualquier otra cosa que opinen sus hombres. Por una causa, está esa cita de la Reina; por

otra, no piensan mucho que sus maridos voten para *ellas* unas vidas más cortas.

—¿Y la iglesia? Oí el domingo un sermón...

—No es necesario que te preocupes. Disparó el cañón y lo hizo en dirección equívoca. El arzobispo de Canterbury, los de Ebor, Bath y Wells, son partidarios de hecho, todos los demás siguen su corriente, aunque Llandaff y Newcastle muestran dudas después de todo; anti, casi significaría aconsejar el suicidio por descuidar la oportunidad de vivir, ¿verdad? Sin embargo, hay unas cuantas sectas pequeñas que adoptan lo que afirman es una línea fundamentalista. Roma parece seguir pensárselo... y las comunicaciones no son muy buenas, por motivos evidentes, con la Ciudad Eterna.

»La Bolsa se escapó de la mano y ha tenido que cerrar algún tiempo... pero espero que lo sepas.

»En total, creo que la cosa no va tan mal. Nuestros miembros están colocando una buena cantidad de trabajo quintacolumnista, doméstico y social, y parece como si, sin embargo, no hubiésemos podido conseguir un Partido de la Vida Nueva en plena escala en absoluto, pero tampoco contábamos con eso. Como te dije, Lydia Washington está reuniendo a la organización y preparándola por si acaso la necesitásemos.

»Nos enteramos que el primer ministro se siente muy desgraciado, el pobre. Si sanciona el uso del anti-G habrá caos por todas partes y huelgas por el lado de la izquierda. Si trata de prohibirla, habrá un gran clamor y una revolución casi tan potente que nuestro Partido de la Vida Nueva crecerá de la noche a la mañana. En el presente en los clubs ofrecen cuatro a uno que sanciona aprobando la droga, en las condiciones que tendrán que venir tarde o temprano, así que ¿para qué dejar que primero la obtengan los extranjeros? La consecuencia eventual será una población con mayor experiencia y por tanto superior capacidad, así que ganaríamos mucho siendo nosotros los primeros.

Diana asintió.

—Bueno, por lo menos empiezan a tener alguna idea de lo que va a significar —dijo.

—Pero eso es una parte de las ansiedades del pobre hombre —Janet Tewley prosiguió—. Si accede a aprobarla, entonces le

quedará el problema de tratar con China.

—¡China! —exclamó con desaliento Diana.

—Querida mía, no deberías aparentar sorpresa conmigo —le dijo Janet.

—Pero *me* sorprende —contestó Diana. Entonces se acordó de la incómoda experiencia de Richard y Zephanie. Por el relato de Zephanie habían habido tres hombres cuando reconoció de dónde venían los suministros. Alguno de ellos pudo dejar filtrársele la información—. ¿Qué hay de China?

—Se dice que es la única fuente del liquen particular que proporciona la antigerrone —contestó Janet, con los ojos fijos en el rostro de Diana.

—Así que una vez que los chinos descubran *por qué* queremos comprar sus líquenes... bueno, eso acabará con todo. Lo querrán para sí mismos, incluso si no lo hacen, quedaremos bien abajo en su lista de clientes.

Diana volvió a asentir.

—Podía ser mucho más dificultoso aún que eso —dijo—. Una vez que lo sepan los chinos, lo sabrán los rusos. El liquen no viene propiamente de China. Crece al norte de Manchuria, cerca de la frontera rusa. Y si los rusos creyeran que es lo bastante valioso para apoderarse de él, cualquier cosa podría iniciarse.

—De todas maneras, parece que si *nosotros* no lo conseguimos —comentó Janet—, ¿qué ocurrirá en ese caso? ¿Hay algún punto en conducir una campaña en absoluto por la antigerrone?

Diana dudaba.

—No estoy de acuerdo con que esa sea la única fuente —destacó.

—Está bien. Sé precavida si quieres. Yo simplemente te cuento lo que se dice... que este liquen se importa de China y que sufre una serie de procesos para proporcionarte a ti el antigerrone, y los procesos se efectúan en Darr House.

Diana se sentó de pronto.

—Pero eso es absolutamente incierto. Yo importo los líquenes y los manipulo, pero no se acercan en absoluto a Darr House. Aquí se efectúa la fabricación completa.

—Querida, no te enfades. Yo no lo fabrico.

—No, claro que no, Janet. Pero de todas las cosas asquerosas y

estúpidas que han sucedido... ¡Oh, espera unos cuantos minutos, Janet! Necesito pensar.

Diana volvió a la ventana y salió a la terraza. Se quedó allí en el jardín, mirando por encima de las copas de los árboles del parque durante casi diez minutos antes de regresar. Sus modales eran briosos.

—Janet, quiero hablar por radio. No me importa que emisora, pero en algún momento de la tarde del sábado. Uno de esos programas pequeños servirá, si es necesario. Sólo diez minutos. Bastarían cinco. Quiero contar *todo* lo de la antigerone... las preguntas... las preguntas que antes no quise responder. ¿Te parece que podría arreglarse?

Janet sonrió.

—En estas circunstancias, *cualquier* duda de alguno de los servicios parece muy improbable, querida. Pero no veo como lo que tú puedas decir va alterar mucho de la posición actual. Por lo menos, no hasta que *tengas* otra fuente de suministros...

—Eso no importa ahora. Tú prepáralo, querida. Y que se anuncie... asegúrate de que se le dé publicidad.

—Oh, lo divulgarán, de acuerdo. Pero no comprendo...

—Todo va bien, Janet. Sé lo que me hago. Hazme ese favor y luego sigue organizando la Liga. Parece como si será preciso declararse a sí misma antes de mucho...

Janet Tallwyn se fue minutos más tarde. La puerta apenas se había cerrado tras ella cuando Diana estaba telefoneando a su despacho:

—Oh, Sarah, búsqieme a la señorita Brendon y envíemela aquí. Dele una tarjeta para que pase... Sí, es de máxima importancia. Ahora no lo puedo explicar, pero ocurrió algo. Tendremos que adelantarle todo... Sí, eso creo, pero no nos queda mucho tiempo. Por eso deseo que venga rápidamente...

—Muy bien, señorita Brackley... Oh, a propósito, he recibido un cable de América. Va dirigido a Nefertiti. Dice: «Mantenga todos los tratos pendientes en espera de la cifra de siete números que ofrecemos por los derechos del antigerone». Viene firmado: «Ben Lindenbaum, presidente, Pursuit Happiness Drug Corporation, Inc., Brooklyn, N.Y. ¿Debo...?»

Un coche salió de la carretera y se detuvo al borde de la hierba apagando todas sus luces. Una a una descendieron varias figuras, se plantaron mirando a su alrededor con ojos no todavía acostumbrados a la débil luz de las estrellas. Una voz dijo baja, pero suficientemente alta para que todos la oyeran:

—¿Todo listo? ¿Tenéis el material?

Se oyeron murmullos de asentimiento.

—Está bien. Ahora no olvidaos en absoluto. *Un* aullido de mochuelo significa que Jimmy ha cortado los cables del teléfono... todos saldremos del lugar juntos, así quedará aislado el edificio. Entonces esperaréis. Si alguno os localiza, saltad sobre él antes de que pueda dar la alarma y procurad dejarlo callado. Ahora, cuando oigáis *tres* aullidos de mochuelo reuníos, a cumplir vuestra misión... pero no antes. Recordad, tres aullidos. ¿Lo entendieron todos?

»Perfecto pues. Fijaos dónde pisáis... y mirad por dónde vais. Ya encontraréis la manera de volver aquí... y recordad que no esperaremos a los retrasados ni extraviados. Adelante ahora...

XV

Diana despertó al sonar el teléfono de junto a su cama. Lo cogió de mal talante.

—¿Sí? —preguntó.

Contestó la operadora.

—Buenos días, señorita Brackley. Siento despertarla, pero la llama a usted una tal señorita Saxover. Está en la lista y dice que es importante.

Diana se despertó por completo en un segundo.

—Sí. Comuníqueme, por favor.

—¿Diana? Aquí Zephanie.

—Sí. ¿Qué pasa, Zephanie?

—Oh, Diana, vuelve a ser Darr. Lo han incendiado... del todo esta vez. A papá se lo han llevado al hospital y...

El corazón de Diana le dio un vuelto y durante un instante le dolió. Su mano se crispó en el receptor.

—¡Oh, Zephie! ¿Qué le ha pasado? ¿Qué... qué... qué?

—Se encuentra bien, Diana. No está mal herido. Quiero decir que no sufre quemaduras. Tuvo que saltar por la ventana y está bastante impresionado. Dormía, como ya sabes, en los apartamentos de la cochera...

—Sí, sí. ¿Pero eso es todo? ¿No tiene ninguna otra herida?

—No. Unas cuantas despellejaduras, dicen en el hospital.

—Gracias a Dios... ¿Qué pasó, Zephie?

—No estamos del todo seguros. Parece como un ataque hecho por mucha gente. Ocurrió en todos los edificios a la vez. Un hombre afirma que estaba despierto y que no oyó nada hasta que de pronto percibió un ruido en todas direcciones de cristales rotos. En apariencia arrojaron botellas inflamadas por la ventana. Dice que no es petróleo, sino algo mucho más potente. Prendió en la casa y en los apartamentos, y en los bloques del laboratorio y en algunas

de las casas del personal, prácticamente al mismo tiempo.

»Los teléfonos no funcionaban, así que Austin sacó su coche y se fue en busca de ayuda. Chocó contra un cable extendido a través del camino cerca de la postería. Destruyó al vehículo y bloqueó la salida y el pobre Austin tuvo que ser llevado también al hospital. Tiene muchas heridas y una costilla rota, el pobre.

»Y el viejo y estimado señor Timpson... ¿Te acuerdas del viejo Timmy, el vigilante? Encontraron su cuerpo en el patio del establo. La policía dice que le rompieron la cabeza con una porra. ¡A un pobre anciano como él! Sólo un golpe, gracias a Dios. Ni siquiera le dolió.

»Pero todo desapareció, Diana. La casa, los laboratorios, los almacenes, todo excepto unas pocas viviendas para el personal. Nada se pudo hacer. Para cuando se descubrieron lo que le había ocurrido a Austin ya prácticamente había terminado todo.

»Papá logró arrastrarse un poco fuera de la cochera, de otro modo hubiese quedado enterrado al desplomarse.

—Gracias a Dios —exclamó Diana—. ¿La policía tiene idea de quién lo hizo?

—No lo creo. Dijeron a Raikes, que se ha hecho cargo de Darr de momento, que tenían «motivos para creer» que fue una banda que vino desde alguna parte en un camión. Raikes contestó que eso era una prodigiosa deducción.

—Zephie, ¿estás segura que tu padre no tiene heridas graves?

—Se dislocó un poco la muñeca izquierda, pero por otra parte estamos tan seguros como es posible hasta que veamos las radiografías. Lo que me he estado preguntando, Diana, es si le costará más tiempo recobrar... más tiempo, quiero decir, que a las personas que no han recibido lo que tú ya sabes.

—No sé qué decirte, Zephie. La muñeca sí que tardará más en sanar, claro, lo mismo que las despellejaduras, y los cortes, si hay alguno. Pero la impresión general, y supongo que una buena cantidad del susto, simplemente no lo sé. Yo imaginaría que mostrará algún retraso advertible. ¿Es eso lo que pensabas?

—Es que una no quiere que los doctores comiencen a husmear.

—No, claro. Tendremos que estar alerta a eso. Lo harás tú, quiero decir. Dale mis... mis mejores deseos.

—Lo haré. A propósito, Diana, ¿qué es eso de que vas a hablar

por radio mañana por la noche? ¿Es cierto?

—Sí. ¿Cómo te enteraste?

—Lo anunciaron entre la publicidad antes de las noticias de esta mañana. Destacó... ¿Qué vas a decirles?

—Todo, Zephie. Si no lo hago públicamente ahora, veo que me obligarán bajo alguna especie de coacción a hacerlo de manera más privada y antes de mucho. Únicamente sería mejor, creo...

—¿Pero nada sobre papá?

—Pregúntaselo, pero creo que descubrirás que él sigue pensando que influirá su opinión mucho más tarde... y ya de momento tienes más que suficientes problemas en sus manos.

—Está bien, se lo preguntaré. Ya te daré su respuesta.

—Perfecto. Y no te olvides de darle... de decirle... que yo...

—No me olvidaré, Diana. Adiós.

* * *

Diana repasó los periódicos en busca de noticias del desastre de Darr House. En apariencias se había producido demasiado tarde para aparecer en las ediciones londinenses. Pero habían abundantes referencias a la antigerone. *The Times* volvía a prestar la atención por segunda vez y publicaba media docena de cartas que, aunque la forma de abordar las cosas variaba desde lo secamente factual hasta el borde de la alarma supersticiosa, todas comportaban una grave ansiedad. El *Guardian* pareció como roto entre un respeto liberal para cualquier forma de conocimiento nuevo y un lamento estadístico sobre las consecuencias de aquel descubrimiento. El *Trumpeter* no había cambiado otra vez de opinión, pero sí el cambio se deslizó en su actitud. Aunque seguía firme su llamada por la supresión de la ANTI-G, la pureza de la respuesta emocional parecía haberse entorpecido por unos tintes de pensamiento. Ya no había toda la misma impresión de que la fiesta acababa de recibir el regalo de un nuevo doce cilindros, captador de votos y excitante de las multiudes.

En realidad, casi todos los periódicos populares mostraban cierto cambio de actitud perceptible, casi como si la noticia hubiese cruzado Fleet Street indicando que la antigerone tenía potencialidades más allá de las de incrementar el número de

lectoras femeninas.

Para Diana, lo más interesante, y casi lo más gratificador, resultaba negativo; apenas en ninguna parte se encontraba la disposición de cuestionar la validez del antigerone. Una omisión que, en tales circunstancias, certificaba no sólo la confianza de las clientas de Nefertiti, sino el éxito que debían haber tenido en convencer a sus maridos, amigos y conocidos. Eso quedaba mucho mejor de lo que se había esperado. Decidió que debió haber subestimado el efecto de debilitador producido por las sucesivas maravillas científicas en el escepticismo popular; así que en donde ella había esperado encontrar las primeras barricadas casi no había resistencia.

Ahora se comprometía el Desarrollo Número Dos según las líneas que ella esperaba. Ciertamente, el *Trumpeter*, después de una salida en falso, había preferido adoptar una posición según las normas pero, hasta ahora, de cualquier manera casi en solitario. Ella había imaginado una consolidación de fuerzas opuestas, que el empleado, el dependiente, los trabajadores rutinarios de todas clases, descubrieran que la objeción del hombre en el banco de trabajo era, esta vez por lo menos, igualmente válida en sus propias circunstancias y se apresuraban a hacer causa común con el obrero. La turbó decidir si tal consolidación meramente se retrasaba por una lenta comprensión o si de nuevo había subestimado la resistencia pública a los descubrimientos; pero, pensándolo mejor, comenzó a preguntarse si no se permitía a sí misma, ciertamente en cuanto concernía a los hombres, simplificar la posición demasiado. Captaba dos factores que quizás había sopesado demasiado a la ligera. Uno era la esquizofrenia; resistencia ante la perspectiva de una vida grandemente prolongada de trabajo monótono quedaba en conflicto con la fuerte voluntad personal de sobrevivir a cualquier coste, y habría resultado para muchos en un estado de desvalida indecisión. El otro era fatalista: una sensación de que los adelantos de la ciencia habían llegado muy atrás del ordinario control humano y cualquier nuevo descubrimiento ahora quedaba muy cerca de la categoría de la Ley de Dios, lo que apenas valía la pena de molestarse al tratar de hacer algo sobre ellos.

De cualquier forma, cualquier que fuesen las causas, Diana podía percibir que la pelea no iba a ser del todo libre como imaginara,

sino algo más parecido a una competición a largo plazo, con una gran masa de espectadores cuyo favor podría decantarse hacia un bando u otro.

Considerando la situación, decidió que su plan estratégico original sería ayudado más que obstaculizado por el desarrollo.

No obstante, por muy gratificador que fuese una fácil victoria en la Fase Uno, seguida por el descubrimiento de debilidad en las fuerzas enemigas, podía resultar fatal teniendo un plan de trabajo cuidadosamente cronometrado. Hay un interludio ansioso cuando se está inseguro acerca de qué reservas pueden adelantarse a tiempo de aprovecharse de la ventaja.

Leyendo, sin embargo, en cada periódico anuncios de diversa preminencia de que la obra de teatro del sábado por la noche en la emisión doméstica sería aplazada de las nuevas y cuarto hasta las nueve y media, con el fin de dar a la señorita Diana Brackley una oportunidad de hacer una declaración acerca del antigerone, fue capaz de sentir que la siguiente fase podía empezar ahora...

* * *

Las puertas del ascensor se abrieron y un grupito entró en el vestíbulo. Primero, Diana, en un traje casi de noche de seda azul pálido, largos guantes blancos, una esmeralda colgándole de la garganta y un abrigo ligero de cuello de piel en torno a sus hombros. Tras ella, Lucy Brendon y Sarah Tallwyn. La primera vestida menos impresionantemente pero también con cierto aire de ceremonia; la última con vestido bastante serio, azul oscuro, que convenía a su aire de verse encargada del protocolo. Y por último, Otilie, doncella de Diana, que había salido a despedir al grupo.

El vigilante del vestíbulo dejó el escritorio y se adelantó con aire de interés.

—Hay una pequeña multitud fuera, señorita Brackley —dijo—. Podemos colocar unas cuantas sillas en uno de los furgones y sacarla de nuevo de esa manera, si usted quiere...

Diana miró por los paneles de vidrio superiores de la puerta. La multitud se compondría de un centenar de personas, calculó, del sexo femenino, pero con unos cuantos hombres incluyendo a un par con cámaras fotográficas de prensa. El coche, guardado por el

segundo vigilante, estaba detenido ante el bordillo, más allá.

—Ya es un poco tarde, sargento Trant. Creo que utilizaremos el coche.

—Muy bien, señorita. Cruzó el vestíbulo hasta la puerta, la abrió y salió. Su gesto hacia la gente fue del todo imperioso. Tras una breve duda, la masa se separó de mala gana para dejar un estrecho sendero en las escaleras y a través de la cera.

—Gracias al cielo que somos sólo realeza temporal —murmuró la señorita Brendon a la señorita Tallwyn—. Tiene gracia tener que sufrir esto varias veces al día.

El sargento, tras una inspección amenazadora de la multitud que se atrevía a cerrarse de nuevo, mantuvo la puerta abierta. Las tres damas, con Diana delante, avanzaron, dejando a Otilie ansiosa en el vestíbulo. Cruzando la acera, el segundo portero había hecho acercarse al Rolls y lo vigilaba, manteniendo abierta la portezuela. Lucy aceptó una voz que decía:

—Dicen que tiene cuarenta. Parece una muchacha, ¿verdad?

Diana cruzó el amplio escalón superior y comenzó a bajar. Los dos fotógrafos pusieron en marcha sus cámaras.

Tres estampidos fuertes sonaron, uno tras otro, casi juntos.

Diana se tambaleó y se llevó la mano a su costado izquierdo. La multitud quedó petrificada. Una señal roja apareció por debajo de la mano de Diana. La sangre se filtró por entre sus enguantados dedos. Un retazo reciente de escarlata teñía la pálida seda gris. Diana dio medio paso hacia atrás, se desplomó y rodó por los escalones...

Las cámaras de los fotógrafos funcionaron de nuevo...

El segundo portero dejó la portezuela del coche y saltó hacia ella. El sargento apartó a Lucy Brendon y bajó corriendo. Diana yacía inerte, con los ojos cerrados. Los dos vigilantes trataron de levantarla. Pero una voz sonó tranquila y con autoridad.

—No la muevan.

El sargento miró para ver a un joven que llevaba gafas con montura de concha y un traje oscuro, bien cortado.

—Soy médico —dijo—. Podrían hacerla daño. Será mejor que pidan de inmediato una ambulancia.

Se inclinó sobre Diana y la cogió la mano para tomarle el pulso.

El sargento subió los escalones corriendo, pero alguien se le

había adelantado. Otilie ya estaba en el escritorio, teléfono en mano.

—¡Ambulancia, sí sí, de prisa! —decía—. ¿La ambulancia? Por favor, vengan de inmediato a Darlington Mansions... sí, han disparado contra una señora...

Colgó.

—¿Le cogieron? —preguntó.

—¿A quién? —inquirió el sargento.

—Al que lo hizo —contestó Otilie con impaciencia—. Un hombrecillo con impermeable, sombrero de fieltro verde. Estaba a la izquierda —explicó mientras se dirigía hacia la puerta y bajaba los escalones hasta Diana y el doctor.

El sargento la siguió y miró hacia el gentío. No había ningún centro de conmoción. El hombre debió alejarse antes de que nadie se diese cuenta de lo que había sucedido. El doctor, arrodillado junto a Diana, ahora, alzó la vista.

—¿No puede usted despejar esto de gente? —preguntó irritado.

Los dos porteros comenzaron a hacer retroceder a la multitud y ampliar el espacio.

Diana abrió los ojos. Movi6 los labios. El doctor inclinó la cabeza para captar lo que decía. El joven tornó a cerrar los ojos. Levantó la vista, con el ceño fruncido por la ansiedad.

—Esa ambulancia... —comenzó a decir.

El sonido de su sirena le interrumpió. Vino calle abajo a gran velocidad y se detuvo detrás del Rolls. Los enfermeros salieron, sacaron una camilla y se abrieron paso entre la gente.

Veinte segundos después Diana estaba en el vehículo. El doctor y la señorita Brendon subieron tras ella y la ambulancia se puso en marcha haciendo sonar una campana.

* * *

A las nueve y quince el locutor de la emisión doméstica dijo:

—Lamentamos anunciar que el reajuste de nuestros programas preparado para esta ocasión no tendrá lugar. La señorita Diana Brackley, que iba a hablar sobre su descubrimiento del antigerone y su significado en estos momentos, fue atacada esta tarde, hace un rato mientras se dirigía a la emisora. Su asaltante disparó tres veces.

La señorita Brackley murió en la ambulancia camino del hospital...

* * *

El domingo por la tarde aclaró el tiempo, dejando el pavimento de Trafalgar Square mojado por la llovizna matutina. Contingentes de varias partes habían comenzado a llegar hacía tiempo y ahora, con los bocadillos consumidos y las plegadas pancartas apoyadas contra los leones, comenzaban a reunirse expectante ante el plinto al norte de la columna en donde un cartelón blanco proclamaba en letras de fluorescente pintura roja:

PROHIBAMOS LA ANTI-G

Los contingentes de manifestantes, aumentados por simpatizantes y parientes, formaban una buena multitud, pero no, por cosa de importancia y en tal momento reconocido y lugar para reuniones, una masa excesiva. Detrás y en su torno paseaban los viandantes dominicales, ordinarios londinenses, algunos interesados, otros curiosos sobre algo que pudiese suceder, unos cuantos buscando compañía con la que matar una tarde vacía. Más allá, detrás de las fuentes, la gente volvía a reunirse. En su mayoría eran mujeres.

Tres o cuatro jóvenes vagaban en torno al plinto reajustando cables, viendo que los trípodes de los altavoces quedasen estables, probando los micrófonos y tranquilizándose uno a otro con movimientos de cabeza. Por lo menos había una agitación al borde de la masa importante. Un hombrecillo ancho y bajito, con una escolta de varios que le abrían paso, se dirigió hacia la parte delantera, sonriendo y agitando la mano para devolver los saludos. Un número de brazos le ayudó a subir hasta el plinto y allí estrechó la mano de varios individuos que le esperaban. En este momento se le ocurrió a uno de los jóvenes que todo no estaba todavía perfecto respecto a los preparativos técnicos y hubo un ligero retraso mientras él, impresionantemente, tapaba el micrófono con un pañuelo. Hecho esto, el orador se adelantó entre los esparcidos gritos de bienvenida y la salva de aplausos. Sonrió a la multitud, hizo varios ademanes más de gratitud y luego alzó los brazos en un

gesto que demandaba silencio. Su expresión perdió todo rastro de amabilidad y se convirtió en portentosamente áspera, mientras aguardaba a que la multitud entrase en situación. Bajó los brazos, hizo una pausa, luego de pronto alzó su mano derecha, señalando a la pancarta extendida por encima de su cabeza.

—La antigerone —dijo—, es el arma más sucia de todas las armas sucias que los conservadores han apuntado hacia los obreros. La bomba con la caída selectiva... que se derrumba sobre los obreros. Los hombres que viven existencias de comodidad y lujo son felices con la ANTI-G... claro que sí. Porque para ellos significa más años... muchos más... de esas comodidades y lujos. ¿Pero qué representa para nosotros, los obreros, que producimos la riqueza que sirve para adquirir esa comodidad y ese lujo? Os diré lo que significa. Significa que trabajar *tres* vidas en lugar de una. Y si vais a seguir trabajando durante tres vidas, ¿dónde encontrarán vuestros hijos trabajo? Sí, y los hijos de vuestros hijos también. Eso significa dos generaciones, dos enteras generaciones de desempleo, dos generaciones de estrecheces, dos generaciones nacidas para pudrirse en el desempleo que servirá para rebajar *vuestros* salarios. Os digo que jamás en la historia de la lucha de clases...

En el lado norte de la plaza un furgón se había detenido frente a la National Gallery. Un panel de su costado se abrió para revelar las bocinas de ocho altavoces. Una voz de contralto, heroicamente amplificada, barrió a las multitudes.

—¡Criminales! ¡Cobardes! ¡Asesinos de mujeres!

El orador, abrumado por el estrépito sonoro, dudó y perdió el hilo, pero se recuperó rápidamente y comenzó de nuevo:

—Dos generaciones...

Uno de los jóvenes decididos dio a un mando para aumentar la potencia de la amplificación. Incluso así, sus aparatos no pudieron competir con la voz desde el norte, que proseguía:

—Es a la única persona que asesinaréis. Las ideas siguen viviendo. Diana Brackley yace muerta, asesinada por sus descubrimientos. Pero no podéis matar a lo que descubrió...

Cada cual en la plaza se había vuelto para mirar a la furgoneta y los policías corrieron hacia ella.

—Ella nos regaló la vida: Su recompensa es la muerte. Pero las ideas nacen en la mente y en el alma, no de un cuerpo de mujer que

puede ser asesinado...

Los policías habían llegado hasta la furgoneta y aporreaban sus puertas traseras, pero la voz continuó:

—¿Qué sabéis vosotros de la vida, cobardes, que tenéis tanto miedo de que os aplaste? ¿Qué derecho tenéis a negárnosla? ¿Qué derecho tenéis para decirnos a nosotras, que os dimos la existencia, a vuestras madres, a vuestras esposas y a vuestras hijas que aman el vivir, que tienen que morir antes de lo debido?

Uno de los policías, tras sacar al conductor de su asiento, ocupó su lugar y comenzó a alejarse con la furgoneta.

—Adelante —dijo la voz de contralto.

El orador en el plinto vio con alivio cómo el vehículo se marchaba. Abrió la boca para volver a empezar, pero antes de que pudiese pronunciar una palabra otra voz de mujer, estentórea, interrumpió, esta vez desde su espalda.

—No dejéis que el éxito en acortar una vida se os suba a las cabezas. No vamos a permitir que abreviéis nuestras existencias. Ya os conocimos. Vosotros sois los torpes, los retrasados, los libidinosos. Y ahora lleváis vuestro libido a su conclusión lógica... no os contentáis con destrozar las máquinas, destrozáis también a los inventores para que no vuelvan a inventar nada más.

Más policías estaban en movimiento ahora, jadeando y en una nueva dirección.

—Obstruid, arrebatad, oponeos... y matad. ¿Ese es vuestro estupendo credo? Ha habido tiranías en donde la vida se vendía barata... pero ninguna tan tirana que fuera capaz de segar las existencias de toda su población.

El policía no gastó tiempo en tratar de entrar dentro de la segunda camioneta. Simplemente se la llevó conduciéndola tras el volante, mientras por los altavoces, con cierta ironía, se oía la palabra:

—¡Adelante!

Cuando la voz de la tercera camioneta intervino, desde el lado oeste, los policías se habían quitado los cascos y se secaban las frentes, maldiciendo, se volvían a colocar los cascos y empezaban de nuevo.

Se habían dado cuenta del plan.

El furgón número tres tuvo tiempo sólo de emitir unas cuantas

frases antes de que se lo llevaran igualmente.

Estaban buscando el número cuatro, en el lado oriental y cayeron sobre él casi antes de que empezase. No logró más que decir:

—Acordaos de Diana Brackley, martirizada por las fuerzas de la estupidez, de la reacción y del egoísmo —y eso antes de que siguiese a los demás.

Todo el mundo, esperanzadamente, escrutó las calles de los alrededores en busca de otro vehículo que emitiese una voz. Pero ninguna furgoneta número cinco se manifestó en sí misma. La multitud junto a la columna volvió gradualmente su atención al plinto, aunque no del todo, porque se veía salpicada aquí y allá por grupitos de indignados discutidores. El orador trató de captar a su público, volviendo a levantar los brazos y reclamando silencio; a los discutidores, sus vecinos les advirtieron que callaran. El orador tomó aliento y en aquel momento ocurrió otra interrupción.

La multitud más lejana, que quedaba detrás de las fuentes, comenzó a cantar, al principio con inseguridad, pero luego con creciente decisión y ritmo:

—¡Criminales...! ¡Cobardes! ¡Asesinos de mujeres...!

El nuevo asalto hizo que los oyentes del orador girasen en redondo, con expresiones que estaban lejos de ser amistosas. El propio conferenciante hizo lo mejor que pudo para recuperar la atención, pero sólo retazos de sus palabras pudieron filtrarse a través del creciente canto.

Poco a poco la multitud tomó una decisión y empezó a moverse hacia la otra parte.

Ya, los policías corrían desde todas direcciones para interponerse entre los dos cuerpos antes de que pudieran confluir y ahora los agentes montados intervinieron, sacando chispas los cascos de sus caballos de las piedras de la calzada...

* * *

El lunes fue un día atareado en Bow Street.

* * *

El funeral tuvo lugar el miércoles. Después de terminar, la gran multitud se dispersó en silencio. Los refuerzos que parecía habían estado plantados sin necesidad, sacaron sus cigarrillos, y se instalaron en sus vehículos y se fueron también.

Sólo se quedaron los montones de flores.

Pero unas dos horas más tarde muchas de las caras vistas en el funeral iban a volver a verse en Trafalgar Square. Porque una hora más y el gran espacio abierto continuó llenándose con un gentío en el que las mujeres predominaban enormemente.

La policía circulaba aconsejando a los grupos que se movieran, cosa que ellos hacían, para volver a reformarse un momento más tarde.

Sobre las siete comenzaron a aparecer pancartas:

LA LIGA POR LA NUEVA VIDA

Y cartelones llevando simplemente las iniciales:

L N V

Las jóvenes que se agrupaban entre la masa comenzaron a repartir pasquines, discos blancos con las letras L N V impresos en ellos en un color naranja fluorescente.

Una gran pancarta de cuatro palos con un reborde negro y un ramo de flores en lo alto de cada palo, surgió milagrosamente:

EN MEMORIA DE
DIANA BRACKLEY - ASESINADA
LA LIGA FUE SU TRABAJO
LA MUERTE SU RECOMPENSA

Por todas partes varios grandes retratos de Diana se alzaron sobre las cabezas de la gente y apareció también una enorme fotografía de ella, tomada mientras yacía en los escalones.

Signos de jefatura y organización se advirtieron. Los grupos apostados de policía formaron un cordón preparado para cruzar Whitehall.

La multitud creció y comenzó a manar en la calzada del lado sur. El tráfico se detuvo. Apresuradamente la policía contuvo la circulación de Whitehall y formó una línea a través de la calzada.

La multitud marchó en una avalancha densa y prieta a través del pavimento y de las isletas de peatones, pasando junto a los coches y autobuses inmovilizados, hasta que llegó al cordón. La policía, con los brazos entrelazados, trató de contener a la gente, pero fue imposible. La línea de policías, tratando de encontrar un punto de apoyo, se dobló en un arco y finalmente se rompió. Una ovación desparramada se alzó desde más atrás y la multitud siguió adelante, Whitehall abajo, con sus pancartas y cartelones, zapateando sobre el suelo.

Al poco, las filas delanteras empezaron a cantar. Más atrás, también, se unieron a la canción:

*El Cuerpo de Diana Brackley yace
asesinado en su tumba,
El Cuerpo de Diana Brackley yace
asesinado en su tumba,
El Cuerpo de Diana Brackley yace
asesinado en su tumba,
¡Su trabajo sigue adelante!*

Mientras la multitud salía de la plaza, más gente entró desde las calles para seguir por detrás. Los pasajeros de los autobuses atascados bajaron para unirse también.

El volumen de los cánticos aumentó cuando la cabeza de la procesión pasó por el extremo de Downing Street:

*Matadme si queréis como matasteis a Diana,
¡Su trabajo seguirá adelante!*

Había otro cordón en el extremo lejano de Whitehall, más fuerte que el primero, pero también se quebró ante la presión y cedió el paso. La multitud siguió, hacia Parliament Square.

Desde algún lugar un altavoz rugió potente:

—¡QUEREMOS... EL... ANTI-GEE!

Dando el ritmo. La multitud lo captó y su múltiple cántico rebotó en ecos desde Abbey hasta Government Offices, desde Central Hall hasta la fachada de Houses of Parliament:

—¡QUEREMOS... EL... ANTI-GEE!

—¡QUEREMOS... EL... ANTI-GEE!

—El primer ministro estaba impresionado. Lo reconoció —le dijo Lydia Washington a Janet Tewley—. «Toda una representación en la tradición histórica de las manifestaciones populares» lo llamó.

»Y yo le contesté: “Bueno, ahí está, Willy. ¿Qué piensa usted hacer? ¿No hacer caso? ¿O va a enviarme para que convierta la Liga por la Nueva Vida en un partido político que luche con uñas y dientes en las próximas elecciones? Oh, claro, está la tercera posibilidad de conmoción civil: Lo que nuestras abuelas no pudieron hacer, nosotras sí.

»Mi querida Lydia —me contestó—. Yo estoy siempre contra las conmociones civiles. Es costoso y desordenado es incluso estoy todavía más opuesto a ello desde que los movimientos de resistencia han dado ideas a la gente que vuestras abuelas nunca pensarán. También, lo confieso, nuestro lado de la Cámara lamentaría ver alzarse un partido nuevo posiblemente muy popular. La Oposición, estoy convencido, todavía lo lamentaría más: Están profundamente divididos por este negocio ya, como tú sabes. No es imposible que alguna de sus figuras prominentes puedan acercarse a vosotras: hay una citada... me atrevería a decir, ¿reprimida...? cualidad en su extrema izquierda que muchos de sus intelectuales encuentran difícil de dominar la mayor parte de los tiempos. Así que pienso que podemos decir que preferirían perder ante nosotros que verse divididos por un nuevo contrincante.

»Nuestro propio partido es, hay que reconocerlo, menos tozudo en este asunto. Muchos parecen no haber aprendido, aun todavía, que si vosotras volvéis el rostro de la ciencia, ésta os dará una coz en la espalda. No obstante, en vista de las alternativas, no dudo de que podríamos seguir adelante... si queda dentro de nuestras facultades hacerlo así.

Janet frunció el ceño.

—¿Qué quiso significar por eso?

—Había recibido una carta... me la enseñó... escrita desde algún hospital por un tal doctor Saxover, me aseguró que es un biólogo muy conocido... ¿O bioquímico...? Algo de eso, de todas maneras. La carta estaba fechada del último lunes, dos días después de la muerte de Diana. Este doctor Saxover afirmaba que sabía todo lo

que había que saber sobre la antigerone y que había estado fabricándola durante años, aunque no para Diana, pero que retuvo la noticia con la esperanza de encontrar alguna otra fuente alternativa de material. Vino, dijo, de un liquen que crece solo, que se sepa, en Manchuria del Norte... el primer ministro me contó que sus propios informes lo confirmaban... pero siguió diciendo que había recibido aquella mañana una carta por avión de su agente en Hong Kong diciéndole que las autoridades chinas habían iniciado una nueva granja colectiva y enorme en un distrito que incluía toda la zona conocida de los líquenes y que la siembra estaba ya en proceso. Como máximo el doctor Saxover cree que nunca han habido más líquenes de los que suministrarían la cantidad de antigerone-liquenina necesaria para tratar a tres o cuatro mil personas. Ahora faltarán en absoluto; por consecuencia, no se podrá producir más antigerone.

»El primer ministro me dijo: “Un artista, este doctor Saxover. Parece considerar el desarrollo como una coincidencia”.

»Y yo le contesté: ¿Y usted no?

»Observó: “Hasta ahora, el resto del mundo no se ha tomado esto muy en serio... casi como si fuese una serpiente de verano, con quizás una parte infinitesimal de verdad en ello. Pero los chinos son gente muy sutil. También poseen un excelente servicio de espionaje. Observa lo conveniente que es para ellos. Del todo fortuitamente, los líquenes, que podían haber causado muchos disgustos, han desaparecido. No es necesario decir nada sino una simple excusa. De nada servirá armar un alboroto sobre un género que ya no existe, ¿verdad?

»Además, su propio problema de superpoblación ya es grave, sin que se le añadiese la longevidad a su notable fecundidad, el país pronto estallaría a rebosar”.

»Añadió, pensativo: “Uno puede dudar de si *todos* los líquenes han desaparecido. Sería interesante advertir si alguno de sus jefes muestra signos de conservarse bien durante los años próximos. No obstante, pudiendo ser así, los líquenes han quedado fuera del alcance de cualquiera. Y eso nos deja a nosotros con *nuestros* problemas”.

»Y yo asentí: “Claro que sí, Willy. De hecho, esto es una palmadita conveniente para su Gobierno, ¿verdad? Tan conveniente

que nadie va a creerlo... lo que no le hará a usted, ni a su partido, ni a ninguna de nosotros, ningún bien”.

»Asintió, pero dijo:

»—Bueno, ¿qué sugieres? No podemos *cultivar* esa planta. Incluso si este tipo Saxover pudiese obtener esporas... ¿Son esporas de lo que se sirven para reproducirse los líquenes...? de todas maneras, si Kew pudiera desarrollarlo, costaría muchos años empezar un plan así e incluso entonces es dudoso si podría producirse algo en suficiente cantidad.

»Sin embargo —le dije—, algo tiene que hacerse, Willy. En este caso, de cualquier manera, no es del todo cierto que lo que nunca se tuvo jamás se echa de menos. Ahora que hemos visto cómo funciona, sí que le echaremos de menos; lo más probable es que se querrá luchar contra los chinos. Gritarán todas las tratadas como criaturas a quienes se les arrebatara su juguete favorito... ¿Qué ocurre...? —dije, porque de pronto le vi abrir los ojos desmesuradamente.

»Me dijo radiante: “Ya lo tienes, Lydia”.

»—Yo sólo dije...

»¿Qué es lo que harías tú para apaciguar a un niño que ha perdido su juguete favorito?

»—Oh... Le diría: No llores, encanto. Ya te compraré otro...

»—Exactamente —me contestó, y volvió a sonreír.

* * *

—Como los oyentes de nuestros últimos boletines sabrán ya, el primer ministro se dirigió anoche a la Cámara sobre el asunto del antigerone.

»El Gobierno —dijo—, ha tenido poquísimo tiempo para conceder su más seria consideración a esta materia. Si su anuncio debería haber parecido al público algo retrasado, debe dispensarse ante el firme deseo de no levantar falsas esperanzas. Se ha llegado ahora, sin embargo, a la etapa en que es deseable que la gente conozca los hechos. Han sido éstos. El descubrimiento de la antigerone fue un triunfo científico que demostró de nuevo al mundo que la investigación británica iba delante de todas. Sin embargo, por desgracia, no siguió a lo que cuando uno ha hecho un

descubrimiento ha encontrado la forma de producir ese descubrimiento suyo en cantidad. Al contrario, muchas sustancias sólo pueden ser fabricadas al principio con gran dificultad y enorme coste. Por ejemplo, el aluminio, que fue un metal raro en sus primeras apariciones y, como resultado, más costoso que el platino. En el estado presente de la antigerone la cosa no resulta nada desemejante. Al principio sólo podía derivarse en cantidades mínimas de una forma rarísima de líquenes. El Gobierno ha consultado a científicos eminentes en un intento de descubrir métodos para que la materia prima pueda ser elevada hasta un grado en donde sea fácilmente asequible para todos. De nuevo, por desgracia, los científicos no han podido ofrecer perspectivas inmediatas de mejora. Fue, sin embargo, el firme propósito del Gobierno que este estado de cosas sea remediado lo antes posible.

»El Gobierno, desde este momento, ha propuesto una subvención inmediata de diez millones de libras para fomentar la investigación en este extremo.

»Tiene escasas dudas, dado nuestro historial de proceso científico, de que los cerebros británicos, la decisión británica y el británico saber cómo hacerlo, lograrán el triunfo... y en un futuro muy próximo... consiguiendo un suministro de antigerone a cada hombre y mujer en el país que desee utilizarlo...

XVI

Francis Saxover detuvo su coche en el punto donde una blanca verja cortaba el sendero particular de la carretera secundaria. En lo alto del portalón se leía: GRANJA GLEN. Volviéndose un poco más hacia la izquierda pudo ver la casa. Un edificio de aspecto confortable que conjuntaba con el paisaje, construido en piedra gris local, quizás tres siglos atrás, pareciendo casi como brotada de la ladera. Descansaba en una pequeña repisa, mirando hacia el lago desde sus brillantes y blanqueadas ventanas, un jardincito, ahora en plena temporada de crisantemos, inmediatamente delante, la escarpada pendiente detrás mismo. En su lado norte algunos edificios más bajos la enlazaban con el granero. Humo azul ascendía del tronco de una de las dos chimenas y vagaba hacia la ladera. Una granja, indudablemente y también sin el menor género de dudas, una granja no en explotación.

Al cabo de unos momentos de contemplación, reaccionó, abrió la cancela e hizo pasar su coche. Condujo despacio, aparcó allá donde el camino se ensanchaba, cerca de la casa, y permaneció sentado un momento antes de bajar.

No se acercó a la casa enseguida, sino que caminó pensativo hasta el borde de la repisa horizontal, donde quedó mirando al jardín y a la plácida lámina del agua, más allá. Permaneció en inmóvil contemplación casi un minuto. Luego, cuando empezó a volverse, algo cerca de sus pies le llamó la atención. Lo miró inexpresivo, mientras yacía en la palma de su mano. Luego la comisura de su boca se retorció ligeramente. Dejó caer el pedazo de liquen y se volvió hacia la casa.

Una robusta muchacha campesina le abrió la puerta.

—¿La señora Ingles? —preguntó Francis.

—Creo que está en el granero, señor. La avisaré. ¿De parte de quién?

—Oh, dígame sólo que soy de las Autoridades de Fijación de Impuestos del Condado —contestó.

Se vio introducido en una grande y cómoda sala de estar de bajo techo: pintura blanca, paredes grises, unos cuantos cuadros excelentes con flores, troncos ardiendo en una chimenea doselada en cobre bruñido. Estaba mirando por la ventana cuando se abrió la puerta.

—Buenos días... —empezó la voz familiar.

Francis se volvió.

—¡Oh...! —exclamó ella. Luego, más débilmente—: ¡Oh...! —y se desmayó.

—Eso que me pasó fue una soberana tontería —dijo Diana insegura, cuando se recuperó—. Oh, Dios, voy a llorar —y lo hizo—. No soy llorona, no lo soy. ¡Nadie más que tú me ha hecho llorar! ¡Oh, infiernos!

Diez minutos más tarde, ya bastante recuperada, dijo:

—¿Pero cómo lo supiste, Francis...? ¿Y cómo Sabías adónde buscar?

—Querida, como suele decirse, no nací ayer. No había nada equivocado en la representación. Fue una soberbia muestra dramática. Pero hubieron indicaciones... tú súbita visita a Darr, por ejemplo, tus modales, la elección de ciertas frases. Resultó más difícil y complicado para empezar lo de descubrir a esta señora Ingles, debido a mi error de andar buscando a una dama cuyo nombre ignoraba y que recientemente se hubiera ido al extranjero.

—Me tomé bastantes molestias en instalar bien aquí a la señora Ingles —dijo Diana—. Pero fue menos difícil de lo que pensé, sin embargo, porque yo soy la señora Ingles.

Francis se la quedó mirando, abrumado.

—Ciertamente, eso no se me había ocurrido. De hecho, creo haberte oído decir que no te habías casado. ¿Está él... tú...?

Diana sacudió la cabeza.

—Cuando digo que soy la señora Ingles, quiero decir que *pude* serlo según la forma común de hablar... aunque debo admitir que la costumbre de divorciarse de un marido, pero seguir llevando su apellido me parece apolillada —hizo una pausa, luego prosiguió—: Fue hace mucho tiempo. Cuando una es joven, cuando una ha recibido una profunda impresión, cuando lo que una realmente

quería ha quedado fuera de su alcance, se está en condiciones de buscar desesperadamente una nueva forma de vivir. Eso no constituye una buena base para el matrimonio. Resultó breve... e infeliz mientras duró... Por eso no traté de volverme a casar... Me había fijado una tarea... y, principalmente, me atuve a ella... Eso me mantuvo muy atareada...

—¿Y estás ahora satisfecha con el trabajo? —preguntó Francis.

Ella posó en él sus ojos grises.

—Sé que lo desapruebas... comprendo que la gente, si lo supiera, diría cosas peores de lo que tú has pensado...

»Está bien: *fue* una pieza de manipulación carente de escrúpulos. No me importa lo que se le quiera llamar. Hay cosas demasiado importantes, demasiado *necesarias*, para que se les interpongan en su camino unos cuantos escrúpulos convencionales; y, para mí, éste es uno de ellos. No me siento orgullosa de los medios, pero sí satisfecha del trabajo... hasta ahora. *Pudo* haberse derramado sangre... incluso una guerra civil... pero hemos llegado hasta hoy sin nada de eso.

»Cuando la gente haya tenido tiempo de pensar habrá más jaleo, probablemente en grandes cantidades; pero es demasiado tarde para que eso importe mucho... se les ha prometido dulces a los niños y se pondrán como demonios si no se les dan. Pero se les dará. Tanto los americanos como los rusos han destinado mayores subvenciones para la investigación que nosotros; no les ha debido gustar hacerlo, pero, ahí está; nosotros lo iniciamos y la ciencia de una nación simplemente tiene que satisfacer a los Pérez de nuestros días.

»El *verdadero* problema vendrá más tarde. También *podemos* sobrepasarlo sin derramamiento de sangre, pero no será fácil. Si despertamos ahora el problema del hambre, si trabajamos con ahínco para aumentar la producción de alimentos, si se puede hacer algo para cortar la suicida cifra de nacimientos, lograremos resolverlo sin más dificultades que incomodidades y racionamientos durante algún tiempo. Lo veremos. Todo lo que me importa es que hemos conseguido al *homo diuturnus*, u *homo vivax*, o como quieran llamarle, que lo tenemos en escena, esperando entre bastidores.

Hizo una pausa. Miró con cuidado al rostro de Francis durante casi medio minuto y luego se volvió.

—¡Estás sorprendido! ¡Tú! —exclamó—. Me pregunto qué

comparación puede tener tu sorpresa con una joven mujer que descubre, o cree descubrir que... oh, todavía no lo veo claro... descubre que... la ética central de su llamada está siendo... siendo violada por... por... ¡Oh, Dios...! ¿me vas a *obligar* a decírtelo, Francis?

* * *

Cuando el sol, poniéndose tras las montañas opuestas, proyectó largas sombras a través del lago, el coche de Francis seguía aparcado junto a la granja Glen. Dentro de la casa, las decisiones realmente importantes se habían ya tomado, pero, en el diván de junto al fuego, puntos menores de importancia general secundaria continuaban presentándose.

—Estos diez millones —decía Diana pensativa—. No me fío de los políticos.

—Creo que está bien —contestó Francis—. Por una cosa, hay por ganar bastantes buenos premios individuales. Pero, más importante, Lydia Washington ha conseguido que ella y Janet Tewley formen parte del Comité. No creo que ellas dos permitan ninguna manipulación rara.

—Mientras, sin embargo, ¿cómo estás de reservas de liquenina?

—Tengo las suficientes para mantenernos Zephanie, Paul, Richard y yo durante algún tiempo. Te di el resto para que se efectuaran investigaciones. ¿Y tú?

—Poquitas. Han de servir para Sarah, Lucy y algunas otras. También están Janet y Lydia y alguien más en las que tendré que hacer algo a menos que las investigaciones produzcan resultados dentro de dos o tres años. No las puedo dejar colgadas tampoco.

—Lo que significaría hacerlas saber que aún estás con vida.

—Están destinadas a averiguarlo, tarde o temprano.

—¿Cuándo ibas a comunicármelo a mí?

—¡O, Francis, no! Esa fue la peor parte. No creo que hubiese resistido mucho tiempo.

—Y si no hay resultados en, digamos, tres años, ¿tendrás algún nuevo suministro? —preguntó él.

—Oh, te fijaste, ¿verdad? Sí, parece haber prendido muy bien aquí, pero, claro, no será posible producir más que un poquito... el

mismo viejo problema.

Estaban sentados mirando cómo las llamas lamían los troncos. Francis dijo:

—Durante todo el camino que llevamos con esto vengo oyendo que la expectación de la vida sólo se menciona en el término de doscientos años... ni la menor sugerencia de otra cosa. ¿Por qué te aferraste a ese plazo?

—¿Y por qué usaste tú el factor tres con Zephanie y Paul?

—Principalmente porque un factor mayor habría despertado con certeza sus sospechas más pronto. Podía incrementarse más tarde, si hubiera logrado sintetizar la liquenina y hubiese publicado el descubrimiento.

—Pues por la misma razón mantuve bajo el factor con mis clientas. Luego, cuando llegó el momento de divulgarlo... bueno, doscientos años me parecieron un número bonito y comprensible. Un elemento suficiente para hacer que lo quisieran, pero no demasiado para que les intimidase.

—¿Te intimida a ti, Diana?

—Solía hacerlo, algunas veces. Pero ahora no. Nada podría intimidarme ya, Francis... excepto la perspectiva de no tener bastante...

Francis le cogió una mano.

—Eso no va a ser muy fácil, ya lo sabes —dijo—. Con toda certeza, no puedes reaparecer otra vez después de que pase todo esto. El cielo sabe lo que te ocurriría. Así que, aun cuando deseara reconstruir Darr, no podríamos instalarnos en él. Supongo que eso significa que tendremos que irnos al extranjero...

—Oh, ya tengo todo eso solucionado —dijo Diana—. Podemos quedarnos aquí. La casa es bonita, ¿no te parece? Tendrás que casarte con la señora Ingles. Lo harás en la intimidad porque si se supiera que esa señora Ingles era la hermana menor de Diana Brackley, habría naturalmente mucha publicidad, cosa que ninguno de los dos deseamos. Por el mismo motivo, los dos habremos decidido vivir aquí tranquilos unos cuantos años. Hay mucho sitio, Francis; te lo enseñaré todo después de cenar. A menudo he pensado que la habitación que queda sobre el comedor sería un estupendo cuarto para los niños. Bueno, luego, cuando vuelvas a convertirte en una figura pública, sólo nos quedará insistir con

firmeza en lo de la hermana menor de la pobre Diana. La gente se acostumbrará y...

—Incidentalmente. La pobre Diana recibió tres disparos. ¿Qué hay de sus heridas?

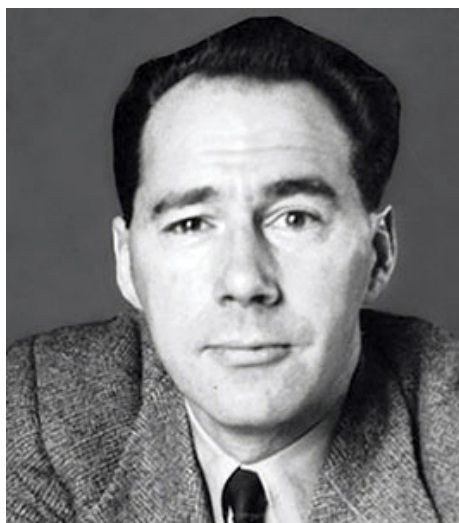
—Cartuchos de fogueo, cariño... Y una cosita que a veces se usa en televisión. Se la coloca debajo de las ropas y cuando se la aprieta, suelta una tinta roja de aspecto impresionante vista de lejos. Bueno, como iba diciendo...

—Lo que ibas diciendo era algo acerca de que me vuelva a convertir en «una figura pública». Vamos, en primer lugar y que yo sepa, nunca fui una figura pública...

—Bueno, eres terriblemente famoso, Francis. Debí haber pensado... oh, no discutamos eso ahora. La cuestión es que ambos no podemos sentarnos aquí sin hacer nada, durante dos o trescientos años, ¿verdad? Eso es lo que cada cual va a descubrir. De hecho, es el verdadero objeto de este ejercicio.

»Tengo un estupendo laboratorio instalado en el granero, así que podremos trabajar allí. En el granero es donde vas a determinar la molécula básica de la antigerone... lo que, ciertamente, hará de ti una figura pública... Vamos, cariño, te lo enseñaré...

F I N



JOHN WYNDHAM nació en 1903. Hasta 1911 vivió en Edgbaston, Birmingham, Inglaterra, y luego en otras partes de las islas británicas. Tras una amplia experiencia en la escuela preparatoria inglesa, estuvo en Bedales desde 1918 a 1921. Entre los oficios que probó se incluyen la agricultura, leyes, arte comercial y publicidad, y al principio comenzó con historias cortas para vender, año 1925.

Desde 1930 a 1939 escribió diferentes clases de relatos bajo distintos seudónimos, casi en exclusiva para publicaciones americanas. También produjo novelas policíacas. Durante la guerra estuvo en el Servicio Civil y luego en el Ejército.

En 1946 volvió a escribir narraciones para su publicación en los Estados Unidos y decidió probar una forma modificada del género impropriamente llamado «ciencia ficción». Escribió *El día de los trífidos*, traducida a nueve idiomas y trasladada al cine últimamente, siguió su novela *Kraken acecha*, también traducida a varias lenguas y adaptada a la radio. Otras obras destacadas suyas son *Las crisálidas*, *Semillas del tiempo*, *The Midwich Cuckoos*, *The Outward Urge* y *Dificultades con los líquenes* que nos honramos ahora en publicar en castellano por primera vez. Su libro más reciente es *Consider Her Ways and Others*, delicioso ramillete de relatos cortos que abarcan lo más selecto del estilo peculiar del genial escritor.

NOTAS

[1] Sc. D., F.R.S.: Siglas de «Scientia Doctor», Doctor en Ciencias, y de «Fellow of the Roy Society», Miembro de la Real Sociedad. (*N. del t.*) < <

[2] *Exchequer*: Hacienda real, fisco, erario público. (*N. del t.*) < <

[3] *National Trust*: Equivalente al Tesoro Artístico Nacional. (*N. del t.*) < <

[4] *Developments*: Término inglés equivalente a desarrollos, mejoras, explotaciones, desenvolvimientos, progresos, perfeccionamientos, etc. (*N. del t.*) < <